

Hechos e Ideas

4

Año 1 N° 4 Mayo-Junio 1974

Política de carnes

Perón


Ecología y liberación

Eva Perón

Política alimentaria

Carrillo

Teología en Latinoamérica



**“Cada Nación tiene derecho al uso
soberano de sus recursos naturales.
Pero al mismo tiempo cada gobierno
tiene la obligación de exigir a sus ciudadanos
el cuidado y utilización
racional de los mismos.
El derecho a la subsistencia individual
impone el deber hacia la
supervivencia colectiva
ya sea se trate de ciudadanos o pueblos”**

J. D. Perón

**Ministerio de Agricultura
y Ganadería
de la Provincia de Santa Fe**

PROTEINAS ANIMALES:

Punto clave de una responsabilidad.

La Junta Nacional de Carnes está empeñada en lograr una mayor producción y una equitativa distribución de proteínas de origen animal para toda la población.

Lograr que las carnes constituyan un factor preponderante en la salud de los argentinos y articular una política de exportación que beneficie al país, son nuestros objetivos.

Télan



**JUNTA NACIONAL DE CARNES
DE LA REPUBLICA ARGENTINA**

**al servicio de la salud del pueblo y la
grandeza de la Nación.**



Gobierno del Pueblo de Mendoza

Ministerio de Hacienda

Pagar las obligaciones fiscales cabal y oportunamente es cumplir con la comunidad de la que formamos parte.

Los impuestos vuelven a ella traducidos en obras, bienes y servicios.

Ningún argentino puede ni debe eludir el deber de la hora.

Dirección de Rentas Provincia de Mendoza

**En esta tierra lo mejor que
tenemos es el Pueblo**



También son habitantes de la ciudad

Viven en barrios injustamente postergados. Por eso nuestra acción se ha particularizado con ellos, llevándoles agua potable, luz, mejores calles, más servicios

públicos, más oportunidades de cultura y de deportes. Pero no desatendimos a los demás sectores de la ciudad: lo realizado significó inversiones superiores en un 60% a las de 1972. Y a la vez, saneamos las finanzas. En 1974 seguimos trabajando "de la periferia al centro". Con planes de desarrollo sociourbanísticos que faltaban. Con el anhelo de una ciudad justa e integrada. Con fe en la Argentina Potencia.

De la Periferia al Centro para una Ciudad armónicamente Integrada
Municipalidad de San Miguel de Tucumán

**EL GOBIERNO DEL PUEBLO
TRABAJA PARA QUE SUS AHORROS
MANTENGAN SU VALOR**



DEPOSITE EN LA

**CAJA NACIONAL DE
AHORRO Y SEGURO**

El banco del pueblo

Libros que fundamentan la Revolución Justicialista

La Razón de mi Vida, Eva Perón - 1973

**Apuntes de Historia Militar, J. D. Perón
1973, reed. 17 mapas y 1 desplegable.**

Conducción Política, J. D. Perón. 1973

A las mujeres argentinas, Eva Perón. 1974
Todos sus discursos y escritos referidos a la
mujer. Su rol protagónico en la nueva sociedad.

**Editorial de la
Reconstrucción**

Lavalle 1569 4° 405/6
tel 45-6948 Buenos Aires

Hechos e Ideas

ño 1 - N° 4 - Tercera época

Mayo - Junio 1974

Hechos e Ideas

Año 1 - Número 4
Tercera época
Mayo - Junio 1974

Fundador:
Enrique Eduardo García

Directora:
Amelia Podetti

Indice

- 3 Editorial
- 5 Mensaje ante la Asamblea Legislativa - Juan Domingo Perón
- 12 Política alimentaria: fundamentos justicialistas - Hugo Eduardo Arce - Matilde Elvira Svatetz
- 33 Política Alimentaria Argentina - Juan Domingo Perón
- 50 El criterio biológico en el reordenamiento económico de la alimentación en la Argentina - Ramón Carrillo
- 69 Los estudios ecológicos en el proceso de Reconstrucción y Liberación Nacional - Benito Fernández
- 77 Teología de la liberación: su profundización a partir de la experiencia peronista - Ernesto López Rosas
- 97 Que los niños argentinos aprendan a sonreír desde la infancia - Eva Perón
- 100 Latinoamérica - Mensajes intercambiados por Juan Domingo Perón y Fidel Castro
- 103 Política de carnes - Enrique Gastón Valente

Corresponsales: ARGENTINA: Santa Fe: José Rodríguez, Entre Ríos 3509. — Rosario: Vicente Rodríguez, Mitre 632 - 7º D. — Paraná: Oscar Horacio Mori, Rocamora 612 bis. — Mendoza: Dardo Olgún, Capitán Candelaria 1019, Godoy Cruz — Salta: Yolanda Fernández Acevedo, 25 de Mayo 675 - 5º - 83. — Neuquén: Juan José Morán, Jujuy 265.
PERU: Gerardo Maldonado Bazán, Independencia 283, El Callao.

Diagramación: Departamento de Diseño Gráfico - Escuela Panamericana de Arte
Impreso en los Talleres Gráficos "DIDOT" S.C.A., Luca 2223, Buenos Aires, Argentina
Dirección: Suipacha 190 - 6º piso, of. 602 - Tel. 35-1346, Buenos Aires, Argentina
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 1.194.584
Distribución en quioscos, Capital y Gran Buenos Aires: Rubbo S.C.A., Juan de Garay 4228
Interior: DAESA S.A.C.I.F., México 1848
Distribución en librerías: Tres Américas, Chile 1432 — Plus-Ultra, Viamonte 1755 — Librería Hachette, Rivadavia 739/43
Impreso en Argentina — Printed in Argentina

Editorial

En su mensaje ante la Asamblea Legislativa el General Perón define la situación actual como un momento de cambios revolucionarios. El tercer mundo, antes una hipótesis o una teoría cuestionada, es hoy una "realidad universal" que decide el curso de la historia y es el "protagonista inevitable" de esta etapa en que marchamos hacia el universalismo. Hoy se confrontan un nuevo orden revolucionario, fundado en la justicia y la solidaridad, que construyen pueblos y naciones hasta ahora postergados y el viejo orden de la explotación de unas naciones por otras, de unos hombres por otros.

En este marco, con esta "visión cósmica" —una crisis planetaria donde se enfrentan un mundo en agonía y otro que asciende transformando el destino de la humanidad—, es necesario ubicar la violencia que nos ataca bajo las formas más diversas: secuestro, asesinato, infiltración ideológica, desabastecimiento, acción disolvente y anarquizante, guerra psicológica. La violencia es síntoma del cambio: una época no termina sin violencia, un imperio no se rinde sin pelear. La posibilidad de suprimir esa violencia está en la consolidación del orden nuevo, del nuevo mundo, de la nueva sociedad, contra el desorden que provocan las fuerzas del mundo que muere. La dureza de esa lucha sólo puede desalentar a quienes no perciben la naturaleza del proceso y la situación y calidad del enemigo que enfrentamos.

Este momento nos encuentra a los argentinos unidos, con la conciencia de que tenemos un destino común y de que estamos en una etapa superior del proceso de construcción de la Nación. Pero debemos pro-

fundizar esa conciencia si queremos transitar sin desmedro la etapa de la universalización.

Aunque parezca contradictorio —y lo sea para la conciencia sinárquica—, la universalización exige la autoafirmación del nacionalismo cultural, como síntesis “de lo mejor del mundo del espíritu, del mundo de las ideas y del mundo de los sentidos” con lo propio y autóctono. En el diálogo y en la comunicación con otras culturas debemos recordar siempre que “Argentina es el hogar”.

La integración de América Latina, la construcción de la comunidad organizada latinoamericana, es otro paso necesario para transitar hacia la universalización. Latinoamérica tiene una historia que nos exige cumplir ese mandato: desde sus remotos y diversos orígenes indios e hispánicos, es la memoria de gestas heroicas en que pueblos de diferentes razas, culturas, religiones, ideologías, pelearon y murieron en defensa de la patria común o por ideales compartidos. En esa historia gloriosa, en sus pueblos y en sus héroes, conductores y filósofos, que no sólo conducen el proceso de construcción y liberación nacional sino que producen un pensamiento superior al imperial, porque surge de una práctica superior, está la realidad, el ser genuino, propio y esencial de América Latina, fundamento de su integración y unidad, y que ninguna agresión, ninguna dependencia, ninguna conspiración ha podido destruir.

Es la hora de los pueblos y es bajo su signo que deberá realizarse la universalización: pero para ello es necesario que también el tercer mundo se consolide como una comunidad organizada, puesto que la liberación es su tarea común. Y finalmente todo esto requiere, como garantía de triunfo y permanencia, la institucionalización nacional y mundial.

Por ello el General Perón convoca a toda la Nación a participar en la elaboración de un proyecto nacional como paso previo necesario a la institucionalización. Todos los grupos políticos y sociales, todas las instituciones, todas las fuerzas de la Nación, deben participar en este proceso y elaborar su versión del proyecto nacional, definiendo con claridad la sociedad que quieren, los medios para realizarla, la distribución social de responsabilidades en esa empresa.

Los intelectuales, el sector en cierto sentido más alienado y marginado de la Nación, tienen también una función que cumplir. No como ideólogos esclarecidos que llevan al pueblo la conciencia, la cultura y la revolución, sino como antenas sensibles capaces de captar la conciencia, la experiencia y la voluntad del pueblo y la Nación y plasmarlos teóricamente.

Pues se trata de que la Nación en su conjunto, sobre la base de un gran espacio de coincidencias nacionales, tome conciencia de su propio ser, de su historia, de su voluntad profunda, de sus decisiones históricas, para plasmar el proyecto común que la identifique y la preserve en esta etapa del continentalismo y el universalismo.

Mensaje ante la Asamblea Legislativa

Juan Domingo Perón

Texto completo del discurso pronunciado por el Presidente de la Nación, Teniente General Juan Domingo Perón, ante la Asamblea Legislativa reunida con motivo de la iniciación del 99º período ordinario de sesiones del Congreso Nacional, el 1º de mayo de 1974.

Señores senadores y señores diputados: antes de dar lectura al mensaje del Poder Ejecutivo, deseo presentar en nombre de éste, el más profundo agradecimiento a los señores legisladores, que han hecho posible la aprobación de leyes que eran absolutamente indispensables. Y en esto quiero también, rendir homenaje a los señores senadores y diputados de la oposición que con una actitud altamente patriótica no han hecho una oposición sino una colaboración permanente que el Poder Ejecutivo aprecia en su más alto valor.

En una ocasión solemne como esta, ante un Congreso reunido en idéntica oportunidad a la de hoy, hace exactamente veinte años, dije al pueblo argentino, dirigiéndome a sus representantes: “Nunca me he sentido otra cosa que un hombre demasiado humilde al servicio de una causa siempre demasiado grande para mí, y no hubiese aceptado nunca mi destino si no fuera porque siempre me decidió el apoyo cordial de nuestro pueblo”.

La conformación de nuestra doctrina, que pueden aceptar todos los argentinos, porque tiene caracteres de solución universal —y que, incluso, puede ser aplicada como solución humana a la mayor parte de los problemas del mundo como tercera posición filosófica, social, económica y política— constituyó la primera etapa de lo que podría denominarse la “despersonalización” de los propósitos que la revolución había encarnado en mí; tal vez porque yo sentía desde mucho tiempo antes vibrar la revolución total del pueblo, y estaba decidido, tal como lo expresé a los trabajadores argentinos el 2 de diciembre de 1943, a “quemarme en una llama épica y sagrada para alumbrar el camino de la victoria”.

La doctrina fue adoptada primero por los trabajadores. Yo los elegí para

dejar en ellos la semilla. Lo acabo de expresar: ¡Ellos fueron mis hombres! Elegí a los humildes; ya entonces había alcanzado a comprender que solamente los humildes podían salvar a los humildes.

Recuerdo que, cuando me despedí de la Secretaría de Trabajo y Previsión el 10 de octubre de 1945, entregué a ellos todos mis ideales, diciéndoles más o menos, estas mismas palabras:

“No se vence con violencia: se vence con inteligencia y organización; las conquistas alcanzadas serán inamovibles y seguirán su curso; necesitamos seguir estructurando nuestras organizaciones y hacerlas tan poderosas que en el futuro sean invencibles; el futuro será nuestro”.

Antiguas palabras éstas, pero conservan aún toda su vigencia. Regresan hoy a esta alta tribuna para señalar el curso de nuestro irreversible proceso revolucionario y de una vocación nacional de grandeza, que no se pueden torcer ni desvirtuar.

Vivimos tiempos tumultuosos y excitantes. Lo que antes apareciera como simple hipótesis y, generalmente, como teoría negada o discutida, es hoy una realidad universal que está determinando el curso de la historia.

Las masas del Tercer Mundo se han puesto de pie y las naciones y pueblos hasta ahora postergados, pasan a un primer plano. La hora de los localismos cede el lugar a la necesidad de continentalizarnos y de marchar hacia la unidad planetaria.

Felizmente, este tiempo que nos toca vivir y dentro del que somos protagonistas inevitables, nos encuentra a los argentinos unidos como en las épocas más fecundas de nuestra historia.

Es un verdadero milagro el que podamos ahora dialogar y discrepar entre nosotros, pensar de diferente manera y estimar como válidas distintas soluciones, habiendo llegado a la conclusión de que por encima de los desencuentros, nos pertenece por igual la suerte de la Patria, en la que está contenida la suerte de cada uno de nosotros, en su presente y en su porvenir. Nuestra Argentina está pacificada, aunque todavía no vivimos totalmente en paz. Heredamos del pasado un vendaval de conflictos y de enfrentamientos.

Hubo y hay todavía sangre entre nosotros; reconocemos esta herencia inmediata a que me he referido, y extraemos de ella la conclusión de su negatividad. Pero no podemos ignorar que el mundo padece de violencia, no como episodio sino como fenómeno que caracteriza a toda esta época. Que caracteriza, diría, a toda época de cambios revolucionarios y de reacomodamientos, en que un período de la historia concluye para abrir paso a otro.

Nosotros hemos encarado la Reconstrucción Nacional. Entre sus más importantes objetivos está el de reconstruir nuestra paz. Lo lograremos. No hay nada que no pueda alcanzarse con nuestras inmensas posibilidades y con este pueblo maravilloso al que con orgullo pertenecemos.

No ignoramos que la violencia nos llega también desde fuera de nuestras fronteras, por la vía de un calculado sabotaje a nuestra irrevocable decisión de liberarnos de todo asomo de colonialismo.

Agentes del desorden son los que pretenden impedir la consolidación de un

orden impuesto por la revolución en paz que propugnamos y aceptamos la mayoría de los argentinos.

Agentes del caos son los que tratan, inútilmente, de fomentar la violencia como alternativa a nuestro irrevocable propósito de alcanzar en paz el desarrollo propio y la integración latinoamericana, únicas metas para evitar que el año 2000 nos encuentre sometidos a cualquier imperialismo.

Superaremos también esta violencia, sea cual fuere su origen. Superaremos la subversión. Aislaremos a los violentos y a los inadaptados. Los combati-remos con nuestras fuerzas y los derrotaremos dentro de la Constitución y la Ley. Ninguna victoria que no sea también política, es válida en este frente. Y la lograremos. Tenemos no sólo una doctrina y una fe, sino una decisión que nada ni nadie hará que cambie.

Tenemos, también, la razón y los medios de hacerla triunfar. Triunfaremos, pero no en el limitado campo de una victoria material contra la subversión y sus agentes, sino en el de la consolidación de los procesos fundamentales que nos conducen a la Liberación Nacional y Social del Pueblo Argentino, que sentimos como capítulo fundamental de la liberación nacional y social de los pueblos del continente.

Las fuerzas del orden —pero del orden nuevo, del orden revolucionario, del orden del cambio en profundidad— han de imponerse sobre las fuerzas del desorden entre las que se incluyen, por cierto, las del viejo orden de la explotación de las naciones por el imperialismo, y la explotación de los hombres por quienes son sus hermanos y debieran comportarse como tales.

Todo esto —y todos tenemos conciencia de ello— se encuentra en marcha. Cada día que pasa nos acerca a las metas señaladas.

Ha comenzado de este modo el tiempo en que para un argentino no hay nada mejor que otro argentino. Esto sólo es ya revolución de suficiente trascendencia como para agradecer a Dios que nos haya permitido vivir para disfrutarlo.

Estamos terminando con la improvisación, porque no sólo el País lo exige, sino que el mundo no admite otra alternativa.

Se percibe ya con firmeza que la sociedad mundial se orienta hacia un universalismo que, a pocas décadas del presente, nos puede conducir a formas integradas, tanto en el orden económico como en el político.

La integración social del hombre en la tierra será un proceso paralelo, para lo cual es necesaria una firme y efectiva unión de todos los trabajadores del mundo, dada por el hecho de serlo y por lo que ellos representan en la vida de los pueblos.

La integración económica podrá realizarse cuando los imperialismos tomen debida conciencia de que han entrado en una nueva etapa de su accionar histórico, y que servirán mejor al mundo en su conjunto y a ellos mismos, en la medida en que contribuyan a concebir y accionar a la sociedad mundial como un sistema, cuyo único objetivo resida en lograr la realización del hombre en plenitud, dentro de esa sociedad mundial.

La integración política brindará el margen de seguridad necesario para el

cumplimiento de las metas sociales, económicas, científico-tecnológicas y de medio ambiente, al servicio de la sociedad mundial.

El itinerario es inexorable, y tenemos que prepararnos para recorrerlo. Y, aunque ello parezca contradictorio, tal evento nos exige desarrollar desde ya un profundo nacionalismo cultural como única manera de fortificar el ser nacional, para preservarlo con individualidad propia, en las etapas que se avecinan.

El mundo en su conjunto no podrá constituir un sistema, sin que a su vez estén integrados los países en procesos paralelos. Mientras se realice el proceso universalista, existen dos únicas alternativas para nuestros países: neocolonialismo o liberación.

Construir al mundo en su conjunto exige liberarse de dominadores particulares. Es ésta, pues, la esencia conceptual de nuestra Tercera Posición, que tendrá que ser plasmada en un Tercer Mundo, más allá de fronteras ideológicas.

La pertinacia en levantar fronteras ideológicas no hace sino demorar el proceso y aumentar el costo de construcción de la sociedad mundial.

Para construir la sociedad mundial, la etapa del continentalismo configura una transición necesaria. Los países han de unirse progresivamente sobre la base de la vecindad geográfica y sin imperialismos locales y pequeños. Esta es la concepción de la Argentina para Latinoamérica: justa, abierta, generosa, y sobre todas las cosas, sincera.

A niveles nacionales, nadie puede realizarse en un país que no se realiza. De la misma manera, a nivel continental, ningún país podrá realizarse en un continente que no se realice.

Queremos trabajar juntos para edificar a Latinoamérica dentro del concepto de comunidad organizada. Su triunfo será el nuestro. Hemos de contribuir al proceso con toda la visión, la perseverancia y el tesón que hagan falta.

Solo queremos caminar al ritmo del más rápido. Y, teniendo en cuenta que no todos han de pensar de la misma manera, respetuosos de sus decisiones, habremos de unirnos resueltamente con quienes quieran seguir nuestro propio ritmo.

Latinoamérica es de los latinoamericanos. Tenemos una historia tras de nosotros. La historia del futuro no nos perdonaría el haber dejado de ser fieles a ella.

Paralelamente, nos uniremos a la acción de los países del Tercer Mundo, con los cuales ya estamos unidos en la idea.

Nuestra tarea común es la liberación. Liberación, tiene muchos significados: En lo político, configurar una nación sustancial, con capacidad suficiente de decisión nacional, y no una nación en apariencia que conserva los atributos formales del poder, pero no su esencia.

En lo económico hemos de producir básicamente según las necesidades del pueblo y de la Nación, y teniendo también en cuenta las necesidades de nuestros hermanos de Latinoamérica y del mundo en su conjunto. Y a

partir de un sistema económico que hoy produce según el beneficio, hemos de armonizar ambos elementos para preservar recursos, lograr una real justicia distributiva, y mantener siempre viva la llama de la creatividad.

En lo socio-cultural queremos una comunidad que tome lo mejor del mundo del espíritu, del mundo de las ideas y del mundo de los sentidos, y que agregue a ello todo lo que nos es propio, autóctono, para desarrollar un profundo nacionalismo cultural, como antes expresé. Tal será la única forma de preservar nuestra identidad y nuestra autoidentificación. Argentina, como cultura, tiene una sola manera de identificarse: Argentina. Y para la fase continentalista en la que vivimos y universalista hacia la cual vamos, abierta nuestra cultura a la comunicación con todas las culturas del mundo, tenemos que recordar siempre que *Argentina es el hogar*.

En lo científico-tecnológico, se reconoce el núcleo del problema de la liberación. Sin base científico-tecnológica propia y suficiente, la liberación se hace también imposible. La liberación del mundo en desarrollo exige que este conocimiento sea libremente internacionalizado sin ningún costo para él. Hemos de luchar por conseguirlo; y tenemos para esta lucha que recordar las esencias: todo conocimiento viene de Dios.

La lucha por la liberación es, en gran medida, lucha también por los recursos y la preservación ecológica, y en ella estamos empeñados. Los pueblos del Tercer Mundo albergan las grandes reservas de materias primas, particularmente las agotables. Pasó la época en que podían tomarse riquezas por la fuerza, con el argumento de la lucha política entre los países o entre ideologías.

Tenemos que trabajar para hacer también del Tercer Mundo una comunidad organizada. Esta es la hora de los pueblos y concebimos que, en ella, debe concretarse la unión de la humanidad.

Finalmente, la liberación exige una correcta base institucional, tanto a nivel mundial como en los países individualmente. La organización institucional tendrá que ser establecida una vez clarificado: qué se quiere, cómo ha de lograrse lo que se quiere, y quién ha de ser responsable por cada cosa. Venimos haciendo en el país una revolución en paz para organizar a la comunidad y ubicarla en óptimas condiciones a fin de afrontar el futuro.

Revolución en paz significa para nosotros desarmar no sólo las manos sino los espíritus, y sustituir la agresión por la idea, como instrumento de lucha política.

Hemos sido consecuentes con este principio. Así, reunimos a los máximos líderes de partidos políticos que no integran el Frente Justicialista de Liberación, en diálogo abierto y espontáneo con los ministros del Poder Ejecutivo Nacional, y seguiremos haciéndolo en adelante.

La juventud argentina llamada a tener un papel activo en la conducción concreta del futuro, ha sido invitada a organizarse. Estamos ayudándola a hacerlo sobre la base de la discusión de ideas, y comenzando por pedir a cada grupo juvenil que se defina y que identifique cuáles son los objetivos que concibe para el País en su conjunto.

Este es el inicio. El fin es la unión de la juventud argentina sin distinciones

partidarias; y el camino es el del respeto mutuo y la lucha ardorosa, sí, pero por la idea.

Los trabajadores, columna vertebral del proceso, están organizándose para que su participación trascienda largamente de la discusión de salarios y condiciones de trabajo. El País necesita que los trabajadores, como grupo social, definan cuál es la sociedad a la cual aspiran, de la misma manera que los demás grupos políticos y sociales. Ello exige capacitación intensa y requiere también que la idea constituya la materia prima que supere a todos los demás instrumentos de lucha.

Los empresarios se han organizado sobre bases que han hecho posible su participación en el diálogo y el compromiso. De aquí en más, el Gobierno ha de definir políticas, actividad por actividad, y comprometer al empresariado en una tarea conjunta, para que su capacidad creativa se integre al máximo en el interés del País.

Para identificar el papel de los intelectuales, hay que comenzar por recordar que el País necesita un modelo de referencia que contenga, por lo menos, los atributos de la sociedad a la cual se aspira, los medios de alcanzarlos, y una distribución social de responsabilidades para hacerlo.

Este proceso de elaboración nacional tendrá que lograrse convergiendo tres bases al mismo tiempo: lo que los intelectuales formulen, lo que el País quiera y lo que resulte posible realizar. A ellos toca organizarse para hacerlo. El intelectual argentino debe participar en el proceso, cualquiera sea el país en que se encuentre.

Las Fuerzas Armadas están trabajando con el concepto de guerra total y, en consecuencia, de defensa total. La verdadera tarea nacional es la de liberación, y nuestras Fuerzas Armadas la han asumido en plenitud. La defensa se hace así contra el neocolonialismo, y el compromiso de las Fuerzas es con el desarrollo social integrado del País en su conjunto, realizado con sentido nacional, social y cristiano.

Hay una cabal coincidencia entre la concepción de la Iglesia, nuestra visión del mundo y nuestro planteo de justicia social, por cuanto nos basamos en una misma ética, en una misma moral, e igual prédica por la paz y el amor entre los hombres.

En cuanto a la mujer, estamos profundamente satisfechos, como mandatarios y como hombres, de su evolución en nuestra sociedad. Más de veinticinco años pasaron desde que la asignación del derecho de voto femenino terminó con su subordinación política. Nuestras mujeres mostraron desde entonces que pueden trabajar, elegir y luchar como los varones, y preservar al mismo tiempo, los atributos de femineidad, y de esposas y madres ejemplares con que impregnan de afecto nuestra vida.

Estas concepciones, que vienen fortificando nuestra acción presente y que constituyen nuestro programa grande para el futuro, configuran el contenido básico del Modelo Argentino que en breve ofreceremos a la consideración del país.

Nuestra Argentina necesita un Proyecto Nacional, perteneciente al país en su totalidad. Estoy persuadido de que si nos pusiéramos todos a reali-

zar este trabajo y si, entonces, comparáramos nuestro pensamiento, obtendríamos un gran espacio de coincidencia nacional.

Otros países que han elaborado un estilo nacional tuvieron uno de dos elementos en su ayuda: o siglos para pensarse a sí mismos, o el catalizador de la agresión externa. Nosotros no tenemos ni una ni otra cosa. Por ello, la incitación para redactar nuestro propio modelo tiene que venir simplemente de nuestra toma de conciencia.

Como Presidente de los argentinos propondré un modelo a la consideración del país, humilde trabajo, fruto de tres décadas de experiencia en el pensamiento y en la acción. Si de allí surgen propuestas que motiven coincidencias, su misión estará más que cumplida.

El modelo argentino precisa la naturaleza de la democracia a la cual aspiramos, concibiendo a nuestra Argentina como una democracia plena de justicia social. Y en consecuencia, concibe al Gobierno con la forma representativa, republicana, federal y social. Social por su forma de ser, por sus objetivos y por su estilo de funcionamiento.

Definida así la naturaleza de la democracia a la cual se aspira, hay un solo camino para alcanzarla: gobernar con planificación.

Habremos también de proponer al país una reforma de la Constitución Nacional. Para ello estamos ya trabajando desde dos vertientes: por un lado, recogiendo las opiniones del país; y por el otro, identificando las solicitudes del modelo argentino.

Quiero finalmente referirme a la participación dentro de nuestra democracia plena de justicia social. El ciudadano como tal se expresa a través de los partidos políticos, cuyo eficiente funcionamiento ha dado a este recinto su capacidad de elaborar historia. Pero también el hombre se expresa a través de su condición de trabajador, intelectual, empresario, militar, sacerdote, etcétera. Como tal, tiene que participar en otro tipo de recinto: el Consejo para el Proyecto Nacional que habremos de crear enfocando su tarea sólo hacia esa gran obra en la que todo el país tiene que empeñarse.

Ningún partícipe de este Consejo ha de ser un emisario que vaya a exponer la posición del Poder Ejecutivo, o, de cualquier otra autoridad que no sea el grupo social al que represente.

Queremos, además, concretar nuestro pensamiento acerca de la forma de configurar las concepciones de cada grupo social y también de cada grupo político. Concebimos que los criterios formalizados en bases, plataformas u otros cuerpos escritos que expresen el pensamiento de partidos políticos y de grupos sociales, no pueden ser otra cosa que su versión del Proyecto Nacional.

Esclarezcamos nuestras discrepancias y, para hacerlo, no transportemos al diálogo social institucionalizado nuestras propias confusiones. Limpiemos por dentro nuestras ideas, primero, para construir en el diálogo social después.

Estas son, señores Legisladores, las principales reflexiones que, como Presidente de todos los argentinos, me he sentido en el deber de traer hoy a vuestra alta consideración.

Política alimentaria: fundamentos justicialistas

Hugo Eduardo Arce

Médico graduado en la UNBA en 1969. Ex docente de Anatomía Normal en la Facultad de Ciencias Médicas de la misma universidad. Realiza su práctica asistencial en las especialidades clínicas de Endocrinología y Nutrición. Asesor en la H. Sala de Representantes de la Municipalidad de Buenos Aires. Actualmente cursa la carrera de Diplomado en Salud Pública en la Escuela de Salud Pública de la UNBA.

Matilde Elvira Svatetz

Médica graduada en la UNBA en 1969. Ex docente de Matemáticas. Bioestadística y Química Biológica de la Facultad de Medicina de la U.N. de Tucumán. Residente de Psiquiatría en la Municipalidad de Buenos Aires. Actualmente cursa la carrera de Diplomado en Salud Pública en la Escuela de Salud Pública de la UNBA.

Introducción

“Para la ciencia de la nutrición, no basta que la gente satisfaga su apetito con cualquier cosa; no basta “comer”; hay que “alimentarse”, que son dos cosas completamente distintas. Lo primero, comer, se cumple por la ingestión aunque sea indiscriminada de alimentos, que satisface el apetito pero no la necesidad de nutrirse, y lo segundo, alimentarse, es el acto racional fundado en normas de salud y satisface ambas cosas, pues sabemos ahora que no se trata sólo de cantidad de comida, sino también de la naturaleza de los alimentos”. Juan Domingo Perón ¹

La *alimentación* es la primera y más importante de las etapas de la *nutrición*, ya que si no se produce una correcta alimentación resultan también perjudicadas las etapas siguientes.

Entendemos por nutrición un conjunto de procesos armónicos y solidarios entre sí, cuyo objeto es utilizar la energía que nos brinda la naturaleza bajo la forma de alimentos, para transformarla en la energía creadora que nos permitirá realizar todas nuestras actividades físicas, mentales, espirituales y sociales.

El proceso de la nutrición consta de tres etapas o tiempos: la alimentación, la metabolización y la excreción. La alimentación comienza con la ingestión de los alimentos y termina con su absorción luego de haber sido digeridos en el aparato digestivo. La metabolización es una serie de transformaciones químicas mediante las cuales los alimentos absorbidos son asi-

milados, usados para producir energía, o eliminados. Por último la excreción es un conjunto de mecanismos por los que las sustancias no utilizables o usadas, son devueltas a la naturaleza a través del tubo digestivo, los riñones, la piel y los pulmones.

Así se completa el ciclo biológico de la utilización de la energía de los alimentos, que empieza y termina en la naturaleza.

Para delimitar aún más el significado de la palabra alimentación, debemos diferenciar la alimentación del acto de comer en dos aspectos:

a) comer es sinónimo de ingerir, es decir que se refiere al momento del ingreso de los alimentos al aparato digestivo. En cambio alimentación es un concepto más amplio que se refiere también a la digestión de estos alimentos.

b) desde el punto de vista de nuestro lenguaje cotidiano, la palabra alimentación, implica una forma más racional y completa de la administración de los alimentos que la palabra comer.

1. La alimentación en la relación hombre-naturaleza

“...un peligro mayor —que afecta a toda la humanidad y pone en peligro su misma supervivencia— nos obliga a plantear la cuestión en nuevos términos que van más allá de lo estrictamente político, que superan las divisiones partidarias e ideológicas, y entran en la esfera de las relaciones de la humanidad con la naturaleza”. J. D. Perón²

Se trata, pues, de analizar el carácter de la relación entre el hombre y la naturaleza. Es decir que se trata de intentar redescubrir el origen natural de la capacidad creadora del hombre y el sentido que esta última, entonces, adquiere. Sentido que le fue progresivamente velado a la par que iba perdiendo el concepto de su misión en el mundo, hasta el punto de pretender reemplazar lo natural por lo artificial y el ingenio y el arte por la técnica.

Vista la naturaleza en tanto energía, podemos describirla como un proceso que transcurre en un constante intercambio y transformación de esta energía, que se exterioriza a través de los fenómenos y recursos naturales. El hombre, como parte inherente y diferenciada a la vez, vive su relación con la naturaleza mediante un proceso constante en el que se provee de elementos energéticos —el sol, el agua, el aire, los alimentos, los combustibles— para transformarlos con su espíritu y su creatividad en una energía de otro carácter, la actividad humana. De tal modo que “toda la actividad humana es la resultante de un proceso de transformación de energía; energía que el hombre toma del medio natural y la convierte con su ingenio, en comida y artículos de protección, vivienda, ropa, armas, etc., y en máquinas e instalaciones. Así el hombre vive y sobrevive”.¹

Este proceso esencial, interferido o mal aprovechado, termina limitando y aún neutralizando al hombre en su capacidad de crear, en aquello que lo define más íntegramente, en su libertad, en su “virtud”, en su “organismo físico y su entidad espiritual”. Significa también renunciar a realizarse en una comunidad organizada racionalmente y, finalmente, significa su destrucción.

“Levantamos la bandera de nuestra doctrina en defensa del hombre, del hombre auténtico y total, materia y espíritu, inteligencia y corazón, individual pero social, material pero trascendente, limitado pero infinito... con esa concepción enfrentamos a un mundo que se derrumba, precisamente por haber destruido al hombre, y nos proponemos levantarlo sobre sus ruinas hasta devolverle las alturas de su excelsa dignidad humana”.³ Este concepto de desarrollo pleno del hombre está íntimamente ligado al del adecuado aprovechamiento de la energía natural. Pero el ciclo de la transformación de la energía no termina en el hombre: “las construcciones humanas no son otra cosa que esfuerzos infructuosos para retener algo de esa energía creadora que se nos escapa para volver a sus fuentes, porque la ley del retorno de la energía es inexorable, y se cumple en detrimento de la obra humana, de sus culturas, de sus monumentos, de sus artes y ciencias, de su filosofía, de su religión, de sus leyes y códigos y de sus riquezas. Por eso la riqueza debe ser concebida como una forma de energía y no de la materia, un préstamo de la naturaleza al hombre, que hay que emplear sabiamente”.¹

Si bien es cierto que la evolución de las relaciones económico-sociales y especialmente la etapa capitalista, han permitido un mejor acceso de los integrantes de cada comunidad a los bienes que ella produce, tampoco es menos cierto que el desarrollo irracional y la artificiosidad de una civilización basada en el acúmulo de bienes materiales, han interferido y deformado progresivamente la relación entre el hombre y la naturaleza. Más aún, la falsa libertad del pensamiento demo-liberal, el principio de la “libre competencia”, ha logrado concebir un desarrollo basado en la explotación de los pueblos y ha legalizado el despilfarro de los elementos naturales. Una misma irracionalidad justifica la coexistencia del vértigo, el vicio, el gasto por el gasto mismo, con el hambre, el analfabetismo y todas las formas de subconsumo. Ambas realidades, la de los países centrales y la del Tercer Mundo, se explican recíprocamente.

Esta relación viciada hombre-naturaleza, la alienación inherente a un sistema de vida basado en el lucro y la competencia desigual y en el despilfarro como apariencia de bienestar, mientras otros seres se mueren de inanición; esta pérdida del objetivo vital de la realización del individuo al compás de la realización de sus semejantes; el imperio del egoísmo frente al sentido de solidaridad, en fin, constituye la problemática central del ser humano que queremos reconstruir.

Por lo tanto “la energía que nos brinda el medio ambiente natural, los alimentos y el combustible, fuentes de todo el proceso económico, no pueden invertirse en otra cosa que no sea la realización integral de la sociedad y de la personalidad humana”.¹

En síntesis, la relación entre el hombre y la naturaleza adquiere sentido en el carácter trascendente que el hombre imprime al proceso de la transformación de la energía, en la posibilidad de retener esa energía a través de las realizaciones de su capacidad creadora. Esas realizaciones no son, entonces, otra cosa que energía sustraída a la naturaleza, a la Creación, que inexorablemente retorna a su origen. El carácter temporal de la riqueza así interpretada, es el módulo que obliga a su empleo racional al servicio de la dignificación del hombre.

2. La alimentación en el control de salud

Definido el carácter de la relación entre el hombre y la Creación como el marco donde se desarrolla su existencia, cabe ahora preguntarse el concepto que adquiere la salud desde este punto de vista.

Si la salud ha sido definida como un completo estado de bienestar físico, mental y social, y no solamente como ausencia de afección o enfermedad, por la Organización Mundial de la Salud, será necesario agregar cuál es el tipo de bienestar al que aspiramos aquí y ahora, desde nuestra concepción justicialista.

El bienestar así entendido, y en su acepción más universal, es el estado de equilibrio en la relación entre el hombre y la naturaleza que permite a aquél desarrollar su máxima potencialidad creadora. Es el equilibrio de la adecuada utilización de las energías naturales sin despilfarrarlas. El equilibrio resultante de que el ciclo de la energía no termina en su empleo por el hombre, sino que empieza y termina en la naturaleza misma de tal modo que la utilización de los recursos naturales no tiene por qué implicar la “desnaturalización” del medio ambiente. El equilibrio de concebir a la riqueza “como una forma de la energía y no de la materia, un préstamo de la naturaleza al hombre, que hay que emplear sabiamente”.

En síntesis, este bienestar está definido por la armonía entre materia y espíritu, entre inteligencia y corazón; el equilibrio de la realización del “yo” en el “nosotros”, del individuo inmerso en la sociedad.

Dice Ramón Carrillo: “La salud no es, en sí misma y por sí misma el bienestar, pero sí es condición ineludible del bienestar. No es, pues, un fin, sino un medio y, en el mejor sentido, un medio social. Porque no se trata de asegurar la salud para un goce más o menos epicúreo de la vida, sino para que el hombre se realice plenamente como ser físico, intelectual, emocional y moral, afianzando su conquista del medio exterior y su propio dominio interior... La salud, repito, no constituye un fin en sí misma, para el individuo ni para la sociedad, sino una condición de vida plena, y no se puede vivir plenamente si el trabajo es una carga, si la casa es una cueva, y si la salud es una prestación más del trabajador”.⁴

Esta búsqueda de la plenitud humana tiene, para nosotros, una concepción, la Comunidad Organizada, y una forma de ejecución, la Doctrina Peronista. Y se sintetiza en un objetivo: la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación.

3. La alimentación dentro de la Doctrina Sanitaria

Argentina

De los tres pilares básicos de la política sanitaria: Medicina Asistencial, Medicina Profiláctica y Medicina Social, la política alimentaria pertenece a esta última.

La Medicina Asistencial es pasiva, reparadora, tiene como objeto al *individuo enfermo*, y su forma de prestación es individual. La Medicina Profiláctica o Sanitaria es defensiva, profiláctica —como su nombre lo indi-

ca—, su objeto son las *colectividades* y el *medio ambiente físico*, y su forma de prestación es masiva. La Medicina Social o Preventiva es activa, dinámica, tiene como objeto la *sociedad* en su conjunto y especialmente su célula básica, la *familia*, ocupándose de prever todos aquellos aspectos que hacen al bienestar integral humano.

La Medicina Social comprende vivienda, educación, alimentación, vestido, recreación, medicina del trabajo, medicina del deporte, etc.

La forma de prestación, la importancia relativa que se adjudique a cada uno de los tres pilares citados, y la relación que éstos adquieran entre sí, dependerán de la concepción con que el Gobierno encare su Política Sanitaria.

El justicialismo adjudica a la Medicina Social la mayor importancia ya que ésta se incluye dentro de su mayor logro, la política social. Esta política no es producto de una resolución pragmática de nuestra problemática social, sino la resultante de una clara concepción de justicia social donde la dignificación del hombre constituye el objetivo fundamental.

El modo mismo en que el Dr. Ramón Carrillo introduce —y desarrolla extraordinariamente— la Medicina Social, que hasta ese momento no existía en el país, es el fiel reflejo en el área de la Salud Pública, de la política social del Gral. Perón. Cuando Perón habla de la función social del capital, de la función social de la medicina, de la previsión social, de la solidaridad social, está introduciendo nuevos conceptos acerca de las relaciones sociales de la Nación, y a la vez señalando un método original y esencialmente argentino de socialización, equidistante tanto del individualismo capitalista como del colectivismo dogmático.

Y simultáneamente se transformaba el concepto del derecho. Señala el Dr. Eduardo Stafforini, uno de los creadores del Derecho Social, que el justicialismo introduce entre las dos ramas clásicas del derecho —el Derecho Público y el Derecho Privado—, el concepto de Derecho Social. Es decir, el derecho de las cosas que se encuentran en función social. Esta legislación que entiende sobre las cosas que son progresivamente puestas en función social, está destinada a reglar y darle trascendencia definitiva a esos logros, ganando sucesivamente espacio entre lo público y lo privado “hasta que todo sea Derecho Social”, hasta que todo esté en función social.⁵

Del mismo modo la Medicina Social tiende a *prevenir* cada vez más aspectos del bienestar popular, a proteger especialmente a la familia, ganando progresivamente espacio a expensas de las medicinas Asistencial y Profiláctica (la individual y la colectiva), hasta que todo sea Medicina Social, hasta que todo sea previsto en la política social. Porque “cuando la Patria sea grande y el Pueblo feliz” serán muy escasas las necesidades de asistencia médica y de profilaxis sanitaria.

La política alimentaria, entonces, forma parte de la Medicina Social en tanto tiene como objetivo poner en función social la producción, distribución y consumo de los alimentos, y constituye uno de los puntos esenciales para encarar actualmente la Medicina Social.

Una política alimentaria puede darse, de hecho, a través de las medidas de distintos sectores del Estado como Economía, Agricultura y Ganadería, Comercio Interior, a veces en forma incoordinada. En realidad una política

alimentaria integral implica al conjunto del Estado y de la comunidad. Pero para que tenga una coherencia que esté dada por la salud actual y futura de la población como objetivo central, debe ser conducida desde el área de Salud Pública o Bienestar Social, ya que los principios fundamentales que la deben guiar son los biológico-científicos y sociales.

4. Principios biológicos y sociales de la alimentación

Como decíamos más arriba, la utilización de principios científicos para la alimentación de una comunidad, debe constituir el basamento de toda política alimentaria.

Ancestralmente el hombre, como animal omnívoro, posee apetitos selectivos hacia determinados alimentos que lo llevan a equilibrar la dieta con una alimentación variada. Ya los griegos producen el primer antecedente de política alimentaria, cuando reservan la carne para los guerreros y la leche y los huevos para la población pacífica.

Pero quizás el avance en el conocimiento de la química biológica producido en este siglo y la experiencia de la Primera Guerra mundial, son los antecedentes inmediatos de los modernos principios introducidos en la planificación racional de la alimentación.

En la República Argentina fue el Dr. Pedro Escudero en la década del 20, el fundador de la Escuela de Nutrición Argentina, y quien introdujo y adaptó estos criterios científicos —nuevos en el mundo— a nuestra idiosincracia. En este sentido la escuela argentina fue pionera y modelo mundial, aportando importantes investigaciones y sistematizando los conocimientos alcanzados. Su prestigio internacional está indisolublemente ligado a la figura del Prof. Escudero.

Durante su ministerio el Dr. Carrillo elevó el viejo Instituto de la Nutrición, que hasta ese momento dependía del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, al nivel de instituto nacional descentralizado y autárquico dependiente de la Secretaría de Salud Pública, adjudicándole la planificación, conducción y control de toda la política alimentaria.

Estos antecedentes y la importancia que el gobierno peronista otorgó al problema alimentario, hicieron que la Argentina haya sido uno de los primeros países en el mundo en aplicar una política alimentaria sistemática, al nivel de los países más civilizados del mundo, introduciendo métodos y conceptos originales. Desgraciadamente, después de 1955, el Instituto Nacional de Nutrición fue progresivamente vaciado y destruido como tantos otros organismos del Estado, hasta ser definitivamente cerrado durante el gobierno de Onganía.

Para sistematizar los principios científicos de la alimentación Escudero enunció 4 leyes a las que debía sujetarse la dieta higiénica: la ley de la cantidad (alimentación suficiente), la ley de la calidad (alimentación completa), la ley de la armonía y la ley de la adecuación.

a) la *ley de la cantidad* se refiere al valor calórico que debe cubrir la dieta de acuerdo a las necesidades de cada individuo. Es decir que el régimen alimenticio debe tener calorías (la caloría es una unidad de energía)

en principios nutritivos en la misma cantidad que el gasto de energía que realiza el organismo.

b) la *ley de la calidad* dice que la dieta debe incluir todos los principios alimenticios necesarios para el correcto funcionamiento del organismo. Los principios alimenticios son los distintos tipos de compuestos químicos que forman parte de los alimentos. Ellos son los hidratos de carbono o azúcares, las proteínas, las grasas, las vitaminas, los minerales y las sales. De acuerdo al contenido predominante de uno u otro principio alimenticio se puede hablar de alimentos proteicos como las carnes y el huevo, alimentos grasos como los aceites y la manteca, y alimentos hidrocarbonados como el pan, los dulces y las pastas.

La mayor parte de los principios alimenticios, además de recibirlos por la ingestión, el organismo tiene la posibilidad de fabricarlos a partir de su propio metabolismo. Pero algunos de ellos, en cambio, sólo pueden ser adquiridos a través de la ingesta por lo que han recibido la denominación de “esenciales”. Se hallan dentro de esta categoría más de la mitad de los aminoácidos (moléculas por cuyo encadenamiento se constituyen las proteínas), algunos ácidos grasos, y algunas vitaminas y minerales.

Este hecho ha llevado a distinguir los alimentos ricos en sustancias “esenciales” con el nombre de “protectores”. Los *alimentos protectores* se definen como aquellos que administrados en una cierta cantidad, protegen al individuo contra los grandes errores de la alimentación y evitan la aparición de las enfermedades por carencia. Entre los alimentos protectores se incluyen la leche y sus derivados, las carnes, los huevos, las verduras, las frutas y los cereales completos.⁶

En condiciones de igualdad energética, deben preferirse siempre los alimentos protectores para cubrir la ración diaria del hombre, porque las deficiencias en el consumo de alguno de estos alimentos por períodos de tiempo prolongados producen las enfermedades carenciales por falta de hierro, calcio, proteínas, las avitaminosis, etc.

c) la *ley de la armonía* se refiere a la proporción de cada principio alimenticio que deben guardar las comidas para mantener una nutrición higiénica. De acuerdo a las necesidades orgánicas Escudero estableció que la dieta normal debía contener un 50 % de hidratos de carbono, un 15 % de proteínas y un 35 % de grasas, y que de las proteínas la mitad debían ser de origen animal. De igual modo esta ley establece las proporciones relativas de calcio y fósforo y las relaciones entre el valor calórico de las comidas y su peso. La armonía de la dieta depende en gran medida de la cultura alimentaria de cada país.

d) la *ley de la adecuación* requiere que toda dieta se adapte a una finalidad determinada. Es decir que los requerimientos nutritivos son distintos para cada edad de la vida, para la embarazada, para la mujer que amamanta, para cada sexo, para las distintas dimensiones corporales, y también para el gasto de energía que requieren los distintos tipos de trabajos. Asimismo se debe tener en cuenta para la adecuación de la dieta higiénica las características del suelo de cada región, las tradiciones culturales, la composición de las comidas folklóricas, evitando alterar costumbres que tienen que ver con la idiosincracia de cada región.

A partir de estos principios es posible determinar los principales problemas alimentarios existentes actualmente en el país. Desde el punto de vista de la cantidad los problemas que se presentan son el de la desnutrición y el de la obesidad.

Sin duda el principal causante de la desnutrición es la mala situación socio-económica, pero también contribuyen a la existencia de este problema las condiciones geográficas de algunas zonas del país y las dificultades para el abastecimiento que encarecen mucho los productos. El abandono durante muchos años por parte del Estado de los sectores más desprotegidos y explotados de la población, y la inexistencia de una política de promoción social en las zonas más necesitadas, han sumido a vastos sectores del pueblo en un infraconsumo alimenticio que elevó las cifras de morbilidad por desnutrición a niveles de genocidio.

El aspecto más negativo de este problema incide en los sectores más críticos desde el punto de vista de la alimentación y del futuro del país: la madre y el niño. Es de sobra conocido que la principal causa de morbilidad infantil es la desnutrición, lo que hace presuponer que en los casos en que la enfermedad no adquiere carácter letal deja serios trastornos del crecimiento y desarrollo. En ambos casos el patrimonio humano argentino se ve gravemente dañado, ya sea por disminución del crecimiento vegetativo con el consiguiente envejecimiento de nuestra pirámide de población, o bien porque los déficits en el desarrollo psico-físico dejan huellas irreparables que reducen la expectativa de vida y la capacidad productiva de generaciones enteras.

Del mismo modo la desnutrición materna desdibuja enormemente el pronóstico del embarazo, parto, puerperio y lactancia, aumentando sus complicaciones y provocando serias alteraciones fetales y neonatales. La protección alimentaria materno-infantil —mediante el suministro de leche por ejemplo—, no sólo adquiere en nuestro país un carácter solidario, sino también de defensa nacional, ya que el patrimonio humano es lo más rico que tiene una nación y, en nuestro caso, el aumento de la densidad de población es la mejor política de desarrollo y de protección de los recursos naturales.

Pero el hecho repulsivo en mayor medida a todo sentimiento humanitario, ha sido la destrucción o retención de alimentos llevada a cabo por algunos productores e intermediarios, para mantener artificialmente elevados los precios de los productos, o la exportación de alimentos necesarios en el país. Todo esto con la complacencia de los gobernantes, amparados en el falso argumento del “libre juego de la oferta y la demanda” y la “no intervención estatal”.

En cuanto a la obesidad, no se trata simplemente de un problema estético sino de un serio trastorno nutricional que incide tanto sobre la salud y el bienestar como sobre la capacidad de trabajo de un importante sector de la población. Los factores que influyen en la producción de la enfermedad van desde la mala educación alimentaria a la presencia de algunas enfermedades predisponentes como la diabetes.

La vigencia de una cultura alimentaria que promueve el acto de comer como un placer de consumo y no como una necesidad orgánica fisioló-

gica, la publicitación de platos sofisticados y artificiosos como sinónimo de buen comer, y la excesiva producción y promoción de golosinas —de bajo valor nutritivo pero alto valor calórico—, constituyen la primera etapa de otro negocio de esta sociedad de despilfarro, que es el tratamiento de la obesidad. Así, mediante la invención y propagandización de métodos de mística y magia para lo que en realidad no tiene ningún misterio, se cierra el ciclo del negocio de comer tanto a los “engordadores” como a los “adelgazadores”.

La obesidad es un serio problema sanitario que debe ser tratado en forma científica y fisiológicamente, y de ningún modo puede permitirse que se constituya en un descarado negocio que ya ha dejado muchas víctimas como producto de la imprudencia y la falta de escrúpulos.

Con respecto a la calidad y la armonía de la alimentación el conjunto de los problemas que se presentan pueden englobarse dentro de los trastornos por dietas carenciales. Las principales causas de la alimentación carencial son evidentemente las mismas que las de la desnutrición, pero en este caso adquieren un papel fundamental la mala educación alimentaria y la alimentación artificiosa.

El aspecto de la educación alimentaria es tan sencillo de realizar, que sólo es explicable su ausencia dentro del marco de desprotección absoluta a la educación de todo tipo a que ha sido sometido el pueblo argentino durante los últimos años, con el consecuente aumento de los índices de analfabetismo. El contenido de esta educación no sólo comprende la explicación de los alimentos que es más conveniente consumir, sino también la proporción necesaria de cada uno de acuerdo a la situación geográfica y socio-económica, y a la actividad laboral que se realiza.

El doctor Ramón Carrillo citaba como ejemplo de los beneficios de la educación alimentaria el caso del dibujo animado “Spaghetti” o “Popeye”. Esta cinta cómica fue creada en los Estados Unidos cuando las autoridades detectaron un aumento considerable de la frecuencia de las anemias por carencia de hierro, y fue necesario inducir a la población a aumentar el consumo de alimentos con alto tenor de hierro, como las espinacas. Los resultados fueron muy exitosos.⁷

En cuanto a los perjuicios de la alimentación artificial basta transcribir las palabras del general Perón en 1949: “...Pero si por obra de la cultura y la civilización, ha desaparecido o tiende a desaparecer el hambre de las masas humanas, la misma civilización ha originado, empero, un nuevo tipo de hambre disimulada e invisible, camuflada bajo las distintas formas de la alimentación artificiosa a que es tan aficionado el hombre de nuestro tiempo, de todas las capas sociales.”

Y agregaba más adelante acerca de la situación de la Argentina: “...Nuestra población, 60 ó 70 años atrás, cuando no se hablaba hasta por los codos de calorías, de vitaminas o de dietética, se alimentaba mejor que hoy, en que aparentemente estamos en franco progreso civilizado. Nuestros criollos del interior, atraídos por los salarios que pagan las grandes explotaciones industriales, abandonan sus majadas, sus sementeras y sus pequeñas huertas y se concentran en esos focos económicos. El cambio de lugar y de ocupaciones, trae consigo el cambio de alimentación: ese

hombre, en efecto, sustituye bien pronto el locro, la mazamorra, la humita y las achuras asadas, el puchero “con todo”, por los comestibles de proveeduría y de almacén, por las conservas envasadas y los fiambres, que invitan al alcohol”.¹

No cabe duda de que la industrialización y la extraordinaria aceleración de la vida en los núcleos urbanos, han modificado y simplificado inevitablemente la preparación de las comidas. Mientras se conserve la calidad y la combinación adecuada de los ingredientes, este no debe ser un motivo de preocupación. Pero es también cierto que la falta de una regulación y educación en este proceso, ha generalizado el abuso en el consumo de sandwiches, pizza, salchichas de Viena, bebidas gaseosas y alimentos artificiales envasados de todo tipo, que constituyen una pésima nutrición. Y en esto vemos un ejemplo del desarrollo y la tecnificación logrados sobre el sacrificio del pueblo y de salud, así como una forma de desnacionalización y de penetración cultural de las costumbres del “american way of life”. En este sentido los llamados “bares americanos”, los grills, los comedores de pie, han llegado a producir actualmente una profunda deformación en nuestra cultura alimentaria.

Porque aquí no sólo se trata de la composición del tipo de comidas que se consumen en estos lugares, sino también de la ausencia del clima mínimo de tranquilidad necesario para comer y digerir correctamente. En este medio, comiendo parado, apurado, en un ambiente de bullicio, el habitante de nuestras ciudades y especialmente el de Buenos Aires, no puede de ninguna forma alimentarse bien.

Otro aspecto de la deformación cultural, vigente sobre todo en la juventud de las capas medias, lo constituyen los modelos estéticos inculcados a través de la televisión y las revistas de modas. En ellas aparecen modelos muy delgadas y esmirriadas pero que poco tienen que ver con la mujer argentina que trabaja y atiende un hogar, lo que ha llevado a las jóvenes a observar —por emulación— en muchos casos, regímenes carenciales desprovistos de muchos principios nutritivos. A esta forma de colonización cultural tampoco han escapado los varones, ya que a través de la moda “unisex” se inculca a los muchachos un modelo de cuerpo sin musculatura, muy delgado e incluso de aspecto débil. El hombre y la mujer tienen que tener el cuerpo adecuado para la actividad que realizan y de acuerdo a nuestra idiosincracia, y en estas características corporales es donde se deben buscar la verdadera belleza del hombre y la mujer del pueblo argentino.

En cuanto a la alimentación disarmónica cabe recordar que durante el primer gobierno peronista, el Ministerio de Salud Pública realizó una intensa campaña educacional para reducir el consumo de carne de vaca y de trigo, a favor de otros alimentos protectores como el pescado y el pollo, las frutas y verduras. Hoy, si bien se ha reducido el consumo de carne debido al deterioro de la economía, el problema persiste, y si en aquella época el consumo anual per cápita era de 130 kg, hoy es de 90 contra los 70 kg aceptados como consumo higiénico. Basta corroborar esta aseveración con las palabras que el general Perón dirigió a todo el país el 14 de enero próximo pasado, sobre los excesos de consumición de carne, electricidad, combustible y velocidad.⁸

En síntesis, sólo una política antinacional y explotadora como la sufrida

hasta 1973, y una despreocupación total por la salud del pueblo, pueden explicar que en un país en el que sobran posibilidades para la producción de alimentos naturales, existan habitantes desnutridos o malalimentados, ya que la correcta alimentación es un derecho inalienable del pueblo y un deber ineludible de los gobernantes, que no puede sujetarse a ningún otro principio que no sea la dignificación del hombre.

Frente a toda esta problemática biológica y social de la alimentación, la política alimentaria desarrolla dos pilares fundamentales de acción: la educación alimentaria y la ayuda alimentaria.

La *educación alimentaria* consiste en la trasmisión a todo el pueblo de los principios científicos que deben regir una correcta alimentación, proporcionando los instrumentos racionales para que cada individuo, familia o comunidad, reoriente su conducta alimentaria con el objeto de lograr el máximo rendimiento nutritivo con el mínimo costo económico.

La educación alimentaria, al igual que todos los otros aspectos de la educación sanitaria, es el método mediante el cual se logra poner en función social al propio conocimiento científico, permitiendo no sólo el acceso del pueblo a dicho conocimiento, sino también su mayor posibilidad de enriquecimiento recíproco.

Decía Carrillo a este respecto: “La educación sanitaria es una misión lenta, poco vistosa, pero de resultados seguros, de lucha contra conceptos y convicciones erróneas, pero alguna vez hay que iniciarla puesto que las soluciones parciales sin contar con su ayuda, han demostrado y demuestran que están condenadas al fracaso, derrochando recursos y esterilizando esfuerzos.”⁹

Vale decir que la educación alimentaria es el aspecto más profundo de la política alimentaria, el que le da su carácter de permanencia, el que permite devolver al pueblo y poner a su servicio, el conocimiento que él mismo con su vida cotidiana y su cultura contribuyó a construir. Poner en función social el conocimiento científico es al mismo tiempo la única posibilidad de que dicho conocimiento no pierda de vista su objetivo último, la dignificación del hombre, y de que pueda mantener sus posibilidades de seguir desarrollándose.

De tal modo que la educación alimentaria no puede ser una enseñanza más o menos completa de conocimientos totalmente ajenos al pueblo. Ni puede pretender enseñar como si el pueblo, el ama de casa, no supieran absolutamente nada sobre el tema, ni tampoco se trata de lograr expertos en alimentación. Más bien se trata de orientación y profundizar conocimientos que el pueblo, y especialmente la mujer, ya poseen, adecuándolos a la utilización más racional de los recursos alimentarios.

Asimismo la educación alimentaria debe estar regionalizada de tal forma que evite alterar gustos, costumbres y tradiciones, que forman parte de la idiosincracia de cada zona.

Se trata, en síntesis, como decía Evita, de una “educación para el consumo” que lleve a la población a invertir una proporción cada vez menor del salario en alimentación, destinando el resto a otros aspectos del consumo que completan el bienestar humano.

La *ayuda alimentaria* es la forma mediante la cual el Estado o la comunidad

colaboran con los sectores de más bajos recursos para garantizar que todos los habitantes del país puedan alimentarse bien, aún en las situaciones transitorias de incapacidad económica.

En el Plan Analítico de Salud Pública de 1947 se define que la ayuda alimentaria debe hacerse “en forma eficiente para que ella llegue a todos los hogares humildes, protegiéndose así a la familia, célula básica de nuestra nacionalidad. La ayuda debe basarse en el aumento del poder adquisitivo del presupuesto obrero, respetando los gustos y costumbres regionales y sin quitar la responsabilidad que tienen los jefes de familia de mantener el hogar formado, para evitar la desintegración del mismo”.⁹

En esta definición se establecen una serie de pautas sobre el carácter de la ayuda alimentaria, provenientes de la concepción justicialista de ayuda social y de solidaridad social.

En primer lugar la ayuda alimentaria no se presta a un individuo sino a la familia en su conjunto, es decir, que se trata de proteger al núcleo familiar reservando a los jefes de la familia su papel habitual en el mantenimiento económico del hogar y preservando su dignidad. Este criterio es distinto al del comedor público gratuito que, si bien en algunos casos puede resultar necesario, altera las relaciones familiares.

En segundo lugar, al conservar para la familia la capacidad de adquisición de los alimentos, se le está transfiriendo un poder económico que pasa a formar parte de su patrimonio y de su conciencia, lo cual constituye al mismo tiempo una forma de educación. Este es el verdadero sentido de la ayuda alimentaria: se basa en el principio de la solidaridad social, en la ayuda efectiva y real, y está muy distante de la beneficencia en que el “beneficiario” recibe una dádiva que nunca llega a pertenecerle.

Pero la ayuda alimentaria, al mismo tiempo que aumenta el poder adquisitivo de la familia obrera, se propone encaminar la utilización del presupuesto agregado hacia el consumo de alimentos; y no sólo de los alimentos tomados genéricamente sino también orientando las compras de manera de lograr una dieta completa. En el citado Plan Analítico de Salud Pública, se recomienda, entre otros métodos de ayuda, el de la “estampilla alimentaria”, que consistía en la adjudicación de bonos mediante los cuales el obrero podía adquirir alimentos a su elección pero dentro de cierto margen de ordenamiento armónico de la dieta. Este método, que debería ser revisado junto con otros, constituye de cualquier modo un buen ejemplo de ayuda solidaria y justiciera.

En el caso de los núcleos marginales de población (villas de emergencia), la ayuda debe tender a fortalecer el concepto de vida familiar ya que en ellos es donde esta conciencia está muy destruida y, en cambio, no estimular un sentimiento de comunidad cerrada que perpetúe su aislamiento. La ayuda es amor y no resentimiento.

Y a esto han contribuido tanto la beneficencia oligárquica como la acción del “izquierdismo” de cualquier procedencia ideológica que sea. La ayuda social es temporaria por definición, no puede institucionalizarse, y está inexorablemente destinada a ser reemplazada por la justicia social. Debe tender a integrar a los marginados y a emerger a los sumergidos. De lo contrario,

la “ayuda” se niega a sí misma y sólo cumple un objetivo: modificar algo para que nada cambie.

Decía Evita: “Yo sé que mi trabajo de ayuda social no es una solución definitiva de ningún problema. La solución será solamente la justicia social. Cuando cada uno tenga lo que en justicia le corresponde entonces la ayuda social no será necesaria. Mi mayor aspiración es que algún día nadie me necesite... Me sentiría feliz, inmensamente feliz, si dejaran de llegarme tantos pedidos de auxilio... porque ellos indican que todavía sigue reinando en algún rincón de mi Patria, la injusticia de un siglo amargo para los desposeídos”.¹¹

Finalmente, la ayuda alimentaria debe sustentarse en el mismo concepto que el justicialismo tiene de la propiedad: estar tan distante de la apropiación individualista de los alimentos como de su distribución colectivista. Por el contrario, esta forma de ayuda debe ser una apropiación individual en función del bienestar colectivo. La relación entre el Pueblo y los alimentos no debe estar mediatizada ni por una clase ni por el Estado, porque la alimentación adecuada es una condición inalienable de la dignidad humana, sobre cuya distribución debe regir el principio de la *solidaridad* y sobre cuya apropiación el principio de la *función social*.

5. Principios económicos de la alimentación

Cuando se habla de la función social de los alimentos se trata de sustraerlos, de hecho, a su sujeción a las leyes de la oferta y la demanda. La vigencia de los principios de la libre competencia en todas las etapas de la producción y comercialización de alimentos, ha generado una distribución irregular en la que, como en la ley de la selva, no rige otro principio ético que el de vender al mejor precio.

En el nivel de la producción no ha habido, en los últimos 18 años, ningún tipo de planificación ni siquiera de orientación por parte del Estado, que tuviera que ver con los requerimientos alimentarios de la población. Escapa a los límites de este trabajo analizar desde el punto de vista económico todos los problemas existentes en el ámbito de la producción agraria, especialmente para los pequeños y medianos productores, como falta de tecnificación, falta de garantías en la colocación de las cosechas, ahogo impositivo, etc. Sin embargo, nos interesa destacar la indiferencia estatal en la materia y la ausencia de una política tendiente a promover y regular la producción para que cada zona del país tenga acceso a toda la gama necesaria de alimentos.

Para poder orientar la producción sería necesario conocer previamente los requerimientos alimentarios de la población según las regiones, y de acuerdo a esto regular con medidas económicas y crediticias la conducta del productor. En cambio los productores, abandonados a su suerte, cultivan inevitablemente los frutos de la tierra más rentables.

Del mismo modo la distribución y comercialización conducidas exclusivamente por el afán de lucro, han dejado amplias zonas del país desabastecidas de alimentos protectores, con las inevitables consecuencias para la salud de la población que ello acarrea. La intermediación parasitaria, la

destrucción de alimentos para mantener artificialmente elevados los precios, las maniobras especulativas y monopólicas, han constituido un cuadro anárquico en el que el principal perjudicado es el consumidor.

Tampoco en el aspecto de los alimentos elaborados ha existido ningún control para preservar la calidad de las comidas de nuestra población. La industria alimentaria es un elemento fundamental de la producción como para que se la deje librada exclusivamente a su rentabilidad. Los alimentos elaborados, que han disminuido considerablemente el tiempo de preparación de las comidas a partir de la incorporación de la mujer al trabajo y la producción, deben estar garantizados en cuanto a su composición y en cuanto a la calidad higiénica y nutritiva de sus ingredientes.

En síntesis, todo el proceso productivo ha estado regido por leyes y criterios que nada tienen que ver con la dignificación del hombre y que, en última instancia, tienden a su destrucción. La consecuencia de todo esto es que junto al despilfarro y los consumos innecesarios, grandes masas de población no tienen acceso a una adecuada alimentación ya sea por incapacidad económica, por falta de abastecimiento de algunos alimentos o por falta de educación. La "libre competencia" se muestra en su más descarnada realidad.

En consecuencia la producción, elaboración, distribución y comercialización de alimentos deben ponerse progresivamente en función del bienestar general y de la dignidad humana. Ya no es hoy admisible que se exporten productos que son necesarios en el país como ocurre con la fruta, ni tampoco que no se produzcan —o se importen si es necesario— alimentos necesarios para la mesa argentina.

Sobre la base de estadísticas que establezcan los requerimientos anuales de cada alimento para toda la población, se podrá saber cuáles son los alimentos en los que la producción es insuficiente y cuáles los que dejan un margen para exportar. Este mismo criterio ejecutado por regiones permitirá planificar y regular la producción y la distribución. Será necesario entonces en algunas zonas en que existan dificultades para el abastecimiento de ciertos alimentos, estimular el transporte o promover la producción en pequeña escala mediante —por ejemplo— huertas escolares, huertas familiares, cooperativas de consumo, etc.

Si hoy nos parecería absurdo comprar el agua al aguatero, en no muchos años parecerá absurdo que algún habitante no tenga acceso fácil a sus alimentos esenciales. El crecimiento y la evolución de la humanidad y las necesidades que ello genera, exigirán en poco tiempo la racionalización de los alimentos del mismo modo que en nuestros días está racionalizada el agua, por lo menos en las ciudades.

6. Principios políticos de la alimentación

La progresiva carencia de alimentos en el mundo frente al crecimiento acelerado de la población es el principal problema, junto con el de la contaminación ambiental y el agotamiento de los recursos naturales, que hoy enturbia el panorama del futuro de la humanidad.

Al mismo tiempo que se universalizan vertiginosamente los problemas que inciden sobre la supervivencia de la humanidad, también se universalizan las concepciones sobre las cuales deberá basarse la futura integración del mundo para enfrentarlos. Dos concepciones integrales pugnan por lograr este objetivo: la del Imperio y la del Tercer Mundo.

Escapa a los límites que nos hemos impuesto, hacer una crítica a los principios que sustentan las distintas concepciones imperiales, pero sí nos interesa destacar algunos elementos del sistema de consumo y de utilización de los recursos naturales del capitalismo y el comunismo, sus diferencias y coincidencias.

En el ámbito capitalista, la subordinación al lucro de la economía y los derechos humanos, la forma individualista de apropiación con total prescindencia del Estado, ha traído consigo su consecuencia inevitable: el consumo desigual e injusto, tanto a nivel nacional como internacional. “Las mal llamadas ‘sociedades de consumo’ son, en realidad, sistemas de despilfarro masivo, basados en el gasto porque el gasto produce lucro”.²

Con respecto al comunismo, existe la misma subordinación de la economía y los derechos humanos al capital y el poderío, con la diferencia que la posesión de éstos se encuentra exclusivamente en manos del Estado. Aunque no se den en este caso las grandes desigualdades que se presentan en los países capitalistas, el libertinaje económico cercenador de la libertad ha sido aquí reemplazado por la falta total de libertad, al haberse depositado en el Estado la determinación absoluta del consumo.

La misma irracionalidad los ha caracterizado en la utilización de los recursos naturales. Mientras grandes masas de la humanidad subsisten en el subconsumo, ambos compiten en la carrera armamentista, en el desarrollo de sistemas bélicos que podrían aniquilar toda forma de vida, en la investigación espacial, y en el derroche de recursos pertenecientes a otros países u otros continentes (la fauna marítima y el desconocimiento de las 200 millas de soberanía, por ejemplo).

En el concierto de las naciones, todas las concepciones imperiales se unifican, salvo matices, en las recomendaciones que los organismos internacionales formulan para los países en vías de desarrollo. La OMS, la FAO, la UNICEF, son los voceros “asépticos” de los intereses de dominio subyacentes. En este sentido, nos interesa destacar dos temas que actualmente ocupan grandes espacios en las publicaciones de todo el mundo: la promoción del consumo de la soja para enfrentar la progresiva carencia de proteínas, y el control de la natalidad.

Con respecto a la soja es indudable su valor nutritivo ya que contiene una proporción de proteínas (38%), mayor aún que la carne vacuna (20%). Tampoco es discutible su valor en el mejoramiento de la tierra, ni las posibilidades económicas que brinda su exportación. Pero al ser insuficiente en dos aminoácidos esenciales, al igual que otras leguminosas, investigaciones recientes parecerían demostrar que dicho déficit influye negativamente sobre el normal crecimiento del organismo.¹⁸

Este es un tema que está en plena investigación y discusión, pero de cualquier modo no es admisible que se trate de sustituir el consumo de pro-

teínas animales en países que, como el nuestro, poseen extraordinarias reservas y posibilidades en su producción, máxime cuando detrás de esa propuesta no está la intención de una racionalización solidaria universal de los recursos alimentarios, sino una política de expansión inhumana e irracional que se encamina hacia el suicidio colectivo, y que no ha vacilado en apropiarse de los recursos naturales de otros países, por las buenas o por las malas.

La utilización de la soja enriquecida con los aminoácidos en los que es insuficiente es aceptable como complemento nutritivo de las proteínas de origen animal; pero sobre la base de una racionalización internacional de los recursos alimentarios que, hoy por hoy, no aparece todavía como un objetivo fácilmente alcanzable.

En cuanto al control de la natalidad, sólo tiene vigencia para los países superpoblados, cosa que no ocurre por lo menos en Latinoamérica. Esto ya fue planteado por el general Perón en sus mensajes “A los pueblos y gobiernos del mundo” y “a los Países No Alineados”, y fue rubricado en su discurso a los dirigentes políticos de partidos provinciales, fijando la meta de 50 millones de habitantes para la Argentina del año 2000. Este mismo problema es analizado en un informe oficial del que extractamos los párrafos principales:

“La Argentina está siendo sometida a un sutil plan exterior de largo alcance, para despoblarla de hombres y mujeres en edad útil a través de una campaña psicológica y material de esterilidad... Los planes de control de natalidad están totalmente en contra de nuestras posibilidades futuras...

Vemos con asombro y consternación que se apliquen en el país planes de “protección familiar” elaborados en el exterior bajo el falso título de planificar las familias. Dicho plan está financiando, en realidad, la esterilización de un pueblo que ya no crece y al que le sobra territorio... se disfrazan bajo el anzuelo de tratar los estériles, pero paradójicamente por cada esterilidad convertida en fecunda, 30 mujeres argentinas quedan esterilizadas por tiempos diversos... Si las cuencas naturales de alimentos merman en todo el mundo, tan poca población para tanto territorio (aprovechable en un 90%) como presenta la Argentina, dará lugar al argumento geopolítico del delito de abundancia en un universo con hambre, y con ello la coloca en la peligrosa situación de ser considerada estratégicamente imprescindible para los países más poblados y en consecuencia más necesitados de alimentos”.¹⁴

Al mismo objetivo contribuyen los sutiles “dictados de la moda” tendientes a la indiferenciación de los sexos como el “unisex” y los modelos estéticos del aspecto físico ya señalados en el capítulo 4 que, al mismo tiempo que redujeron la disposición psicofísica de la mujer a la maternidad y la lactancia, también desdibujan el sentido de virilidad en los hombres.

En síntesis, todo lo expuesto configura una concepción de la integración universal por medio de la mutilación del hombre, en la que los matices ideológicos ya citados se unifican en un solo afán de dominio imperial. Frente a ella surgió hace 30 años desde la Argentina, una Tercera Posición, la de la defensa del hombre; en palabras de Carrillo:

“Hasta el presente se ha considerado al hombre en cuantos aspectos es posible hacerlo, excepto en el fundamental que le consagra el peronismo: el de ser humano no explotable, ni por el Estado, ni por el capital, ni por el trabajo organizado para la dictadura del proletariado, es decir, del comunismo.

La Revolución Francesa sancionó los derechos políticos, las libertades de pensar, de opinar, de reunirse, etc., es decir, ratificó la concepción del *hombre como ente político*.

La revolución industrial lo llevó a conquistar sus derechos económicos, y la facultad de ganar dinero y de invertirlo con plena libertad, supeditando todo al *hombre como ente económico*.

La revolución rusa, y la nacional-socialista suprimieron todas las libertades para reemplazarlas por el poder de la colectividad dentro de una sola clase social o en el Estado mismo, es decir, considerando al *hombre como ente social*.

El peronismo, respetando al hombre como ente político, como ente económico y como ente social, ha impuesto la concepción racional del *hombre como ente humano*, es decir, como ser que vive, siente, goza, sufre, lucha, se alimenta, se reproduce, necesitando para todo esto del inalienable derecho de trabajar con dignidad, como lo preconiza el decálogo establecido por el peronismo cuyo cumplimiento significa la solución de los problemas que pudiera plantearle la vida”.¹⁵

Frente a las concepciones que llevan a la destrucción del hombre, a su insecuificación, surge una doctrina de su dignificación, del rescate de la alegría de vivir. Frente a la “irracionalidad del suicidio colectivo” surge como respuesta la “racionalidad del deseo de supervivencia”. Frente al neomalthusianismo, al control de la natalidad, a la mutilación de la especie, la propuesta de la solidaridad universal en la racionalización de los recursos naturales y alimentarios.

A las naciones de Latinoamérica y de todo el Tercer Mundo por su proyecto gradual y no hegemónico de convergencia, les cabe la responsabilidad histórica de imponer, frente a los proyectos imperialistas, esta concepción de la utilización solidaria de los recursos naturales y alimentarios.

A la República Argentina, por el importante papel que debe jugar en ese contexto, le corresponde reconstruir su política nacional alimentaria, para poder establecer las correctas bases de complementación y ayuda con los demás países de América Latina y del Tercer Mundo.

7. La alimentación en la etapa de la Reconstrucción Nacional

Cuando el General Perón se refiere a la reconstrucción de la Nación dice que ésta no será posible si no se reconstruye al hombre argentino y al Estado. Sin duda la formulación y ejecución de una política alimentaria, al tener como objetivo fundamental el de reconstruir al hombre y su relación con la naturaleza, incide también en la reconstrucción del Estado y de la Nación en su conjunto, en los marcos de la comunidad organizada.

1. Desde este punto de vista la reconstrucción significa encaminar al hombre hacia el reencuentro de los valores permanentes de su relación con el universo, de los que se fue progresivamente separando a través de varios siglos de transformaciones que, si bien engrosaron su cultura también le hicieron perder la perspectiva de su misión en el mundo.

De tal modo que la búsqueda de un nuevo equilibrio con la naturaleza en ningún momento puede significar desandar el camino de la civilización, ni desechar la cultura acumulada en largos períodos de esfuerzo humano. Los conocimientos asimilados, la energía natural transformada en realizaciones, deben formar parte del bagaje con el cual debemos conducir al hombre a investirse de su verdadera dimensión, a lograr su engrandecimiento y el de la Patria.

Y la alimentación integra este proceso porque el alimento es la naturaleza misma incorporada al ser humano.

2. No se trata, entonces, solamente de reconstruir el equilibrio biológico de cada hombre a través de establecer una correcta conducta alimentaria aquí y ahora, sino que también se trata de restablecer ese equilibrio a través del tiempo, garantizando la salud de su descendencia.

Se trata por lo tanto de garantizar el futuro biológico de la Nación, mediante la protección alimentaria especial a las madres y a los niños. Este futuro biológico se está jugando permanentemente en el presente durante el acto supremo de la vida familiar: la mesa hogareña. Aquí se recrea cada día, en este microcosmos, el ciclo natural en el que se ligan la naturaleza representada en el alimento, transportada y elaborada por la mujer, incorporada biológicamente al ser humano, integrada al clima espiritual y al entorno cultural que preside el hogar, y todo esto unificado en la constitución biológica, espiritual y cultural de los hijos.

3. En este proceso de reconstrucción de la familia al que queremos contribuir con la Política Alimentaria, la mujer tiene un lugar primordial no sólo por su papel de custodia del hogar sino también por ser la conductora natural del consumo de la familia.

La reconstrucción de la familia habrá de lograrse armonizando las funciones biológicas y sociales de cada sexo, con la incorporación de la mujer al trabajo y la producción, con la transformación de la vida cotidiana, y también con la simplificación del arte culinario y del aprovisionamiento de alimentos, a la vez que su perfeccionamiento. La incorporación de la mujer al trabajo y la producción sin que implique despojarse de su misión femenina, de la maternidad y la lactancia, de la educación de sus hijos, y del cuidado del hogar en el que se gesta la paz y la unidad de la Nación y del que constituye inspiración y espíritu.

Decía Evita: "La salud física del hombre y del adulto depende asimismo de nosotras, y esto se logra mediante la educación para la alimentación y para la higiene. El clima hogareño de los descamisados de hoy supera fundamentalmente al que conocíamos ayer y será seguramente superado por el que prevalecerá mañana. El talento y la atención de la mujer en la vida del hogar no sólo pueden sino que deben contribuir a resolver la mejor y más adecuada inversión de ingresos, tratando de adquirir una verdadera educación para el consumo, ahorrando y evitando esfuerzos

estériles en el campo de la producción. Así, por ejemplo, tenemos que pertrecharnos de nociones sobre la situación del mercado para evitar ser instrumento de los interesados en desorganizarlo y multiplicar el monto innecesario de la demanda, porque el productor, mejor advertido, se defenderá con éxito y el resultado casi siempre se traducirá en un aumento del precio en perjuicio del pueblo trabajador. Saber comprar debe ser nuestro lema en la materia para consolidar y sostener el salario real de la economía peronista".¹⁶

4. Del mismo modo será necesario educar y proteger a los jóvenes como portadores del patrimonio humano de la Nación, ofreciéndoles la posibilidad de una educación deportiva y alimentaria adecuadas, la perspectiva de una dignificación por el trabajo, alejándolos de esta manera de las falsas alternativas como el vértigo, las drogas y el culto de la moda.

5. La meta de 50 millones de habitantes para el año 2000 habrá de corresponderse, junto con la protección de la maternidad y la infancia, con aumento de la natalidad y la inmigración: en primer lugar con la defensa de la energía que nos brinda la naturaleza a través de los alimentos, tanto en el nivel de su aprovechamiento racional en el país, como en el de su instrumentación para el logro de la unión solidaria de todos los hombres del mundo. Defender esa energía implica utilizarla sabiamente al servicio de la dignificación del hombre y la comunidad, con exclusión de cualquier otro interés. La energía de los alimentos como parte del conjunto de los recursos naturales, debe ser el hilo conductor que guíe el camino de la grandeza, y como tal constituye un patrimonio cuya sola protección honra a quien la realiza en beneficio del futuro de la humanidad.

En segundo lugar, con el aumento de la producción, el mejoramiento de la distribución de los alimentos y la promoción de su industrialización, sobre la base de los principios de justicia y solidaridad social, de la satisfacción de las necesidades esenciales del ser humano y del pleno desarrollo de su personalidad.

6. Esta Política Alimentaria como parte de un plan de gobierno no puede tener éxito si no es retomada y enriquecida por los demás niveles de la comunidad organizada, a través de los cuales se proyecte al conjunto de la Nación. Así como será necesario organizar el Estado para que cumpla eficazmente su papel en la ejecución de la política, también es imprescindible la acción del Pueblo organizado para lograr los objetivos trazados y reviertan éstos en experiencia e inspiración sobre el Gobierno que los concibió.

La participación del conjunto de la comunidad organizada tiene para el justicialismo principios fundamentales como son la justicia social, la solidaridad social, la planificación racional de los recursos de la Nación y la organización del Pueblo. "Los dos brazos del justicialismo son la Justicia Social y la Ayuda Social. Con ello damos al pueblo un abrazo de justicia y amor". (10ª verdad justicialista).

Estos principios también forman parte de los objetivos con los cuales se acordó el Pacto Social entre el gobierno, la CGT y la CGE, y de los cuales el Plan Trienal es el instrumento para su cumplimiento en esta etapa.

Desde el punto de vista de la política alimentaria todas las organizaciones populares pueden concurrir a sus objetivos, desde la CGT, la Rama Femenina, la Cruzada de Solidaridad Justicialista dirigida por la compañera Isabelita, y la CGE, hasta cooperativas de producción, comercialización y consumo, asociaciones de fomento, Unidades Básicas, y cualquier tipo de organización que pueda surgir libremente de la voluntad de algún sector del Pueblo para el cumplimiento de los objetivos de la política alimentaria nacional.

Buenos Aires, marzo de 1974.

Notas

¹ Juan D. Perón, *Política Alimentaria Argentina*. Conferencia pronunciada en el Teatro Colón de Buenos Aires el 29 de abril de 1949, inaugurando el Curso de Política Alimentaria Argentina, organizado por el Ministerio de Salud Pública de la Nación.

² Juan D. Perón, Mensaje a los pueblos y gobiernos del mundo, Madrid, 23 de marzo de 1972. *Nota de la redacción*: Publicado en Hechos e Ideas N° 1, 3ª época, setiembre de 1973.

³ Juan D. Perón, Discurso de clausura del IV Congreso Internacional de Cardiología, 5 de setiembre de 1952.

⁴ Ramón Carrillo, *Cooperación sanitaria entre los pueblos del continente americano*. Discurso pronunciado en la reunión del Consejo Directivo de la Organización Panamericana de la Salud, el 24 de setiembre de 1947.

⁵ Eduardo R. Stafforini, *Concepto y contenido del Derecho Social*. Conferencia pronunciada en el Teatro San Martín de Buenos Aires, el 10 de diciembre de 1973.

⁶ Jaime Espejo Solá, *Manual de dietoterapia de las enfermedades del adulto*. Editorial El Ateneo, 2ª edición, Buenos Aires, 1973.

⁷ Ramón Carrillo, *El criterio biológico en el reordenamiento económico de la alimentación en la Argentina*. Conferencia pronunciada en el Teatro Cervantes de Buenos Aires el 17 de mayo de 1949, durante el Curso de Política Alimentaria Argentina.

⁸ Juan D. Perón, Mensaje dirigido a todo el país por radio y televisión el 14 de enero de 1974, refiriéndose al despilfarro de combustibles, energía, carne vacuna y velocidad.

⁹ Ramón Carrillo, *Plan analítico de Salud Pública*. Preparado por la Secretaría de Salud Pública de la Nación bajo la supervisión técnica del autor en 1947. Alimentación: t. II, p. 1311.

¹⁰ Juan D. Perón, Mensaje a los Países No Alineados. Mensaje enviado a la IV Conferencia Cumbre de Países No Alineados realizada en Argel (Argelia) en setiembre de 1973.

Nota de la Redacción: Publicado en Hechos e Ideas N° 2, 3ª época, enero-febrero de 1974.

¹¹ Eva D. de Perón, *La razón de mi vida*, capítulo "Una gota de amor".

¹² Juan D. Perón, Discurso ante delegados del XVI Congreso de la Confederación General de Empleados de Comercio, 19 de diciembre de 1950.

¹³ Thomas J. Merimee y S. Edwin Fineberg, *Defective growth-hormone secretion after maize diets*, *The Lancet*, N° 7821, p. 120, 21 de julio de 1973.

¹⁴ "Un informe oficial explica la meta de los 50 millones de habitantes - Argentina, año 2000", Clarín, 26 de febrero de 1974, p. 10.

¹⁵ Ramón Carrillo, *Doctrina peronista del bienestar social y de la salud del Pueblo*, Revista Continental "Yapeyú", N° 55, junio de 1947.

16 Eva D. de Perón, Discurso pronunciado en el acto inaugural de la Asamblea del Movimiento Peronista Femenino el 26 de julio de 1949.

Bibliografía

2º Plan Quinquenal de la Nación Argentina 1943-1957.

Plan Trienal de la Nación Argentina 1974-1976.

Plan Trienal de la Junta Nacional de Carnes de la República Argentina 1974-1976.

Plan Esquemático de Salud Pública 1952-1958.

Política Alimentaria Argentina, Ministerio de Salud Pública de la Nación, 1951.

Política Sanitaria y Social, Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación, 1966.

Política Sanitaria Argentina, Ministerio de Salud Pública de la Nación, Dr. Ramón Carrillo, 1949.

Doctrina Peronista, Juan D. Perón.

Cuadernos de Salud Pública, Escuela de Salud Pública de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Crónica de la O.M.S., Organización Mundial de la Salud.

Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana, Oficina Sanitaria Panamericana (oficina regional de la O.M.S.).

Suscríbase a Hechos e Ideas

Adjunto giro o cheque Banco N°

de \$ por la suscripción a números del al

Nombre y apellido

Dirección

Localidad tel.

País

República Argentina:

4 núm.: \$ 65 6 núm.: \$ 98 8 núm.: \$ 130 10 núm.: \$ 162 12 núm. \$ 195

Exterior:

4 núm.: u\$s 6,50 6 núm.: u\$s 9,80 8 núm.: u\$s 13,00 10 núm.: u\$s 16,20

12 núm.: u\$s 19,50

Número atrasado: \$ 10 o u\$s 1 más por ejemplar.

Giros o cheques a Amelia Podetti, Hechos e Ideas.

Suipacha 190 - 6º piso, of. 602. Buenos Aires, Argentina.

Política Alimentaria Argentina

Juan Domingo Perón

Conferencia pronunciada por el general Perón en el teatro Colón de Buenos Aires, el 29 de abril de 1949, inaugurando el Curso de Política Alimentaria Argentina, organizado por el Ministerio de Salud Pública entre los meses de mayo y junio de 1949 y publicada en el volumen editado por el Ministerio, *Política alimentaria argentina*, 1951.

Señores:

Es para mi un placer y un deber inaugurar este curso sobre política alimentaria organizado por el Ministerio de Salud Pública de la Nación. Un placer, porque me dirijo a hombres de estudio y de trabajo, que multiplican sus esfuerzos por lograr el más alto nivel de salud de nuestro pueblo; y un deber porque llegaremos al fin a concretar, por primera vez en la República, las bases de una política alimentaria, problema que durante muchos años me ha preocupado hondamente, como argentino, como militar, y hoy como gobernante.

Pocos gobiernos de los países más civilizados han dejado de establecer ciertos principios científicos, sociales y económicos, para ordenar y organizar la alimentación de sus respectivos pueblos. Esa fue preocupación muy seria de la Liga de las Naciones, luego de la guerra del 14, y lo es hoy de las Naciones Unidas desde la terminación de la última contienda mundial.

No me extraña, en cambio, que los gobiernos antecesores nuestros no hayan trazado un plan orgánico en esta materia. Y ya veremos en seguida por qué.

Una revolución como la nuestra debe abarcar todos los órdenes de la sociedad, de la Nación, integralmente, para cumplir sus objetivos precisos. Nosotros no podemos conformarnos solamente con que el pueblo viva en paz; queremos que viva bien. Es un deber primordial del gobierno saber qué come el pueblo y preguntarnos en seguida si come bien, si come lo suficiente, si su alimento es el que conviene a su organismo físico y a su entidad espiritual y si llega a todos, hombres, mujeres, niños y ancianos, una alimentación sana, completa, adecuada, racional.

Todos cuantos estamos de continuo atentos a las necesidades del pueblo, mal que nos pese, tenemos que contestar a tales preguntas, con un no rotundo, sin vuelta de hoja, sin temor alguno, porque decir que no, en este caso, es afirmar una verdad. Como en tantísimos otros aspectos de la vida argentina, nuestro gobierno se encuentra, a tres años de su vigencia, con que en ochenta años de vida nacional, la República, que ha sufrido toda clase de vicisitudes políticas desquiciadoras de su unidad, y que ha soportado y privilegiado a tantos enajenadores del haber argentino, jamás tuvo la trascendental política que permitiera a sus generaciones usufructuar de las inmensas riquezas de que somos millonarios, como productores de todo lo que necesita y apetece el ser para vivir. Enorme paradoja, que vamos a poner ahora en evidencia para plantear una política alimentaria argentina, como otro jalón del movimiento político, económico y social en que estamos empeñados. Los resultados de una política en la alimentación popular los palparemos de inmediato casi, a pesar de las dificultades que deberán vencerse y que venceremos indudablemente. Y a pesar de las malevolencias que no faltarán, por cierto, y que son como la salsa de nuestra lucha.

1. Principios biológicos y sociales de la alimentación

a) El hambre.

Desde la antigüedad ha sido afirmado que ganaremos el pan con el sudor de nuestra frente. El sudor de la frente es el trabajo; y el pan, tomándolo en su expresión simbólica, es el alimento, en general. Implícitamente, la doctrina evangélica impone que sólo el que trabaja tiene derecho al alimento, en calidad y cantidad para satisfacer su hambre, ese instinto básico que orienta los actos de todas las especies y de todos los individuos vivos.

Durante miles de años, el hambre fue causa de grandes conmociones sociales, de migraciones y revoluciones, y el origen verdadero de gran número de enfermedades y de epidemias, pero con los progresos de la ciencia, de la agricultura y de la industria humana, el hambre de las masas —esas hambres multitudinarias descritas apocalípticamente por los escritores y pintores de la antigüedad— ha desaparecido y ojalá desaparezca para siempre de la faz de la tierra. Si persiste en alguna parte del mundo —fuera de los bloqueos y de las guerras—, ello sólo puede ser atribuido a una mala administración de los intereses del pueblo, y a una inaceptable organización económico-social del mundo, capaz de acarrear a la larga el fracaso de la civilización occidental.

Pero si por obra de la cultura y la civilización, ha desaparecido o tiende a desaparecer el hambre de las masas humanas, o sea el tipo de hambre que supone un déficit cuantitativo global, la misma civilización ha originado, empero, un nuevo tipo de hambre disimulada e invisible, camuflada bajo las distintas formas de la alimentación artificiosa a que es tan aficionado el hombre de nuestro tiempo, de todas las capas sociales. La alimentación antinatural, caracterizada por la falta de equilibrio, siquiera sea instintivo, entre los alimentos que componen la ración diaria, se debe en buena

medida a la monoproducción y también a los malos hábitos y a los malos sistemas de comercialización y de transportes, y sus tristísimos resultados están a la vista, en los elevados índices de mortalidad infantil —sobre todo en el interior del país, lo mismo que en la falta de talla y de desarrollo físico de la juventud, debido a lo cual año tras año hay tantos ciudadanos declarados inaptos y excluidos del servicio militar.

b) Los factores de la alimentación popular: salarios, educación sanitaria e intermediarios.

Mucho se ha remediado ya; muchos de los males que acabo de señalar de paso, se han atenuado con nuestra política social, que al levantar el standard de vida de la clase trabajadora ha permitido a ésta comer más y adquirir cierta clase de alimentos que antes eran un lujo reservado solamente a los ricos, pero aún queda una ingente tarea por realizar, comenzando por los transportes, que, organizados antes para servir otros intereses, no permiten aún una rápida y barata distribución e intercambio de productos entre las distintas zonas del país.

Nosotros hemos encontrado al país sin estadísticas, sin datos ciertos y precisos sobre la producción y el consumo. Hemos tenido que actuar, pues, a tientas, entre tinieblas, y poco a poco estamos saliendo al fin de ellas y formando conciencia de nuestra riqueza y de nuestras necesidades. El Ministerio de Salud Pública de la Nación ha tenido que realizar una labor ímproba a fin de reunir y sistematizar los elementos de juicio que hacían falta para encarar esta otra etapa de la acción del gobierno que se vincula a la alimentación popular.

Pero el factor negativo más importante lo constituye, en esta materia, la falta de educación específica del pueblo, su ignorancia en lo concerniente a alimentos, sus enraizados prejuicios, sus hábitos perniciosos. El Ministerio de Salud Pública, y de modo especial los hombres que constituyen el plantel del Instituto Nacional de la Nutrición, tienen desde hoy la responsabilidad de derrocar todo ese pasado de errores y de extravíos que tan gravemente conspira contra nuestro potencial humano.

Pero, siempre, en este problema de la alimentación de nuestro pueblo gravitan más que nada los intereses creados, los intereses de los intermediarios sin escrúpulos, de los agiotistas y especuladores, que al intervenir en el proceso económico de la distribución de alimentos, interfieren las posibilidades biológicas de nuestra raza, por lo cual estoy dispuesto a terminar con ellos antes que ellos terminen con la salud del pueblo argentino. Ya no toleraremos que en este país, productor de alimentos básicos con la admirable cantidad y calidad de sus haciendas, con la maravillosa fecundidad de su tierra que nos brinda las más grandes cosechas del mundo, ya no toleraremos, repito, que se acepte como algo irremediable que un tercio de la población viva en estado de subalimentación y sigamos quejándonos de la desnutrición de nuestros changuitos, de la mortalidad prematura y de la ineptitud física de la juventud, por el mal ordenamiento de su alimentación. Esto clama al cielo, como toda injusticia que ofende y deprime la dignidad humana.

c) El presupuesto obrero y los alimentos.

El salario obrero, en un 50%, se insume en alimentos, y este porcentaje es mucho más alto cuando más desorganizada se encuentra la producción y comercialización de alimentos y cuanto más ignorante es la población acerca de lo que debe y de lo que no debe comer.

d) La acción social del gobierno se ha aplicado principalmente a resolver los problemas de la vivienda, del vestido y de la alimentación.

La política social, en sus aspectos prácticos, consiste fundamentalmente y en última instancia, en facilitar a las masas trabajadoras, casa, comida y ropa, baratas e higiénicas, y para ello es indispensable y previo, como lo hemos hecho, mejorar los salarios y garantizar un régimen justo para el trabajador argentino.

Nosotros les hemos dado la importancia que tienen a esos tres problemas. En materia de vivienda, hemos iniciado en todo el país la construcción de barrios parques, de casas económicas, cómodas e higiénicas para empleados y obreros y hasta una verdadera ciudad, la que se levanta en Ezeiza. Y si hemos congelado los alquileres imponiéndoles un sacrificio a los propietarios, que son los menos, lo ha sido en favor de los inquilinos, que son los más. El auge económico, por otra parte, al determinar el alza de los valores inmobiliarios en mayor proporción que en otros renglones de la economía, ha venido a compensar sobradamente las restricciones que necesariamente tuvimos que arbitrar con respecto a las casas de renta.

En lo referente al vestido, hemos estimulado la industria textil, en especial por medio del crédito, y así, ese ramo de la producción ocupa hoy uno de los rangos más altos en la manufactura nacional y representa una de las más importantes fuentes de trabajo.

No hemos descuidado tampoco la cuestión de los alimentos. La población ha sido defendida en todas partes, tanto en la Capital Federal como en el más lejano rincón del país, del agio y de la especulación. A los mercaderes del hambre les hemos cortado las garras, y si insisten en sus depredaciones, les cortaremos también las manos, como hacían los pueblos antiguos con los ladrones.

Hay otros también contra quienes habrá que reaccionar alguna vez. Esos son los saboteadores. Los enemigos del país. Los que quisieran que la patria se rinda, como presa de piratas, a la voracidad de los imperialismos. Los que hasta ayer tenían hambreado al pueblo y ya nomás, como si lo estuviera viendo, comenzaron a sembrar la alarma y el descontento con el cuento de que el gobierno quiere racionar los alimentos.

Y esa será otra de sus crasas mentiras. Nosotros lo que queremos es precisamente todo lo contrario: que el pueblo, el trabajador, la madre, el niño, coman bien. Que no tengan hambre ni se intoxiquen y arruinen su salud y su economía con alimentos inapropiados y encarecidos artificialmente por la especulación.

Los mejores aliados de los calumniadores son los crédulos y los tontos. El

pueblo debe saber claramente lo que quiere el gobierno. Clara y directamente, sin la interesada interferencia de insidiosos intermediarios.

Pues bien. Nuestra patria, galvanizada por la revolución, ha cumplido ya una etapa en este orden de cosas; ahora ya nadie se muere de hambre, como en otro tiempo, en este país del trigo y de la carne. Los salarios, más compensatorios, le permiten hoy día, al trabajador, abastecer mejor su mesa y reparar más cabalmente su fatiga. Un obrero y su familia consumen actualmente casi el doble de la ración alimenticia que consumían hace seis años. Pero el problema no está resuelto todavía. No todo es cuestión de comer; hay que comer bien. No se trata de comer mucho ni poco, sino de realizar debidamente la gran función reparadora que cumplen los alimentos en el organismo humano, como en todo organismo vivo.

La primera parte de nuestra tarea, la relacionada con el precio de los comestibles, se ha cumplido y se seguirá cumpliendo, con el empleo de todos los medios de control y de represión de que el gobierno dispone para poner coto a los que siempre han traficado y se han enriquecido con el hambre del pueblo. En ese caso, la acción oficial, aquí como en Inglaterra y en los Estados Unidos y en la mayoría de las naciones civilizadas, ha sido dirigida principalmente sobre el mercado, sobre el comercio de los comestibles. Y esa acción ha tenido que ser coercitiva.

La segunda parte, que es la que ahora iniciamos, va dirigida, en cambio, a la masa misma de los consumidores, en forma de consejos, de recomendaciones, de directivas. A nadie se le va a obligar a comer esto o aquello o a dejar de comer lo que le guste. Nos proponemos solamente indicar qué es lo que le conviene comer al hombre de trabajo si quiere reponer sus fuerzas, qué debe comer la madre si quiere que sus hijos nazcan fuertes y sanos y qué ha de darles de comer a éstos para que crezcan en salud y sean verdaderamente útiles a la patria, a la sociedad y a la familia. Nuestra acción, ya lo anticipamos, será en este aspecto de propaganda.

La Argentina es un país de enormes recursos alimenticios. Nuestra capacidad de producción, en la mayoría de los renglones que se refieren a los artículos de consumo orgánico, es tan grande que podemos afirmar con orgullo que el pueblo argentino jamás sufrió hambre, ese hambre que diez-mó a Europa y Asia en otros tiempos y que, Dios sea loado, jamás asolará a nuestra patria.

De ahí que sólo en mentes calenturientas pueda tener acogida la idea de que el gobierno se propone imponer una política de frugalidad a la población, como ha ocurrido en otros países, durante la guerra y después de ella, para rehacer sus maltrechas economías. Antes al contrario, lo que nosotros queremos, al recomendar la integración del menú ordinario con ciertos alimentos, es contrarrestar, ante todo, el avance pavoroso de ciertas enfermedades provenientes de exceso o de defecto en la alimentación; queremos también enseñarle al pueblo a defenderse por sí mismo de los especuladores desaprensivos; a enriquecer su dieta y hacerla más alimenticia compensándola razonablemente; a economizar gastos en artículos de mesa caros y nocivos; queremos, en fin, ampliar nuestras fuentes de producción en materia de alimentos, para no tener que depender de afuera y merecer realmente la fama que ya tiene nuestro país de ser la tierra de la abundancia.

La campaña que ahora inicia el gobierno es, pues, predominantemente, una campaña por la salud del pueblo. Por eso la desarrollará el Ministerio de Salud Pública, no el de Agricultura o el de Industria y Comercio o el de Economía. El señor Ministro de Salud Pública abordará después, con sus colaboradores, los aspectos estrictamente técnicos que se refieren a este tema de la alimentación del pueblo.

e) La subalimentación, el infraconsumo y el concepto de alimentos protectores.

No se crea que esta cuestión de la alimentación la hemos descubierto nosotros o que es una preocupación de orden circunstancial.

No. Antes que nosotros, mucho antes que nosotros, el problema de la alimentación, referido a toda la masa humana de la Nación, ha entrado en los programas de gobierno de Estados Unidos y de Inglaterra, para no citar más que a los dos países que han realizado grandes campañas tendientes a alertar al pueblo y enseñarle a escoger su alimentación.

No es, pues, la nuestra, una preocupación de países pobres, sino un deber de países ricos, prósperos y previsores.

Ya lo dije. Los argentinos no podemos quejarnos. Dios ha sido particularmente generoso con nosotros y nos ha dado una tierra pródiga en todos los bienes que más inmediatamente necesita el hombre para vivir y para sobrevivir. Nos sobra espacio para instalar nuestras familias, tenemos en abundancia materias primas para elaborar nuestros vestidos, desde el cuero del calzado hasta el pelo o la paja que se emplea en los sombreros. En fin, tenemos a nuestra disposición todas las especies de comestibles para abastecer nuestras mesas, con los más sabrosos, variados y nutritivos platos.

Sin embargo, la deficiente distribución de alimentos energéticos y la infraproducción y el infraconsumo de algunos de los llamados alimentos "protectores", leche, fruta, huevos, verduras y pescado, etc., unidos a los malos hábitos de higiene alimentaria, han creado ya un grave problema de desnutrición, que es mucho mayor en el interior del país, tanto que autoridades en la materia aseguran que tenemos dos tercios de nuestra población en un estado de subalimentación crónica. Esto es lo que yo llamo una forma solapada y peligrosa del hambre, situación que estamos dispuestos a resolver con todos nuestros medios.

f) Antes, en nuestro país, la población se alimentaba mejor.

Nuestra población, sesenta o setenta años atrás, cuando no se hablaba hasta por los codos de calorías, de vitaminas o de dietética, se alimentaba mejor que hoy, en que aparentemente estamos en franco progreso civilizado. Nuestros criollos del interior, atraídos por los salarios que pagan las grandes explotaciones industriales, abandonan sus majadas, sus sementeras y sus pequeñas huertas y se concentran en esos focos económicos. El cambio de lugar y de ocupaciones trae consigo el cambio de alimentación: ese hombre, en efecto, sustituye bien pronto el locro, la mazamorra, la humita y las achuras asadas, el puchero "con todo", por los comestibles de proveeduría y de almacén, por las conservas envasadas y los fiambres,

que invitan al alcohol, porque nada de ello proporciona al organismo el número de calorías necesarias. Y este mal no es sólo del campo, sino que incluso aquí, en Buenos Aires, según informes del Ministerio de Salud Pública, la clase trabajadora tiende a abandonar la comida tradicional, la cocina hogareña, para reemplazarla cómodamente por alimentos conservados o por el rápido y precario bife a la plancha.

Este es, evidentemente, el camino hacia la alimentación antinatural, causa de todas las enfermedades del aparato digestivo.

Yo quiero advertir a nuestros obreros que no deben dejarse llevar por la pendiente de la facilidad y de la despreocupación, pues de su salud y de su capacidad de trabajo depende su familia, y dependen el país, la grandeza y el poderío de nuestra patria, que ellos están construyendo con su esfuerzo.

g) Quiénes, como y cuándo comen bien.

No es necesario que tenga que producirse una retención de nuestras exportaciones, para que el pueblo coma lo mejor que se produce, sino que hay que organizar el consumo científicamente, como lo han hecho los países más adelantados del mundo, a fin de que, en toda época, toda la población disponga de un régimen dietético completo, no unilateral —sino variado y surtido—, no artificial —sino natural y a base de alimentos frescos—, exportando sólo aquello que sea realmente un excedente, una vez satisfechas las necesidades de la Nación.

En otros períodos de la historia universal, sólo los ricos se alimentaban bien o, mejor dicho, mucho, mientras el pueblo comía como podía, lo que podía, y hasta pasaba hambre, incluso en las orgullosas ciudades de Grecia o Roma.

En nuestro país, en esta época contemporánea, los pobres y los ricos sufren de igual desorientación, unos por falta de instrucciones y consejos oportunos, y otros por verdadero y estúpido snobismo; ambos padecen de malos hábitos, por abandono a veces de las tradiciones alimentarias consagradas en el país a cambio de nuevas costumbres, no siempre buenas. De ese modo se da el caso de gran número de personas que, creyendo seguir un régimen dietético sano, viven a leche y bananas o a ensaladas, y otras que hacen lo mismo por falta de conocimientos y por comodidad, por ser más fácil y más barato preparar un bife que una buena sopa criolla. Estos malos hábitos deben ser combatidos por una educación alimentaria, científicamente fundada, porque los hábitos se adquieren fácilmente pero luego es difícil deshacerse de ellos, y aunque dichos hábitos no conduzcan a la muerte, ni a una enfermedad inmediata, está probado que a la larga debilitan la raza, física, mental y socialmente preparan el camino a las enfermedades. Por ejemplo, algún interesado en colocar su mercadería, ha hecho circular un infundio que se ha difundido mucho en nuestro país, en perjuicio de la popularidad del puchero; el de que éste pierde valor nutritivo por la cocción, cuando bastan unas gotas de limón para revitalizar algún elemento que hubiera podido perderse. Como éstas, existen centenares de jugarretas de la especulación comercial que debemos poner en evidencia.

2. Principios económicos de la alimentación

a) Buena distribución con el máximo de utilización.

Entre las pocas cosas buenas que nos ha enseñado la guerra, está la de utilizar al máximo las posibilidades de los alimentos, el reducir el consumo a los mínimos indispensables para vivir y trabajar, y a distribuirlos bien a fin de que todo el mundo, ricos y pobres, tengan el mismo derecho frente a la misma necesidad biológica, ratificando en la práctica lo que técnicos en la materia venían propugnando desde muchos años atrás. Una lección en este sentido nos la ha ofrecido Inglaterra, donde existe una verdadera justicia determinada por la necesidad, justicia que dispone la distribución de alimentos, sin privilegios para la glotonería de nadie y sí con respecto de los únicos privilegiados que deben existir en una nación, que son los niños, las mujeres embarazadas o que amamantan y los trabajadores que realizan grandes esfuerzos físicos.

b) Práctica antieconómica y antisocial de destruir alimentos para mantener precios.

Es posible que nunca más, si la política económica y social de nuestro movimiento peronista se consolida definitivamente, veamos aquí repito el triste espectáculo de otras épocas, el paradójal espectáculo de la destrucción de viñedos, de olivares o del maíz, e incluso el lanzamiento al agua de la cosecha de fruta o del vino a las acequias. Al lado de ese cuadro se levanta el otro, el de masas de población debilitadas, desnutridas y enfermas, aunque el país contara con depósitos y graneros repletos, donde se guardarán estérilmente, bajo siete llaves, abundantes existencias sin distribuir, inaccesibles para el pueblo necesitado. Tales hechos traducen una absurda organización económica y social y la indiferencia del Estado para cumplir uno de sus fines esenciales. Todavía hay en nuestro país algunos resabios de esta monstruosa política comercial destructora de falsos sobrantes para mantener o encarecer los precios; todavía se sigue tirando la fruta, mientras los médicos afirman que el 40% de nuestra población no consume la suficiente cantidad de ella para equilibrar su dieta. Antes que se tire la fruta haremos, si hace falta, un Mercado de Excedentes y la distribuiremos entre aquel 40% de habitantes que no pueden adquirirla. El nuevo principio constitucional de la función social de la propiedad no permitirá a nadie dejar que se pudran alimentos o que se los arroje al río.

c) Las dos víctimas: productores y consumidores.

Pero también ocurre que en este proceso de distribución irracional de alimentos hay otras víctimas, además del pueblo subalimentado, y esas otras víctimas son los auténticos productores, pues mientras la demanda de alimentos protectores aumenta, los productores de fruta, de leche, de huevos y de verdura, se ven permanentemente amenazados de ruina, por lo cual el remedio tiene que venir para todos, combatiendo los errores de alimentación, los vicios de comercialización y circulación y adaptando la agricultura a los requerimientos que la salud de la población determina, creando

nuevos hábitos de alimentación y conformando científicamente un balance entre los alimentos básicos y los protectores, es decir, estableciendo, de acuerdo con la filosofía y características nacionales, lo que debe consumir un argentino por día y por año.

d) Readaptación de la agricultura a las necesidades biológicas de la población.

Excluidos la carne y el trigo, que constituyen elementos básicos en toda alimentación, excluidos esos dos artículos que producimos en cantidad suficiente para nosotros y para otros países, en todos los demás alimentos somos deficitarios; nuestro esfuerzo debe, pues, orientarse hacia una estructura agraria que permita bastarnos a nosotros mismos, como han hecho otros pueblos con menos posibilidades naturales que nosotros, otros países que no producen ni carne, ni trigo, y que, sin embargo, han sabido abastecerse de suficiente cantidad de alimentos protectores, cuyo prototipo puede considerarse la leche, el huevo o la fruta. En Australia, el 18% de las vacas se destina a la producción de leche; en Francia y Dinamarca, el 53%; en cambio en la Argentina sólo el 8%, siendo nuestro país el que ocupa el último lugar en estos porcentajes, pues el 92% de su ganado se dedica a la producción de carne. Esto nos da, desde ya, una idea de cómo y por qué puede existir un déficit en el consumo popular de este alimento tan noble que es la leche y tan perfecto como el huevo.

e) Falta de coordinación.

En el problema de la alimentación popular, tanto los economistas argentinos, como los médicos y como los agrarios, han andado desencontrados y no se han entendido entre sí; cada cual ha planteado la cuestión por su cuenta, sin ver claro en el conjunto. Los economistas sólo han reparado en la producción total, en el consumo real y en la exportación y la importación. Los médicos han estudiado a fondo las raciones alimenticias para sanos, enfermos, niños, viejos, trabajadores manuales o intelectuales, pero no han deducido de todo ello las necesidades alimentarias cualitativas y cuantitativas de todo el país; han realizado encuestas y se han quedado asombrados de lo mal que se come entre nosotros, de la desnutrición y del infraconsumo de alimentos protectores, tanto en el interior como en la capital, pero no han podido ni pueden fijar una política alimentaria racional porque carecen de los datos que poseen los economistas, y en cambio los economistas carecen de los puntos de vista biológicos del médico. Los pequeños agricultores —y los hombres de campo— siembran y producen a pálpito; los grandes agricultores no tienen otro norte que la exportación, sin sospechar siquiera que el propio país, en un determinado momento, podría ser un mercado, por el alto standard de vida de la población.

Con lo dicho quiero expresar que hasta hoy no ha existido un exacto planteo del problema, careciéndose de la coordinación más elemental, por consiguiente de un método; falta de coordinación y método que hemos de resolver facultando a una comisión mixta constituida por los departamentos de Estado que corresponda, para fijar los detalles, establecer una política, adoptar una doctrina y fijar directivas y orientaciones uniformes

en todo cuanto se refiera a la alimentación nacional; en fin, un plan de acción para ser ejecutado por los ministerios respectivos.

f) Método de trabajo para orientar la producción nacional de alimentos, partiendo de las necesidades biológicas ideales.

El punto de partida del plan es, evidentemente, el biológico. Corresponderá a los médicos dietólogos fijar una fórmula argentina que de acuerdo a la fisiología contenga los mínimos de cada uno de los 10 ó 12 alimentos que intervienen o deben intervenir en el menú diario del hombre argentino. Por supuesto que se tratará de una fórmula ideal, pues mientras unos se alimentan mal por exceso, otros lo hacen mal por déficit o por mala combinación de los distintos componentes de la comida diaria.

Establecida esta fórmula ideal del consumo diario por el Instituto Nacional de la Nutrición, fácilmente se deduce el consumo anual en cada rubro; luego sabremos por una simple multiplicación, lo que deben consumir idealmente los dieciséis millones de habitantes del país durante el año.

Cuando se haya llegado a esta conclusión, corresponderá a los economistas determinar la producción nacional en esos alimentos; luego, con una simple operación aritmética, se establecerá la diferencia entre la cifra biológicamente indispensable y la de la producción nacional; de ese modo tendremos una idea exacta de los alimentos que producimos de más y de aquellos que producimos de menos. Esto ya será un principio de orientación para una política alimentaria y para una política agraria. Pero aun nos faltará concretar las fallas de la nutrición colectiva; para ello necesitamos otro dato, el del consumo real, muy difícil de determinar con exactitud, pero que puede señalarse con mucha aproximación. Establecido en cifras lo que realmente consume la gente frente a lo que teóricamente debe consumir, tendremos el déficit o el exceso de consumo, discriminado alimento por alimento, lo que nos dará tres conclusiones:

- a) el verdadero estado de salud de la población;
- b) una orientación precisa para la producción agraria;
- c) un criterio para regular nuestras importaciones y exportaciones de alimentos.

Es así como fijaremos nuestra política alimentaria, sobre conceptos simples y claros, y sin tener en cuenta otros intereses que los de la salud y el bienestar del país, el cual en un día no lejano dejará de cifrar sus esperanzas y su prosperidad económica en la exportación de alimentos, día ese, téngase por seguro, que será un verdadero fasto para el pueblo argentino.

3. Principios políticos de la alimentación

a) Política internacional y alimentos.

Uno de los objetivos más importantes del mundo en estos momentos, son los alimentos y sus fuentes de producción, siendo cuestión tan trascendente

como la del petróleo. Petróleo y alimentos jugarán en lo futuro un papel decisivo en la política internacional, por lo cual será siempre previsor para los países pobres en alimentos, el coordinar una política internacional, concordante con las respectivas políticas nacionales de alimentación.

Es una verdad indiscutible que en el mundo hay una crisis de alimentos y que son muy pocos los pueblos bien alimentados; de donde resulta explicable la demanda mundial y los requerimientos de alimentos, pero del mismo modo que tenemos un problema de distribución en el orden interno lo tenemos también en el orden mundial.

b) Fundamentos generales de la política alimentaria argentina.

Las políticas alimentarias de los países civilizados son cada vez más y mejor analizadas para orientar la agricultura y la medicina, porque para los planes sanitarios, después de las enfermedades infecciosas y de la medicina preventiva, no existe otro problema colectivo más importante que el de la alimentación. Pero resulta que la política alimentaria puede gravitar también sobre la distribución y demanda de brazos, ya que el número de obreros que trabajan en la producción, circulación, comercialización y expendio de alimentos, es mucho mayor que el número de obreros que trabajan en las demás industrias.

Para fijar la política de alimentación de la Argentina, debemos partir de ciertos principios biológicos, económicos y sociales fundamentales, en la convicción de que sin política nacional de alimentación mal podríamos coordinarnos con las políticas alimentarias de otros pueblos, que tienen que ser forzosamente distintas porque muy distintas son las posibilidades de producción, hábitos y necesidades de cada uno de ellos.

No obstante esta diversidad de hábitos y costumbres nacionales específicas, existe un denominador común. El denominador común de todas las políticas de alimentación tiene que ser el factor biológico —sobre el cual puede haber acuerdo internacional—, ya que todas las razas humanas, en cualquier parte del mundo, se rigen por idénticas necesidades nutritivas, siempre, naturalmente, que dichas necesidades se determinen fisiológicamente y no políticamente o con el criterio de la simple ingestión de cantidades de alimentos para satisfacer la voracidad primaria, lo que no puede ser una norma de salud ni una norma política.

c) Diferencia entre comer y alimentarse.

Para la ciencia de la nutrición, no basta que la gente satisfaga su apetito con cualquier cosa; no basta “comer”; hay que “alimentarse”, que son dos cosas completamente distintas. Lo primero, comer, se cumple por la ingestión aunque sea indiscriminada de alimentos y satisface el apetito pero no la necesidad de nutrirse, y lo segundo, alimentarse, es el acto racional fundado en normas de salud y satisface ambas cosas, pues sabemos ahora que no se trata sólo de cantidad de comida, sino también de la naturaleza de los alimentos. No es un misterio para nadie, en efecto, que si existe un déficit de algunos elementos, vitaminas o minerales, por ejemplo, se produce una serie de consecuencias funestas para la salud. Nadie

o sólo muy pocos ignoran estas cosas, pero no se las toma en serio, y solamente así se explica que en nuestro país la gente siga comiendo en lugar de alimentarse. La culpa de eso la tiene principalmente la falta de una educación alimentaria del pueblo, tarea que iniciamos desde hoy con la colaboración del Ministerio de Salud Pública de la Nación.

d) Posibilidades de producción de alimentos en el mundo y en la Argentina.

Son tan grandes las necesidades de los pueblos en materia de alimentos, que si todos ellos tuvieran capacidad adquisitiva y se implantara una seria educación dietética, habría un mercado universal de alimentos que absorbería no sólo los excedentes, sino también todas las posibilidades de producción de alimentos de todos los países del mundo por muchos años. De modo que no deberían existir crisis de la agricultura, como la del año 1918, y si ellas existieron alguna vez o existen ahora, es por obra exclusiva de las fallas en materia de distribución por la falta de cooperación internacional o por las maniobras de los trusts financieros internacionales.

En un folleto publicado últimamente por la Organización de Educación, Cultura y Ciencias de la U. N., el conocido ensayista y novelista Aldoux Huxley, preconiza la adopción de una política tendiente a controlar el número de nacimientos en el mundo, observando que mientras se incorporan 55.000 nuevos seres humanos, por día, a la población de la tierra, la producción de alimentos en lugar de crecer proporcionalmente, más bien retrocede, debido a la creciente erosión del suelo.

Lo cierto es que actualmente sólo el 5 ó 10% de la tierra es dedicada en el mundo a la producción de alimentos. El remedio, entonces, contra los males que prevé Huxley, malthusianista de la U.N., parece ser favorecer el aumento, en proporciones razonables, de las áreas cultivadas y reconsiderar la política que hasta ahora han seguido los grandes países manufactureros, privando de estímulo a la producción agropecuaria y en general a toda la producción de materias primas, por la fijación de precios bajos para estos productos y el mantenimiento de altos precios para las manufacturas. Nuestro país figura entre los mejor alimentados del mundo en cantidad no en calidad, pero pensemos en lo que podríamos hacer si organizamos la producción en favor de los países hermanos de Sud América, con sus 80 millones de habitantes, que se debaten en el infraconsumo y en el déficit alimentario más serio que pueda concebirse. Es claro que esto requeriría una coordinación de nuestras respectivas políticas alimentarias.

e) Aumentar la producción de alimentos protectores y distribuirlos de acuerdo con la necesidad fisiológica y no a una cruda especulación comercial.

Los países que mejor han resuelto sus problemas, han aumentado al doble su consumo de alimentos protectores —leche, huevos, pescado, legumbres y frutas—, con lo cual lograron reducir las enfermedades y mejorar notablemente las condiciones físicas de la población. De ese modo desaparecieron enfermedades del tubo digestivo y padecimientos de la nutrición,

que producían estragos en los grandes centros industriales; la mortalidad infantil y la tuberculosis se redujeron en un 50%, y los jóvenes, al terminar su desarrollo, alcanzaron una estatura mayor en diez centímetros a la de sus padres a la misma edad. Maravillosa demostración de la importancia que tienen los problemas alimentarios y de su notable gravitación a través de las generaciones sobre la vida y la obra del hombre.

La distribución de alimentos debe ser regulada, no de acuerdo con los reclamos más o menos voraces de consumidores y vendedores, sino en concordancia con las necesidades biológicas reales, que son las únicas compatibles con la salud. El abastecimiento debe hacerse teniendo en cuenta las necesidades específicas de los trabajadores manuales, de las madres y de los niños, dejando en segundo término toda consideración acerca de las posibilidades económicas individuales.

El ideal sería, por ejemplo, que hasta el niño más pobre, en el último rincón del país, recibiera su ración de naranjas y que ni el hombre más rico del país, con todo su oro, pudiera arrebatarse a ese niño su ración de citrus, ni quitarle a la madre y a su hijo, por la fuerza de su dinero, ni un solo gramo de leche que éstos necesitan para desarrollarse y mantener su salud, porque en ellos, en los niños y en las madres fecundas, está el futuro biológico de la Nación.

Este es el gran principio de la justicia social en materia de alimentación que debe regir para nosotros.

4. Fases para el reordenamiento alimentario de la Argentina

a) La carne y el trigo, régimen unilateral de la dieta argentina.

La Argentina es un país que produce en abundancia carne y trigo, de donde la alimentación popular se desvía por comodidad, hábito, tradición y mal entendida economía, al churrasco y al pan y últimamente a las pastas, dándose el lujo nuestro hombre de pueblo, como en muy pocos países, de consumir los alimentos más caros del mundo a bajo precio. Esta tendencia se ha ido acentuando con el mayor poder adquisitivo de la población en estos últimos tres años, sobre todo, en lo referente a la carne, de tal manera que he llegado a preguntarme si este régimen unilateral no podría tener algún efecto nocivo sobre la salud de la población. Y sí que lo tiene, por cierto.

b) Errores de alimentación típicamente argentinos.

Según antecedentes que he recogido, resulta que el pueblo argentino, a pesar de que come mucho, se alimenta mal, por dos cosas: a) porque tiene un régimen unilateral “monofágico”, como dicen los médicos, y b) porque no agrega a su dieta diaria, en la cantidad necesaria, esa serie de componentes que se llaman alimentos “protectores”, a los que ya me he referido, como son el huevo, la leche, la manteca, las verduras, el pescado y las frutas. El hombre es un ser que necesita alimentarse en forma muy variada,

a diferencia del resto de los animales. De lo contrario, se debilita paulatinamente y engendra hijos poco fuertes física y mentalmente. Hay animales que son exclusivamente carnívoros y otros exclusivamente herbívoros, pero el hombre, lo más completo de la creación, es tan complejo, que necesita de todas las fuerzas y de todas las energías contenidas en los más diversos frutos de la naturaleza. “El hombre es lo que come”; es decir, somos alimentos transformados, y por eso será tanto más perfecto el ser humano, cuanto más acomode su organismo a las necesidades del rendimiento de éste, que, fisiológicamente considerado, no es más que un gran transformador de energía química, en acción y pensamiento.

c) La alimentación excesiva en carne y sus consecuencias.

No soy enemigo de la carne; al contrario, estoy lejos de ser vegetariano; alabo la sabiduría de los jefes de los rudimentarios Estados de la antigüedad, que reservan la carne para los guerreros, y la verdura, la leche y la fruta, para los ciudadanos pacíficos; no olvido que los héroes homéricos se alimentaban de carne, pan y vino, y no cabe duda de que eran magníficos ejemplares de fuerza y valor, belleza y salud; y tampoco olvido que la ciencia de nuestra época recomienda la carne como el mejor alimento para los atletas. Pero todo tiene su medida. Nosotros no pretendemos formar un pueblo de guerreros ni de “recordmen”, sino que queremos constituir un pueblo de trabajadores sanos, fuertes, activos e inteligentes.

Si los médicos nos dicen, con experiencia y razón, que no debemos comer más de 200 gramos diarios de carne y no superar el índice de 73 quilos por persona y por año, no tenemos por qué derrochar y desperdiciar carne comiendo tres o cuatro veces esa cantidad, ya que el exceso —a estar a mis informes—, se pierde sin beneficio y sí con seguro daño de la salud, abuso que explicaría, además, por qué, cada cuatro argentinos, hay uno enfermo del hígado. Este problema preocupa a Salud Pública, lo mismo que el de la tuberculosis, que también encuentra terreno favorable en la alimentación exclusiva y abusiva de carne y pan, pues semejante régimen descalcifica al organismo. Téngase presente que me refiero sólo al abuso, no al consumo normal. Somos el primer pueblo del mundo consumidor de carne y el segundo en pan, después de Francia, pero en Francia ya la Academia de Medicina lanzó hace años su grito de alarma ante el abuso unilateral de este último alimento y el abuso fue corregido.

d) Compensación de la carne con alimentos protectores para equilibrar la dieta.

Ahora yo me pregunto: ¿Qué tenemos que hacer? Sencillamente: reducir ese consumo excesivo de carne y reemplazarlo con un aumento correlativo de leche, huevo, pescado, verduras y frutas, enriqueciendo nuestra dieta diaria con una mayor variedad. Pero he aquí que esta aventura nos puede resultar muy cara. ¿Y por qué puede resultarnos cara? Porque la producción de dichos alimentos protectores está muy por debajo de las necesidades de la población. y en cuanto se aumente la demanda, pueden subir los precios en forma exorbitante, de modo que el método a seguir es aumentar el consumo, tomar más leche, más huevos, más manteca, más ver-

duras, más pescado y más frutas, pero elevando al mismo tiempo la producción de estos alimentos y cuidando que el granjero y el consumidor no sean víctimas de los especuladores y de los intermediarios, que suelen quedarse con la parte del león.

Ahora mismo, esos alimentos tan nobles y sanos son, en nuestro país, alimentos de lujo y caros. Hasta hace pocos años sólo estaban al alcance de los ricos; por el déficit de producción y por sus precios actuales, la masa del pueblo no puede consumirlos en la medida necesaria, a lo que se agrega un mal sistema de distribución, que hace que lleguen sumamente encarecidos al interior del país, cuando llegan.

e) Con infinitas posibilidades, el problema de producir alimentos protectores en la Argentina es de simple estímulo y educación.

¿Pero puede ser éste un problema para la Argentina y para el Gobierno de la Revolución? Evidentemente, el nuestro es el único país que no puede tener problemas en esta materia y si nos decidimos a producir más alimentos protectores, ello podrá lograrse en poco tiempo, con estímulo y ayuda del Gobierno, con educación del pueblo para que demande dichos productos, con un inteligente sistema de distribución acompañado de una persecución implacable a los especuladores y a los parásitos del comercio.

Sólo produciendo y consumiendo en cantidad esos alimentos, podremos obtener precios bajos y ganancias estimulantes para el productor, que no tiene ya por qué depender de la explotación a que fue sometido por los transportes, los créditos, los seguros, y la comercialización de toda nuestra riqueza por los conocidos pulpos que ya han dejado de gravitar sobre toda la vida de la Nación, como lo hicieron durante ochenta años.

Las posibilidades de la producción de alimentos en la Argentina son ilimitadas, no sólo para afrontar la subsistencia de su propia población, sino incluso para abastecer a los demás países de América. Bastaría que se abrieran o simplemente se entreabrieran las puertas del comercio internacional, para poner en evidencia de inmediato la capacidad productora de nuestro suelo. Nuestro suelo es tan fértil, que basta el trabajo de un argentino para extraer de él lo que requiere el trabajo de catorce europeos en las exhaustas tierras del viejo mundo.

No hay mal que por bien no venga; las dificultades en la colocación de cereales, ajenas a nuestros deseos, han aumentado sustancialmente el área sembrada de verduras, las cuales se colocarán muy bien si Salud Pública sabe promover su consumo por la población.

Sobre tres millones de kilómetros cuadrados de la República, viven sólo cinco habitantes por kilómetro. Nuestro suelo dispone de treinta millones de hectáreas cultivadas, pudiendo cultivar cincuenta millones más, y disponemos de 144 millones de hectáreas para la cría de ganado. Bastan estas cifras para comprender cómo el problema del hambre propiamente dicho no existió nunca ni hay posibilidad de que exista seriamente planteado, en nuestro país; y explica también cómo, en conjunto, éste tiene un nivel de alimentación no superado en el mundo en cantidad, faltando acomodar ahora nuestra dieta a un régimen racional de alimentos protectores. No

entraré a considerar las variantes regionales determinadas por la geografía, el clima, los distintos tipos y métodos de producción y las distancias. Señalaré sí, que sólo en el litoral se come con exceso, mientras en las zonas menos habitadas, el infraconsumo es muy serio, pero todo ello es materia de las providencias que oportunamente adoptará el Gobierno de la Nación. En el fondo, se trata principalmente de un problema de transportes, y éstos son ahora del pueblo argentino, y el Ministro del ramo sabrá hacerlos servir con inteligente criterio social.

Al Ministro de Salud Pública le corresponde la tarea de enseñar a la población de todo el país las ventajas de una alimentación racional y nutritiva, aconsejando en forma práctica el modo de obtener el equilibrio entre los distintos alimentos y demostrando el valor nutritivo de cada uno de ellos, porque sólo cumpliendo patrióticamente esa misión evitaremos que el hombre argentino se degrade por el subconsumo, y que quede cegada para siempre la fuente más pura de la nacionalidad.

5. Significado universal de la producción y consumo de alimentos

a) La actividad orgánica humana es la transformación de los alimentos extraídos por el hombre de la tierra, captando la energía del sol, el agua y el aire.

Toda la actividad humana es la resultante de un proceso de transformación de energía, energía que el hombre toma del medio natural y la convierte con su ingenio, en comida y artículos de protección, vivienda, ropa, armas, etc., y en máquinas e instalaciones. Así el hombre vive y sobrevive.

Cuando hablamos de fuentes de energía pensamos en el petróleo, el carbón o las caídas de agua, sin reparar en la más universal de todas las fuentes de energía, la madre tierra, laboratorio donde se realiza la primera síntesis, por la conjunción del sol, del aire, del agua, del "humus" y del sudor del trabajo. Las grandes sementeras de granos, los plantíos de azúcar, los cultivos de remolachas, tomates, papas y forrajes, no son más que dependencias de la gran fábrica de la naturaleza, dirigida y accionada por el hombre, donde las raíces trasmutan la radiación solar y el "humus" en energía creadora.

b) La energía de los alimentos, luego de producir las obras y los actos del hombre, retorna a su fuente de origen.

Toda esa energía convertida en cosecha, domesticada en el ganado, elaborada en la industria, comprada y vendida, llevada y traída, constituye la producción y el comercio, con sus altibajos de consumo, oferta y demanda, crisis económicas, competencia de precios, pérdidas y ganancias; todo eso, en última instancia, es la historia de la energía extraída por el hombre de la naturaleza, es el mitológico robo del fuego; pero esa energía vuelve inexorablemente a su fuente originaria, no sin antes castigar a los hombres que la malemplean, sin respeto a las leyes naturales y divinas.

Existe, evidentemente, un ciclo progresivo de elaboración de la energía y un ciclo regresivo de desintegración, que se produce en cada transformación y en cada consumo, y éste es un principio que se cumple, no sólo en el proceso energético de los alimentos, sino en toda actividad humana, sea de autoconservación, sea de reproducción o de creación.

El primer retorno aparece "in situ", en el campo mismo de la cosecha, porque el agricultor debe alimentarse; luego se sigue menos visiblemente, en el trabajo de almacenar, transportar, elaborar la materia prima e industrializarla y así, sucesivamente, hasta llegar a las organizaciones comerciales donde el proceso energético es imperceptible, pero no lo suficiente como para ocultar su presencia en la máquina económica del mundo.

c) La economía y la industria, la civilización y la cultura, esfuerzos del hombre para retener la energía alimentaria antes de su retorno.

Las máquinas todas son una parcial y pobre imitación del hombre, y funcionan de prestado con la energía que el mismo hombre les transfiere a sus expensas, energía que deberá devolver al seno originario, tarde o temprano, después de satisfacer sus necesidades vitales y dejar como recuerdo sus propias creaciones, entre otras, la técnica, la civilización y la cultura.

Las construcciones humanas no son otra cosa que esfuerzos infructuosos para retener algo de esa energía creadora que se nos escapa para volver a sus fuentes, porque la ley del retorno de la energía es inexorable, y se cumple en detrimento de la obra humana, de sus culturas, de sus monumentos, de sus artes y ciencias, de su filosofía, de su religión, de sus leyes y códigos y de sus riquezas. Por eso la riqueza debe ser concebida como una forma de la energía y no de la materia, un préstamo de la naturaleza al hombre, que hay que emplear sabiamente.

d) Como toda fuente de energía natural, los alimentos deben estar al servicio del perfeccionamiento social y de la dignidad humana.

La energía que nos brindan el medio ambiente natural, los alimentos y el combustible, fuentes de todo el proceso económico, no puede invertirse en otra cosa que no sea la realización integral de la sociedad y de la personalidad humana.

Pero la utilización integral de las fuentes energéticas en la dignificación de la persona humana, sólo será factible el día en que el mundo pueda organizarse sobre la paz y no sobre la guerra, sobre la cooperación y no sobre el recelo, sobre la unión de los hombres y no sobre su desinteligencia; cuando sea posible racionalizar la producción mundial para que se diversifique y complemente de acuerdo con las necesidades reales de los pueblos y con las verdaderas posibilidades de cada región del mundo, sin ingerencia de las seudoleyes comerciales de la oferta y la demanda, sin propaganda intencionada para estimular consumos artificiales, sin especulación y sin manejos de intermediarios que ponen tiempo, distancia y barreras, entre el productor y el consumidor, amontonando riquezas que no les corresponden a ellos, sino a los que trabajan y producen.

El criterio biológico en el reordenamiento económico de la alimentación en la Argentina

Ramón Carrillo

Conferencia pronunciada por el ministro de Salud Pública, Dr. Ramón Carrillo, en el Teatro Cervantes, el 14 de mayo de 1949, en el curso sobre Política Alimentaria Argentina y publicada en el volumen editado por el Ministerio de Salud Pública, *Política alimentaria argentina*, 1951.

El Excmo. Sr. Presidente de la Nación al declarar inaugurado el curso sobre política alimentaria, enunció con su habitual claridad un concepto que tócame hoy desarrollar desde el punto de vista técnico, documentando con acopio de datos sus afirmaciones. Dijo el general Perón: “Excluídos la carne y el trigo, que constituyen elementos básicos en toda alimentación, excluídos esos dos artículos que producimos en cantidad suficiente, en todos los demás alimentos somos deficitarios”.

Con estas palabras, el primer mandatario ha sintetizado exactamente la situación de nuestro país en materia alimentaria, situación que no se ha intentado siquiera corregir en decenas de años por razones que no se nos escapan, pero que huelga enumerar ahora. En efecto, nuestra población se ha visto en la necesidad de organizar su dieta exclusivamente con carne y harinas, eliminando casi por hábito, por comodidad y también por falta de la producción adecuada, la mayoría de los alimentos. Todos sabemos, o deberíamos saber, que una de las adquisiciones menos discutibles de la técnica moderna de la alimentación, es haber señalado la importancia de los alimentos protectores. La noción de alimentos protectores es fundamental en el ordenamiento alimentario de un país: protectores son aquellos alimentos como la leche, las frutas y las verduras, que deben ser incorporados ineludiblemente en un mínimo indispensable a la dieta diaria, para que ésta cumpla sus fines benéficos sobre la salud. En caso contrario, los seres y los pueblos se debilitan paulatinamente, decae su potencial biológico y se llega a formar una raza raquílica y decadente, proclive a la extinción. La denominación, pues, de “protectores”, para esos alimentos es cabal y responde a un concepto de “calidad”, más que de cantidad.

Por ejemplo: si una persona consume por día, en su dieta, 5.000 calorías —lo que es un exceso— exclusivamente suministradas por alimentos básicos, esa persona comerá mucho, pero estará mal alimentada, y téngase por seguro que, andando el tiempo, enfermará gravemente. En cambio, si consume 3.000 calorías, integradas por alimentos básicos y protectores —proporcionalmente combinados— esa persona comerá mejor, se alimentará de verdad, a los fines de la conservación de su salud y de la recuperación normal de energías. Y aún, gastará menos.

Traducido lo que antecede a un lenguaje más llano, podemos decir que una persona que ingiere diariamente alimentos por 5.000 calorías, procedentes de grandes cantidades de carne, pastas y harinas diversas —esto es, la regla en nuestro país— y excluye las verduras, la fruta, la leche, la manteca y los huevos frescos, esa persona come caro, come mal, no se alimenta racionalmente y pone en serio peligro su salud y su capacidad de rendimiento, para sí y para los suyos.

1. El criterio biológico

Tendemos, por voluntad y decisión de nuestro Presidente, a orientar científicamente la alimentación del pueblo argentino y de todos los que conviven con nosotros. Para ello, hay que recurrir a ciertos principios de orden social y fisiológico, que son fundamentales. Enunciaremos cuatro de esos principios o normas que concretan lo que denominamos el criterio biológico en la reorientación alimentaria del país:

a) La alimentación diaria debe ser balanceada y contar con una proporción fija de alimentos energéticos y protectores.

b) Se debe evitar, en lo posible, la alimentación antinatural, y en caso de recurrirse a ella debe respetarse también el principio de la dieta balanceada.

c) Es necesario educar al pueblo a que reordene sus hábitos alimentarios, acostumbrándolo a un mayor consumo de leche, huevos, verduras, frutas y carne de pescado y de aves, alimentos en que somos deficitarios como lo ha señalado el general Perón.

d) Toda norma fisiológica de alimentación del individuo es también norma para la colectividad, por lo cual corresponde orientar la producción de alimentos de acuerdo con las necesidades biológicas del pueblo tomado en su conjunto, como productor y consumidor de alimentos.

a) Consideraciones sobre la incidencia de la dieta balanceada.

En el último Congreso de la Gastroenterología realizado en nuestro país, destacamos las cifras de los enfermos del aparato digestivo, que nos acordaban el triste privilegio de ocupar el primer puesto en el cuadro mundial de esa especie de enfermedades; y demostrábamos —también con estadísticas— que las afecciones del tubo digestivo constituyen, en nuestra Patria, un verdadero problema social por las enormes masas de pacientes que deambulan de hospital en hospital y de consultorio en consultorio.

Para explicar estos hechos señalamos la tendencia marcada de nuestro pueblo a organizar una dieta monofágica, es decir, constituída por un solo elemento o por un elemento muy predominante, en este caso la carne, violando un dogma, el de la dieta balanceada, que es un principio en virtud del cual el hombre, para poder vivir en salud, debe alimentarse con una dieta muy variada, y cuanto más variada mejor.

Examinemos algunas afirmaciones que suelen llenarnos de orgullo, pero que por el equívoco que encierran contribuyen a desorientar a nuestro pueblo. Se afirma comúnmente: 1º) que la Argentina es el país en que mejor se come; 2º) que la Argentina es el gran país productor de alimentos. Ambas afirmaciones son verdades a medias y desde el punto de vista estrictamente científico, ambas son falsas.

Si por “comer” se entiende ingerir copiosas cantidades de alimentos, es cierto que en Buenos Aires se come y ¡en qué forma! El comer así, cuantitativamente, es un trauma al sistema nutritivo, del mismo orden del que supondría recibir un golpe todos los días en cualquier parte del cuerpo. Pero si por “comer” se entiende proveer racionalmente al organismo del combustible necesario para vivir en salud, reponer energías y realizar esfuerzos, es evidente que nosotros no “comemos” ni nos alimentamos, sino que ingerimos materiales y calorías sin discriminación alguna, con el criterio exclusivo del volumen, de la cantidad.

La dieta alimentaria, no sólo debe imponer cantidad con un criterio primario y semisalvaje, sino principalmente calidad, y calidad combinada, balanceada en determinadas proporciones. Por eso, alimentarse bien, conscientemente, racionalmente, supone un alto nivel de cultura, y a ello debemos aspirar para nuestro pueblo, tan inteligente y decidido para orientarse en cualquier problema y hallar su solución, aunque sea un problema tan complejo como el que estamos tratando.

Ahora bien: cuando hablamos de abuso en el comer, en nuestro país, cuando se señala que todos los límites fisiológicos en la alimentación han sido superados, nos referimos a la Capital Federal, ya que en el interior de la República la situación es de déficit general, salvo en el renglón de la carne, en que, con todo, apenas se llega al mínimo normal.

Para apreciar las consecuencias de esta falta de organización, de esta ausencia total de una distribución científica de los alimentos, hasta dirigir una mirada a las estadísticas de los reconocimientos premilitares y a las comprobaciones de nuestros equipos de medicina preventiva. En el interior de nuestra Patria, la pobreza fisiológica del habitante rural —aunque haya mejorado muchísimo en estos últimos tres años— sigue siendo alarmante. La mejoría obedece, en este caso, sólo a la elevación del standard de vida, obra del gobierno del general Perón, y no a un mejor abastecimiento y a una racional combinación de los alimentos que deben integrar el menú diario.

El superávit cuantitativo y el déficit cualitativo por una parte (Capital Federal) y el déficit cuantitativo y cualitativo por otra (interior del país), responden a la imprevisión y carencia de normas técnicas para orientar el consumo y la distribución de los alimentos. El problema de los alimentos no es sólo de producción, comercialización o consumo, sino principalmente

de distribución científicosocial. Y esta distribución podrá regularse mediante tarifas preferenciales de transportes para que, en virtud de dichas tarifas, zonas productoras de cierto tipo de materias alimenticias, pero desprovistas de otras, puedan adquirir por el intercambio económico, los alimentos de que carecen, al mismo precio que en la zona de producción y recíprocamente.

Otro error es creer que somos insustituíbles productores de alimentos, cuando en realidad sólo producimos en exceso cereales y carne, como lo ha señalado muy bien el general Perón. En el orden interno y desde el punto de vista de la salud de la población, esta realidad no es beneficiosa, ya que los cereales y la carne constituyen apenas una parte de la dieta. Consecuencia de nuestra monoproducción es el vernos obligados a importar en gran escala substancias alimenticias, aunque ahora en menor cantidad que en el pasado. A propósito de esto, ha dicho el señor Presidente: "Otros pueblos con menos posibilidades que nosotros, otros países que no producen carne ni trigo como nosotros, han sabido abastecerse de todo, ellos mismos, y principalmente de alimentos protectores en cantidad suficiente".

Y es exacto. Pero es que esos países tienen sobre el nuestro la ventaja de una población educada desde el punto de vista alimentario y cuentan con un sistema racional de distribución de sus calorías disponibles. Por eso no es aventurado afirmar que, considerado el problema técnicamente, la Argentina es uno de los países en que la población se alimenta mal por la incidencia que ejerce sobre la dieta popular la hiperproducción de carnes y cereales. Tenemos así hombres de muchos kilogramos de peso —en aparente estado de salud—, pero al mismo tiempo muchísimos diabéticos, muchísimos enfermos del hígado y del riñón, muchísimos hipertensos, todo ello más arriba de los índices corrientes en países más adelantados, dietéticamente considerados.

El alza de salarios —magnífica realización del gobierno del general Perón— se ha traducido entre nosotros, por la idiosincracia nacional, en el aumento del consumo de alimentos, sobre todo el de la carne que se ha duplicado en sólo dos años, superándose así con creces las cifras de tolerancia biológica de ese alimento, pues, como es sabido, la carne ingerida sobre cierta cantidad, lejos de beneficiar al organismo, lo perturba y lo enferma, punto en el que estamos de acuerdo y desde antes de ahora, por cierto, todos los médicos argentinos.

b) Consideraciones sobre la alimentación antinatural.

Ha aumentado también notablemente el consumo de alimentos conservados y envasados —lo que es realmente lamentable—, y el hecho preocupa al Ministerio de Salud Pública de la Nación, por lo cual debo señalarlo a la población para que no se deje llevar por las engañosas ventajas que ofrecen a las amas de casa estos alimentos, haciéndoselos preferir a los alimentos frescos, ya que con esto no hacemos sino preparar la destrucción de nuestra máquina humana, desaprovechando el privilegio que tenemos los argentinos de obtener con poco esfuerzo toda la cantidad necesaria de alimentos frescos. Encuestas realizadas por el Departamento a mi cargo, han demostrado que barrios obreros enteros no usan cocina, por lo que sus mora-

dores sólo viven de fiambres, conservas y quesos, y esta alimentación se impone, incluso a los niños. Esto ocurre sólo por hábito y comodidad, por falta de educación higiénica más que por necesidad.

En los países donde se ha difundido enormemente el alimento conservado o envasado, se han tomado medidas para difundir en igual proporción el consumo de leche fresca, de frutas y de los jugos de verdura y jugos de frutas, también envasados, como contravenenos, diremos, del abuso de las proteínas en latas o de los fiambres. En nuestro país, desgraciadamente, este aspecto técnico de la industria de la alimentación no se ha desarrollado y sólo recogemos por ahora los inconvenientes de la alimentación antinatural.

El aumento de las caries dentarias en estos últimos años en poblaciones del interior que solían tener una pequeña cantidad de enfermos bucodentales, es también un índice de que se está conmoviendo la biología del país al modificarse notablemente con nuevos tipos de alimentación, que han surgido como consecuencia de las mayores disponibilidades de la población para invertir en alimentos, aunque lo hace irracionalmente, en perjuicio ante todo de su propia salud. Es sabido que una alimentación natural, aun en ausencia de toda higiene bucal, mantiene la integridad de los dientes durante muchos años; esto es lo notable que comprobé muchas veces en pobladores de Salavina (Santiago del Estero), donde la gente ostentaba hasta los noventa años dentaduras sin una caries.

La alimentación antinatural, excesiva o no balanceada, produce, además de caries en los dientes —que al fin y al cabo no tienen tanta importancia—, otras anormalidades en órganos vitales, y así se originan enfermedades como la diabetes, la obesidad, los cálculos al hígado, las afecciones de la vesícula, el raquitismo, la anemia, los traumatismos, y mil otras enfermedades degenerativas que han venido a sustituir —en las preocupaciones del Ministerio de Salud Pública— al antiguo problema de las enfermedades infecciosas, hoy ya casi superado.

Hace un cuarto de siglo, las compañías de seguros de vida de Estados Unidos y Canadá, comprobaron que la obesidad, la diabetes y otras enfermedades originadas en sistemas irracionales de alimentación, eran sus principales enemigos, pues los siniestros que constantemente debían afrontar las compañías procedían de asegurados sin régimen alguno ni continencia de ninguna índole en la alimentación. Con tal motivo y concordantemente con los puntos de vista similares de las autoridades sanitarias —que anhelaban obtener un tipo físico vigoroso y de alta estatura— las compañías aseguradoras iniciaron una campaña de educación sanitaria muy inteligentemente llevada.

Al cabo de 25 años podemos comprobar cómo el pueblo de Estados Unidos, que 30 años atrás se debatía en la misma irracionalidad dietética que nosotros, ha sido llevado insensiblemente —merced a la educación— a una conducta alimentaria, lógica, científica, económica y saludable.

c) Consideraciones sobre la educación alimentaria del pueblo.

La campaña de educación alimentaria del pueblo argentino se puede dividir en varias etapas:

a) En la primera etapa se debe enseñar a la población el valor calórico de los alimentos en relación con el peso del hombre y sus actividades, a fin de que éste trate de no insumir más de lo necesario, pues todo exceso, como se ha dicho, es contrario a la salud. Para ello se podría difundir en los restaurantes y casas de comidas los menús con sus respectivos valores calóricos, indicando cuáles son los alimentos convenientes a los obesos y cuáles a los delgados. El pueblo aprende a controlar diariamente su peso en balanzas que se pueden distribuir por todas partes, a fin de que cualquiera se ajuste a un régimen calórico que él mismo voluntariamente se imponga.

b) En la segunda etapa se debe enseñar al pueblo cómo puede y debe repartir esos valores calóricos entre los distintos tipos de alimentos, guardando ajustadas proporciones entre las albúminas, los hidratos de carbono y las grasas. Si traducimos al lenguaje común estos términos, aunque no se respete fielmente el concepto académico, podemos decir que existen tres tipos de alimentos: los tipos carnes (albúminas), los tipos manteca y aceites (grasas), los tipo pan, dulce y pastas (hidratos de carbono). El pueblo debe aceptar como principio indiscutido que la mitad de la energía y capacidad de trabajo del hombre (50 %) procede de los alimentos tipo pan, dulces y pastas; el 30 % de manteca y los aceites y sólo el 20 % de los tipo carne. Este es el principio de la proporcionalidad, regla científica que es diariamente violada por los argentinos, en perjuicio de la propia salud, pues hacemos proceder el 50 % de nuestra energía de la carne roja y casi exclusivamente de la carne vacuna, sin el atenuante que significa consumir también carne de pescado o de aves.

c) En la tercera etapa del programa de educación, se tenderá a implantar popularmente el principio de los alimentos "protectores", que son absolutamente indispensables para la salud, por su contenido en vitaminas y minerales. Debe convencerse a la población que tiene que buscar las vitaminas, no sólo en la industria farmacéutica, fuente inagotable de especialidades medicinales, sino en los alimentos comunes. De ese modo, el hígado, considerado por nuestros padres como "menudos" para el gato y el perro, debe ocupar un primer plano como depósito de vitaminas y albúminas específicas para el buen equilibrio de nuestra sangre.

Las frutas cítricas, naranjas, mandarinas, pomelos, son fuentes de vitamina B y gracias a ello, entre otras cosas, conseguimos mantener en excelentes condiciones nuestras encías y dientes. La vitamina A, se obtiene, entre otras fuentes, de la zanahoria, tan fundamental para el puré de los niños; la vitamina D proviene del viejo aceite de hígado de bacalao, que ha sido revalorizado.

Cuando se advirtió en Estados Unidos, por ejemplo, una cierta tendencia a la anemia, se aconsejó al pueblo que consumiera alimentos con alto tenor en hierro, como la espinaca. Y con la colaboración de las autoridades sanitarias, hizo su aparición "Spaghetti", el famoso "Sailorman" de los dibujos animados e historietas ilustradas, que en trance de derrota ingiere una buena cantidad de espinaca para recuperar violentamente sus fuerzas.

Todos lo conocemos a "Spaghetti", pero quizá no hemos advertido que su misión fue la de divulgar la espinaca como alimento antianémico por su

tenor en hierro. Fue un éxito evidente del sistema indirecto de educación sanitaria.

El triunfo de la campaña de educación popular en Estados Unidos está a la vista y debe servirnos de ejemplo. No vamos a inventar nada nuevo, sino aplicar procedimientos cuyos resultados son indiscutibles, sin perjuicio, todo ello, de las adaptaciones a nuestra propia manera de ser, de sentir y de juzgar las cosas. En 25 años de labor educativa en materia de alimentación, los Estados Unidos consiguieron elevar la talla media de sus habitantes y prolongar la vida probable que, siendo 50 años en ese entonces, pasó a 65 años en el momento actual.

Como argentino, no tengo inconvenientes, sin embargo, en inspirarme en la técnica norteamericana, por ser la mejor y proceder del único país, aparte del nuestro, que está en condiciones de efectuar una planificación democrática de su alimentación, mediante el consejo y la educación del pueblo. Los países europeos no pueden servirnos de modelo, pues allí la necesidad tiene cara de hereje y se ha debido someter a la población a restricciones y racionamientos de postguerra, determinados por la carestía real de alimentos, restricciones para las cuales el aspecto científico tiene poco que ver, dominados como están esos países por la falta de abastecimientos y por la imposibilidad de producir todos los alimentos que consumen.

d) Consideraciones sobre el problema educativo de la alimentación en función de la biología y de los hábitos.

Al considerar la economía agraria como fuente de alimentos y supeditada en cierta manera a las leyes biológicas, está muy lejos de nuestro espíritu pretender que deben violentarse costumbres y gustos, ni mucho menos implantar un buen alimento extranjero en reemplazo siquiera de uno malo nuestro. No. Esto no es argentino, ni se concibe en la mente de un hombre de este gobierno. Sólo anhelamos, como médicos, que la producción de alimentos se oriente entre nosotros en forma tal que permita satisfacer fisiológicamente todas las necesidades de la población, abastecerla a poco costo, especialmente a las masas trabajadoras, y aún dejar un excedente para la exportación y un estímulo a nuestra organización rural.

Mientras los tejidos y órganos del individuo cumplen regularmente la función de renovar su estructura a expensas del aporte químico de los alimentos, el proceso no es un problema ni para el individuo ni para la sociedad. En estado normal, el mecanismo de desintegración y recomposición química de nuestro ser, se produce en el más profundo de los silencios. Y en este sentido, el silencio de los órganos, es decir, el no sentir nosotros tampoco nuestros órganos, como si no existieran, es la perfecta salud.

El drama, en cambio, comienza cuando el proceso de la química celular se estropea con ingredientes mal combinados; cuando ello se traduce más tarde o más temprano en un envejecimiento prematuro o en la formación dentro de nuestros órganos, de sustancias extrañas y, por lo tanto, tóxicas. Recién entonces aparecen en el hombre las exteriorizaciones, bajo la forma de

síntomas: recién entonces se “sienten” los órganos. Se ha roto el silencio orgánico: se ha perdido o está en déficit la salud.

Desde tal instante, debemos suplir, estamos obligados a suplir con dietas y alimentos adecuados a cada caso, los desastres que nosotros mismos, inconscientemente, hemos provocado. Por ello, lo primero que hace un médico frente a un paciente, sea cual sea la enfermedad que sufra es ordenarle, mejor dicho, reordenarle la alimentación, sustituyendo con síntesis artificiales lo que no puede hacer por sí misma la propia economía individual. En esos casos, el alimento deja de ser tal, para convertirse en un medicamento.

Traslademos el hecho individual al fenómeno colectivo; cometeremos los mismos errores, y nos enfrentaremos con el problema del abastecimiento patológico de las colectividades humanas y con el déficit orgánico de las masas, con la incapacidad integral de una nación, con la ineptitud para reproducirse, para producir y accionar de acuerdo con los requerimientos cada vez más duros de la vida. Este inconveniente, basado en la experiencia médica es lo que da categoría de deber irrenunciable al ordenamiento alimentario de nuestra población, objeto de estas conferencias y clases y campaña educacional en que estamos empeñados por clarividencia y voluntad del general Perón.

Existen experimentos que deberían hacer reflexionar mucho a los hombres de Estado. Tal, por ejemplo, el de la posibilidad de hacer desaparecer una especie animal, con sólo someterla a un régimen de alimentos mal combinados o pobre en elementos protectores. El animal no tiene hambre, porque “come”, pero no se “alimenta” y, como consecuencia, a la cuarta generación no se reproduce más y su especie queda condenada a desaparecer. El problema de la denatalidad de la raza blanca está ligado, sin duda a las modificaciones que ha sufrido la alimentación de los pueblos como consecuencia del industrialismo y del cambio intempestivo de hábitos y costumbres.

El hombre, librado a su instinto —a su propia hambre— se defendería mucho mejor que ahora, prisionero de normas y costumbres impuestas por un régimen de vida artificial, que es la vida corriente, diríamos en las grandes ciudades. Librado a su propio instinto, el hombre ingiere diversos alimentos, variados y bien compensados, pero este mecanismo instintivo se falsea por varias razones; a) por carestía o elevado costo de determinados alimentos; b) por malos hábitos adquiridos, por ejemplo gustos familiares adquiridos en la infancia; c) por debilidad vital o enfermedad, y d) por consumos artificiales impuestos por la propaganda.

Ocurre a veces que en ciertos países o zonas, ciudades o pueblos, por comodidad, carestía o exceso de producción de un determinado alimento, se termina por adoptar un tipo de alimentación colectiva unilateral. Como consecuencia de ese error se crean perturbaciones crónicas del proceso alimentario del pueblo, que pasa a constituir la normalidad dentro de la anormalidad, en virtud de un nuevo equilibrio artificialmente mantenido pero del cual no se puede volver atrás. Se forman insensiblemente constituciones anatómicas y fisiológicas, y como decían los médicos del siglo pasado, aparecen los estados distróficos o dicrásticos, que no por anor-

males deben dejar de ser respetados. Se trata de situaciones biológicas de hecho, y ante ellas no cabe otro remedio que respetarlas o modificarlas muy lentamente.

Entre los males anejos a la civilización, que cada día nos obliga a vivir con más artificios, hállase la tendencia al sibaritismo alimenticio. Del trigo sólo comemos la harina y desechamos la cáscara del grano. Del refinamiento del aceite resulta que ingerimos las grasas químicamente más imperfectas; la guerra así lo ha confirmado. Las entrañas de los animales, los “menudos” criollos, eran ofrecidos a los dioses en las sociedades primitivas; luego sirvieron para alimento de los animales domésticos, y el hombre optó por la parte de los músculos del animal; y finalmente, en nuestros días, las glándulas y órganos son materia prima de inmenso valor para la industria opoterápica, que en un afán bien justificado y respaldada por trascendentes adquisiciones terapéuticas, se permite hasta el lujo, por cierto pueril, de pretender vendernos sesos envasados en ampollas de droguería.

Si se organizara bien la alimentación de un pueblo, no harían falta, sino en ínfima cantidad, tantos millones de ampollas de vitaminas y tantos millones de glándulas y de órganos envasados por la industria farmacéutica, puesto que podemos incorporar normalmente esos elementos en sabrosos platos que harían el orgullo de la cocina nacional.

A veces existe predominante apetencia de la población por un determinado alimento y entonces conviene advertirla y exponerle los inconvenientes del monofagismo. Tal el caso de Francia con el pan y el de nuestro país con la carne.

Cuando los médicos comprobaron en Francia los trastornos que estaba produciendo en la salud de la población el consumo exclusivo de pan blanco, se organizó una campaña educativa. Así, la misma Academia de Medicina de Francia, el 17 de junio de 1934, emitió el siguiente comunicado:

“La Academia de Medicina, fiel guardiana de los intereses de la salud pública, se alarma justificadamente por el consumo, de más en más generalizado, sobre todo en los centros urbanos, de un pan blanco obtenido con una harina privada de los elementos energéticos esenciales del trigo.”

A continuación recomienda a los poderes públicos iniciar la reeducación alimentaria del pueblo francés, a través de la enorme experiencia que significa proveer a las colectividades dependientes del estado (ejército, hospicios y escuelas) de una harina enteramente obtenida y panificada de acuerdo a los principios de la higiene de la alimentación.

Destacaba la Academia de Francia algo que ya era verdad científica indiscutida: que al desproveer a la harina de parte de los elementos que separa la molienda y que son, precisamente, aquellos en que reside el alto valor vitamínico del trigo, se cometía un directo atentado contra la salud del pueblo. En seguida insistía el comunicado sobre la importancia de la cáscara del trigo como factor de crecimiento de los niños, ellos que son grandes consumidores de pan y que con el pan blanco sólo recibían el valor energético, pero no sus vitaminas de crecimiento.

Es un buen ejemplo para nosotros la iniciativa de la Academia de Medicina Francesa. Se atrevió, sin otras consideraciones que las científicas, a condenar una costumbre muy arraigada en la población, y lo hizo con energía y con éxito, pues, pueblo culto y disciplinado el francés, comprendió las razones que se le exponían y se adaptó a las nuevas alimenticias. Desde entonces, no sólo en Francia, sino en todo el mundo, aparecieron en la mesa familiar las rodajas de pan negro complementando la panera y probando cómo se puede armonizar el gusto con los dictados de la ciencia de la nutrición.

Frente a los hábitos de nuestro pueblo, nos encontramos con un problema similar: el vinculado a nuestro excesivo consumo de carne, que ya he señalado de un modo general por sus consecuencias sobre el organismo humano.

Nuestro país consume —término medio general— 150 kilogramos de carne por persona y por año. Esta cifra es muchísimo mayor en la Capital Federal que en las provincias y territorios. Estados Unidos, que es el país mejor alimentado del mundo, no el que come más, se entiende, sólo consume 69,6 kilogramos de carne por persona y por año. La cifra argentina es de todas maneras alarmante por sí misma, ya que el país que nos sigue inmediatamente en la estadística es Nueva Zelandia, cuyo consumo es de 80 kilogramos por persona y por año. Ahora bien: de acuerdo con los estudios realizados por Salud Pública, la cantidad óptima para el pueblo argentino debe ser de 89,6 kilogramos de carne por persona y por año. O sea, 200 gramos diarios en peso neto, o 240 en peso bruto. En realidad, y desde el punto de vista teórico, 70 kilogramos por persona y por año es la cantidad ideal. Basta y sobra con ella para la plenitud de la salud. La comparación entre lo que comemos de carne solamente, y lo que deberíamos comer, nos lleva a la lamentable comprobación de que los argentinos hemos resuelto voluntariamente acortar nuestras vidas. El consumo de 20 ó 30 kilogramos de más por persona y por año, podría considerarse un lujo de pueblo rico, pero llevar ese consumo al doble de lo fisiológicamente necesario, implica desarrollar una apetencia patológica, malsana, por la carne, y sobre todo por un solo tipo de carne, la de vaca.

Hay pueblos como España e Italia, que consumen 17 kilogramos de carne por persona y por año, Cuba 24, Bélgica 36, etc.; evidentemente poco, pero esos pueblos llegan al límite óptimo de la alimentación, con otro tipo de proteínas, principalmente el pescado, cuya pesca es una verdadera industria nacional. Lo contrario que entre nosotros. Aquí el pescado es alimento de lujo, todo el año, y de penitencia tres días...

Ya el doctor Germinal Rodríguez, en 1932, señalaba el hecho anormal en que hoy insistimos, de que la ciudad de Buenos Aires consumiera 140 kilogramos de carne por persona y por año —en aquel entonces—, mientras que las provincias, y no todas, apenas llegaban al límite óptimo. La ciudad de Córdoba consumía 60 kilogramos, la de Tucumán 82, la de Rosario 70, la de Mendoza 58, etc. Hoy las ciudades del interior, casi todas, están en el límite óptimo y algunas por sobre él. En Estados Unidos, como lo hemos señalado —país productor y laborioso—, sólo se consumen 69 kilogramos por persona y por año. Se sobreentiende que no hablamos de Inglaterra,

ni de otros países europeos, porque, evidentemente, atraviesan una anormal situación de abastecimiento.

2. El criterio económico

El señor Presidente de la República ha señalado, en su conferencia sobre Política Alimentaria Argentina, el método a seguir para orientar la producción de alimentos. Dijo el general Perón:

“Corresponderá a los médicos dietólogos fijar una fórmula argentina que de acuerdo con la fisiología contenga los mínimos de cada uno de los 10 ó 12 alimentos que intervienen o deben intervenir en el menú diario del hombre argentino. Por supuesto que se tratará de una fórmula ideal, pues mientras unos se alimentan mal por exceso, otros lo hacen mal por déficit o por mala combinación de los distintos componentes de la comida diaria. Establecida esa fórmula ideal del consumo diario por el Instituto Nacional de la Nutrición, fácilmente se deduce el consumo anual por persona en cada rubro.

Conocido el consumo anual, sabremos por una simple multiplicación lo que deben consumir idealmente los 16 millones de habitantes del país durante el año.

Cuando se haya llegado a esta conclusión corresponderá a los economistas determinar la producción nacional en esos alimentos; luego, con una simple operación aritmética, se establecerá la diferencia entre la cifra biológicamente indispensable y la de la producción nacional; de ese modo tendremos una idea exacta de los alimentos que producimos de más y de aquellos que producimos de menos. Esto ya será un principio de orientación para una política alimentaria y para una política agraria.

Pero aún nos faltará concretar las fallas de la nutrición colectiva; para ello necesitamos otro dato, el del consumo real, muy difícil de determinar con exactitud, pero que puede señalarse con mucha aproximación. Establecido lo que realmente consume la gente frente a lo que teóricamente debe consumir, tendremos el déficit o exceso de consumo, discriminado alimento por alimento, lo que nos dará tres conclusiones: a) el verdadero estado de salud de la población; b) una orientación precisa para la producción agraria, y c) un criterio para regular nuestras importaciones y exportaciones de alimentos.”

Hasta aquí las palabras del general Perón; veamos ahora los resultados concretos de la aplicación del método sugerido por él.

a) Fórmula alimentaria ideal del hombre argentino

La Dirección de Alimentación del Ministerio de Salud Pública, después de realizar los estudios del caso, ha llegado a establecer una fórmula promedio de lo que debe comer diariamente un habitante del país.

Para precisar esta fórmula se han efectuado todas las correcciones necesarias, teniendo en cuenta la heterogeneidad de la población, que no sólo está formada de hombres, sino también de mujeres, niños y ancianos, de

obreros y de intelectuales, de sanos y enfermos, que requieren variantes en la dieta y que son específicas de cada individuo o de cada grupo. Por eso la fórmula ideal que daremos a continuación es una fórmula promedio que tiene en cuenta todos los factores antes mencionados.

He aquí la fórmula promedio del hombre argentino, es decir lo que debe comer por día:

1. — Leche	400	gramos	
2. — Carne	200	„	
3. — Huevos	50	„	(1 unidad)
4. — Vegetales (verduras y hortalizas)	650	„	
5. — Fruta	180	„	
6. — Harinas (pan y pastas)	310	„	
7. — Azúcar y dulces	105	„	
8. — Grasas (aceite y manteca)	70	„	
9. — Queso	15	„	

En esta fórmula hemos incluido el queso con 15 gramos, para dar mayor variedad al menú, pero puede reemplazarse con 100 gramos más de leche, es decir, elevar la dosis de ésta a 500 gramos diarios. Quiere decir que el queso es un componente optativo.

El menú que surge de la fórmula promedio preparada por la Dirección de Alimentación, produce 3.120 calorías, esto es, una cantidad más que suficiente para vivir y vivir bien. Además, debe anotar que está “balanceado”, o, en otros términos, que guarda las proporciones debidas entre uno y otro tipo de alimento.

La alimentación normal o habitual en nuestro pueblo, según ya hemos señalado, reduce al mínimo las verduras, las frutas, el huevo, el pescado y sobre todo la leche, recargando las calorías en los rubros de la carne, del pan y de las harinas. De ese modo, en la Capital Federal, se consumen alrededor de 400 gramos de carne por día y por persona y 500 gramos de pan y pastas, proporciones que se agrandan a expensas de los demás componentes normales de una dieta racional. Por ello llegamos a comprobar que los habitantes de Buenos Aires se alimentan con 5.000 calorías promedio, calorías originales en un solo tipo de alimentos cuando, si éstos se combinaran y balancearan bien, bastarían y aun sobrarían las 3.120 calorías necesarias que proponemos ya con bastante exceso y generosidad.

La fórmula de Salud Pública a que nos referimos tiene, desde el punto de vista científico, las siguientes características: está constituida por un 56 % de hidratos de carbono, un 13 % de proteínas, y un 31 % de grasas. Así se llega a obtener el total de 3.120 calorías, que en su mayor parte provienen de los elementos energéticos, es decir, 1.749 calorías de los hidratos de carbono (437 gramos), cantidad suficiente para cualquier labor diaria. De las proteínas, carnes, para emplear una expresión sólo aproximada, pero comprensible, surgen en la fórmula 419 calorías con un total de 105 gramos. Nuestro menú contiene además 106 gramos de grasas, que se traducen en otras 952 calorías, que sumadas a las anteriores integran la cifra de 3.120 calorías diarias, o sea el total necesario y suficiente.

Hago notar que ésta es sólo una fórmula teórica, que debe ser sometida a reajustes, y puede aumentarse o disminuirse, pero guardando siempre las proporciones señaladas; lógicamente, las variantes que pueden introducirse son determinadas por la mayor o menor actividad de los individuos, su peso, su edad o estado de salud. Además, esta fórmula da origen a centenares de variados platos, según el arte culinario de las amas de casa, lo que por supuesto, permite adaptarla a los más diversos gustos y paladares, y usos y costumbres individuales o familiares. Pero, repito, que la esencia de la fórmula es respetar la proporcionalidad entre sus componentes alimenticios.

Y puedo afirmar, más aún, podemos afirmar, con la experiencia médica no sólo nuestra sino del extranjero, que si la población, andando el tiempo, compenetrándose de sus bondades, se ajusta a las líneas generales de esta fórmula, debe tener la certeza de que incorpora a su organismo: agua, celulosas, hidratos de carbono, proteínas, grasas, minerales y vitaminas en cantidades perfectamente balanceadas, y todo ello con inmenso beneficio del rendimiento de la salud y también de la economía doméstica.

b) Consumo ideal por año y por persona

Establecido ya por rubros lo que racionalmente debe comer un argentino por día, fácilmente se calcula, multiplicando por 365, lo que debe consumirse por año en cada uno de esos rubros. Obtenemos así una nueva tabla, de carácter anual, en la que se han tomado como base de cálculo los pesos brutos de lo que debe consumir un habitante por día.

Dejamos constancia de que al enumerar antes la fórmula promedio ideal, nos referimos a los pesos netos de sus componentes. Por ejemplo, cuando hablamos de carne en esa fórmula, consignamos 200 gramos, que lo son en peso neto, pero al hacer el cálculo por año y "per cápita", tomamos en consideración el peso bruto, incluidos huesos, es decir, 240 gramos. Del mismo modo, en la leche, el peso neto de 240 gramos se transforma en peso bruto de 412 gramos. El huevo no tiene variante, porque el peso de la cáscara es despreciable. Y así sucesivamente.

El objeto de esta corrección es calcular el consumo ideal por persona y por año, refiriéndolo al peso bruto, porque de tal manera, las cifras logradas permiten la comparación con las cifras del consumo real, que se dan normalmente en peso bruto y no en peso neto.

La tabla de Salud Pública, pues, expresada en cifras redondas y anuales, referidas a peso bruto, indican que por año y por persona deben consumirse en el país las siguientes cantidades de alimentos:

1. — Leche	150	litros
2. — Carne	87	kilogramos
3. — Huevos	18	„
4. — Vegetales	325	„
5. — Frutas	78	„
6. — Harinas (pan y pastas)	113	„
7. — Azúcar y dulces	38	„
8. — Grasas (aceite y manteca)	26	„
9. — Queso	6	„

He aquí, entonces, el consumo ideal o teórico anual, por habitante del país; mas, para saber si el consumo real se aproxima a estas cifras ideales —a las que debemos tender— es indispensable realizar una comparación con los datos que con no poco esfuerzo, y aún así aproximadamente, hemos podido recoger sobre el consumo real. Para que la comparación de cifras tenga un valor ilustrativo, las relacionaremos con los consumos en Estados Unidos, porque considero, como ya lo he expresado, que aquél es el pueblo técnicamente mejor alimentado del mundo.

Y bien: las cifras del consumo real norteamericano se aproximan bastante a la fórmula ideal nuestra, y guardan las proporciones que guardamos en la de Salud Pública. Nosotros, naturalmente, al proyectar la fórmula promedio argentina, hemos tenido que hacer algunas concesiones al gusto criollo, y de muy buen grado las hemos hecho, por cierto, pues tampoco en esto nos parecemos a los norteamericanos. Por ello, a veces, las diferencias entre ambas fórmulas, la de ellos y la nuestra, aparecen más acentuadas.

Por ejemplo, a la carne le asignamos, para los argentinos, una cifra ideal de 87 kilos por persona y por año, en el supuesto de un individuo de peso medio. En cambio, consumimos 150 kilos por persona y por año, es decir, 63 kilos más de lo ideal. En Estados Unidos el consumo real de carne es de 69,6 “per cápita” y por año y se aproxima a la cifra ideal, que para todos los fisiólogos es de 70 kilos, también por persona y por año. Las referencias sobre Estados Unidos las hemos tomado de la publicación oficial: “Consumption of Agricultural Products. U.S. Dep. of Agriculture, 1941.”

Prosigamos con las comparaciones. En materia de leche, sobre un consumo ideal de 150 litros por año y por persona, consumimos sólo 100 litros. Estados Unidos consume 159 litros. En huevos, nuestro consumo ideal debería ser de 18 kilogramos por persona y por año y alcanza, en cambio, apenas a 7 kilogramos. Estados Unidos consume 19 kilogramos de huevos por persona y por año, lo que pone más en evidencia nuestro déficit. Se explica este hecho porque el pueblo americano cubre normalmente sus calorías con proteínas y grasas del huevo, mientras nosotros —equivocadamente— la cubrimos exclusivamente con carne vacuna.

En lo referente a frutas, también se evidencia un déficit. Deberíamos consumir al año 78 kilogramos de fruta por cabeza y por año y, en cambio, sólo consumimos 56 kilogramos, es decir, tenemos un déficit de 22 kilogramos. Estados Unidos consume 75 kilogramos, aproximándose cada vez más a la cifra ideal que es 78.

En los derivados de la harina, pan y pastas principalmente tenemos, a igual que en la carne, un superávit de consumo. Contra 113 kilogramos teóricos, consumimos 140, es decir, 27 kilogramos de exceso por persona y por año. Estados Unidos consume 116 kilogramos. es decir, sólo tiene un exceso de consumo de 3 kilogramos. Está, pues, en límites normales.

Un capítulo muy serio —y quizás el más grave para nuestro pueblo—, es el que se refiere al infraconsumo de vegetales. Teóricamente deberíamos consumir 325 kilogramos de verduras tipos A, B y C en el año, debidamente

balanceadas entre sí; en cambio, sólo consumimos 135 kilogramos; tenemos, pues, un déficit de 190 kilogramos. Estados Unidos también tiene un déficit en este tipo de alimento, pero mucho menor que el nuestro, y además el gobierno realiza allí una intensa campaña para aumentar la producción y consumo de verduras y hortalizas. En dicho país se consumen 212 kilogramos de verduras por persona y por año, teniendo un déficit, por consiguiente, de 113 kilogramos.

En azúcar y dulces, nuestro consumo es prácticamente normal, pues sobre 38 kilogramos, que son los ideales, se consumen 37 kilogramos por año y por persona, siendo el déficit de un kilogramo, poco importante en sí mismo.

Aunque parezca sorprendente, nuestro país, que es exportador de materias grasas, tiene un déficit de consumo en dicho renglón. Siendo el consumo ideal y teórico de 26 kilogramos por persona, resulta que existe sólo un consumo de 11 kilos por año y “per cápita”, es decir, tenemos un déficit de 15 kilogramos. Ello se debe a que la elaboración de los productos derivados de la leche, se ha orientado hacia la producción de quesos y leche en polvo, descuidándose la producción de manteca, que no ha sido compensada por el incremento de la producción de aceites comestibles. Estados Unidos, sobre un consumo ideal de grasas —26 kilogramos, según nuestra fórmula—, consume 23 kilogramos, es decir, sólo tiene un déficit de 3 kilogramos contra un déficit nuestro de 15.

En lo referente a quesos, que tomamos como prototipo del derivado de la leche, estamos bastante equilibrados. Según la fórmula de consumo ideal, se asignan 6 kilogramos “per cápita” y por año; el consumo real es de 5 kilogramos. En cambio, Estados Unidos consume en materia de derivados de la leche, otros muy diversos además del queso, alrededor de 56 kilogramos por persona.

Resumamos, pues, porque de todo lo antedicho deben surgir las precisiones para toda la política alimentaria argentina, tal como es deseo del general Perón. Hemos visto, comparando con la fórmula ideal, biológica, de Salud Pública, que el consumo real ofrece graves deficiencias en todos los alimentos, y en especial en los llamados “protectores”, señalando por el contrario, un superávit compensatorio, pero perjudicial, en los alimentos “básicos”. He aquí en nuestros consumos reales, las diferencias con respecto al consumo ideal:

1. — Leche. - Déficit	= — 33	%
2. — Carne. - Superávit	= + 72	„
3. — Huevos. - Déficit	= — 63	„
4. — Vegetales. - Déficit	= — 58	„
5. — Frutas. - Déficit	= — 28	„
6. — Harinas. - Superávit	= + 23	„
7. — Azúcar y dulces. - Déficit	= — 0,7	„
8. — Grasas. - Déficit	= — 56	„
9. — Queso. - Déficit	= — 16	„

La seriedad de estas cifras es incuestionable; su importancia por lo mismo, es trascendente, porque ellas permitirán orientar la labor futura, en un esfuerzo mancomunado de gobierno y pueblo.

Los médicos brindamos así, a los economistas, estos datos biológicos, y cumplimos con otro de los precisos conceptos expuestos por el general Perón en su recordada conferencia del teatro Colón, sobre el problema alimentario argentino. En efecto, dijo el Excmo. señor Presidente:

“En el problema de la alimentación popular, tanto los economistas argentinos, como los médicos y como los agrarios, han andado desencontrados y no se han entendido entre sí; cada cual ha planteado la cuestión por su cuenta, sin ver claro en el conjunto. De ese modo, los economistas sólo han reparado en la producción total, en el consumo real y en la exportación y la importación. Los médicos han estudiado a fondo las raciones alimenticias para sanos, enfermos, niños, viejos, trabajadores manuales o intelectuales, pero no han deducido de todo ello las necesidades alimentarias cualitativas y cuantitativas de todo el país; han realizado encuestas y se han quedado asombrados de lo mal que se come entre nosotros, de la desnutrición y del infraconsumo de alimentos protectores, tanto en el interior como en la capital; por su parte, los economistas conocen la producción global y el consumo real, pero no han podido ni pueden fijar una política alimentaria racional, porque carecen de los puntos de vista biológicos del médico. Los pequeños agricultores —y los hombres de campo— siembran y producen a “ojo de buen cubero”; los grandes agricultores no tienen otro norte que la exportación, sin sospechar, siquiera, que el propio país, en un determinado momento, podría ser su mercado, por el alto standard de vida de la población”.

c) La producción nacional de alimentos frente al problema de las necesidades ideales y al consumo real del país

1º Establecer el consumo ideal de los 16 millones de habitantes, por año y por rubro de alimentos, traduciéndolos en toneladas.

2º Apremiar exactamente la producción de alimentos y confrontarlas con las necesidades teóricas colectivas que hemos fijado en la fórmula de Salud Pública.

3º Llevar minuciosamente las estadísticas de consumo para extraer las tendencias del pueblo y juzgar los efectos de la campaña de educación alimentaria.

Por lo pronto, del análisis de las cifras que acabo de exponer al referirme a los porcentajes del déficit de cada uno de los alimentos fundamentales, surge la comprobación de los siguientes hechos: el primero no es novedad; que somos grandes productores y exportadores de carne y cereales; el segundo sí, revela que no producimos suficiente fruta ni elaboramos suficiente manteca para nuestro consumo, pero, sin embargo, somos exportadores de tales productos, aunque en cantidades cada vez más decrecientes. Y es seguro que si excedieran dichos productos en el país, la falta de demanda del público por insuficiente educación alimentaria no permitiría colocarlos en la plaza. No obstante, es irrefutable que dichas exportaciones, bien organizado el mercado interno, no tendrían por qué producirse, desde que el consumo popular de manteca y fruta es deficitario, según se ha probado con largueza.

En fin, de los cuadros de consumo real de alimentos se desprende que la República sólo dispone de saldos exportables en los rubros de carne y cereales. Todo lo demás debiera quedar en casa para nuestra población. No olvidemos que hasta muy recientes años fuimos importadores de alimentos, y que recién en estos últimos tiempos hemos conquistado nuestra independencia del exterior en algunos rubros. Quiere decir que, con un mayor estímulo a la producción en que somos deficitarios, podríamos en breve tiempo cubrir nuestras propias necesidades y convertirnos en auténticos exportadores, no en desmedro de las necesidades del pueblo, sino gracias a la riqueza productora argentina, traducida en verdaderos excedentes exportables para cubrir las tremendas urgencias alimenticias de otros pueblos hermanos.

Permítaseme insistir sobre este tópico, porque en él está el quid de los problemas que tenemos que solucionar. Que la República Argentina haya tenido y aun tenga que importar alimentos, aunque, como digo, ahora en menor cantidad, resulta una incongruencia chocante frente a las auténticas posibilidades del territorio patrio. Este es otro aspecto de nuestro ex coloniaje económico, ya barrido por el gobierno de la Revolución.

Para no herir susceptibilidades, remontemos nuestros ejemplos algunos años atrás. Por ejemplo: nuestro país importó 6.956 toneladas de aceite en 1918. La importación de aceites fue subiendo hasta que en 1928 llegó a 52.806 toneladas. La importación de aceitunas fue en el año 1928 de 1.788 toneladas y en 1938 de 5.967 toneladas. Del mismo modo, entre esas fechas, en una sola década, la importación de arroz subió de 29.029 toneladas a 52.259; la yerba mate, de 59.061 toneladas a 75.047; la de salsa de tomate envasada, de 1.854 toneladas a 11.960; la importación de huevos, de 20 toneladas en 1918 subió a 8.023 en 1928; y así, sucesivamente, una enorme cantidad de alimentos que tuvimos o tenemos necesidad de importar; todo lo cual está proclamando a gritos la absoluta falta de dirección económica del país en esa época, cuando con muy poco esfuerzo podríamos haber producido en casa e incluso exportar, según lo estamos haciendo actualmente con algunos de esos renglones, como el aceite.

Bastaría para ello, según se hace ahora, orientar concretamente al agro argentino para obtener todos los alimentos que necesita el país, robusteciendo al mismo tiempo la familia campesina, la cual, según lo demuestra la historia, es la que suele conservar las más sólidas virtudes de una raza.

El déficit de producción y el déficit de consumo de alimentos protectores, indispensables para una dieta racional, han existido siempre en nuestro país y en épocas anteriores a la actual han sido seguramente mayores. Pero el pueblo no pudo advertir esos déficit de alimentos, por la sencilla razón de que no poseía los medios económicos suficientes para hacerse de ellos. Hoy el panorama ha cambiado. Al elevarse el standard de vida de toda la población, y especialmente de la más necesitada, por obra del gobierno, al aparecer en el medio argentino, y a todo lo ancho de la patria, el "consumidor solvente", la mayoría de nuestra población puede procurarse cierto tipo de alimentos que antes sólo estaban reservados para los ricos. Pero la nueva demanda sin el aumento correlativo de la producción, nos enfrenta a un verdadero encarecimiento de los alimentos protectores, cuyo precio

—descartada la especulación— tenía que elevarse, lógicamente, a cifras jamás cotizadas en la República. Lo que ya debe preverse, y con tiempo, es que la campaña de educación alimentaria en la que pondremos todo nuestro esfuerzo, aumentará mucho más el consumo de tales alimentos. Ha de tocar al Ministerio de Agricultura de la Nación activar su producción y al de Industria y Comercio ajustar los precios y vigilar y perseguir inexorablemente a los intermediarios y a los especuladores, a quienes, dijo el general Perón, “habría que cortarles las manos, como hacían los pueblos de la antigüedad con los ladrones”.

Señores: la República Argentina, durante un largo siglo, ha sido un arcaico país, maravilloso productor de materias primas alimentarias para otros pueblos. Recibimos siempre interesados calificativos encomiásticos, y nos contentamos, y se contentaron nuestros antecesores, con el rendimiento de la producción básica, menospreciando otras producciones tan indispensables para la economía individual y colectiva de los argentinos y de todos los que conviven con nosotros. Se crearon así fenómenos verdaderos, de toda índole, reflejados sobre la misma soberanía de la Nación y el bienestar del pueblo y el destino de los argentinos. Es cierto: aquí jamás se ha padecido el hambre, el hambre pavoroso que ha asolado a otros países. Pero tampoco puede afirmarse, sin mengua de la verdad, que la situación de nuestro pueblo fuera envidiable.

Porque la patria ha atravesado largas décadas o ciclos de crisis y penurias económicas agudas; porque entregamos, enajenamos mejor dicho, nuestra producción, a precios poco remuneradores, como no lo fueran para los clásicos intermediarios de todos conocidos; porque hemos dejado malograrse cosechas enteras por no encontrar quienes se las llevaran sin sujetarse a un control internacional inflexible; porque hemos estado a merced de países industriales poderosos, que en trances de apremio nos brindaban anticipos, préstamos y empréstitos, dejándonos hipotecados medio siglo.

No fuimos, no, no fuimos nunca una “have not countries”, pero nuestro pobre pueblo sufrió como si fuera realmente un desposeído, como si no hubiera trabajado de sol a sol, sin compensación justa, y no hubiera producido lo suficiente para alimentar a varios países juntos, al mismo tiempo y durante muchos años.

La última guerra ha sido mucho más destructora que la de 1914; la devastación ha resultado más intensa, y en cuatro años de paz, de esta paz insegura, el mundo aún no se ha repuesto, ni ha logrado reorganizar su economía fundamental. La inestabilidad política, el desacuerdo entre pueblos, o, más propiamente dicho, entre gobiernos casi omnipotentes, retarda y retardará aún por largo tiempo la producción de tipo pacífico, esa que ofrece las solas garantías de bienestar a los hombres y elimina los fantasmas del Apocalipsis. ¿A qué repetir lo que ya se sabe? La verdad es que en el mundo entero, la tierra nutricia, antes cuidada, ahora amenaza con su rápido agotamiento: que faltan abonos; que escasea la maquinaria; que los materias extractivas padecen de la carencia de obreros; que el comercio internacional hállese desquiciado; que no sobran los medios de transporte, destruidos por millones y millones de toneladas en la contienda; y, en fin, que las restricciones y cupos, que implantan los gobiernos, impiden

entre los diversos países un racional intercambio de sus respectivas producciones.

Y bien, señores; en contraste manifiesto con esta caótica situación del mundo de la postguerra, nuestra Nación, que está en el mundo y no en los espacios siderales, que tiene relación con todos los problemas de la tierra y no del ámbito de las estrellas, que no puede eludir, porque eso es imposible, los ramalazos de locura y de errores de otras naciones, en contraste con ello, nuestra Nación ha desatado sus yugos y proclamado, en la palabra y los hechos, su independencia política, su justicialismo y su soberanía en todos los órdenes de la vivencia nacional.

Hoy somos, por obra del general Perón, económicamente independientes. Por primera vez en la historia —y con la fuerza moral necesaria—, los argentinos podemos ejercer el derecho de poner a nuestro servicio, nuestra propia producción; podemos controlar y disfrutar sin retaceos de las materias primas extraídas del fondo generoso de la tierra fecunda, de sus mieses, de sus huertas, de sus ganados, de sus plantaciones inmensas, en fin.

En otros términos, los argentinos podemos gozar de la nueva libertad que consiste en reservar los mejores alimentos, primero para nuestros hijos, para nuestras familias, hasta hace poco expoliadas y subalimentadas, y remitir luego al exterior tan sólo nuestros excedentes. Es decir, hemos logrado la meta propuesta: gobernarnos, hacer y deshacer en nuestra propia casa, sin mentores, sin consejeros officiosos, sin dejarnos engañar por cantos de sirena que hoy nos suenan a graznidos. Queremos para nuestro pueblo el mayor vigor, la más recia fortaleza, la más alta dignidad física y espiritual. Este es el objetivo de toda la política alimentaria argentina preconizada por el general Perón, y en la que estamos solidariamente empeñados en Salud Pública.

Nota de la Redacción: Los valores referentes a la situación alimentaria de la población en ese momento, no tienen vigencia para el momento actual, ya que, por ejemplo, el consumo de proteínas se ha reducido —debido al desgobierno de los últimos dieciocho años— de 130 kilogramos anuales per capita a 90. Esta cifra, que se acerca más a la necesidad higiénica global de carne (73 kilogramos anuales per capita) en ningún modo significa un mejoramiento racional del consumo de proteínas, dado que la disminución se produce especialmente a expensas de los sectores de menores ingresos que, en consecuencia, recurren a los hidratos de carbono y grasas, más baratos, con el consiguiente aumento de los índices de desnutrición y de enfermedades carenciales. Pero más allá de los datos y de los problemas relativos a la situación de ese momento, el trabajo del Dr. Carrillo conserva absoluta vigencia en cuanto a su concepción doctrinaria y a sus propuestas políticas: la situación alimentaria actual —sin pretender formular una comparación lineal— tiene, en muchos aspectos, grandes similitudes con la que encontró el gobierno que asumió el poder en 1946.

Los estudios ecológicos en el proceso de Reconstrucción y Liberación Nacional

Benito Fernández

Discurso pronunciado por el Gobernador de la Provincia del Chubut, *Dr. Benito Fernández*, en la 3ª Reunión Argentina de Ecología, organizada por la Asociación Argentina de Ecología y la Asociación Geográfica de la Patagonia y patrocinada por la Comisión Nacional de Estudios Geoheliográficos y que tuvo lugar en Puerto Madryn, Prov. del Chubut, del 7 al 13 de abril de 1974.

Antes de entrar en la materia que motiva esta exposición, desearía referirme, sucintamente, a la tesitura que nuestro país, a través de la expresión del entonces y actual Señor Presidente de la Nación, Tte. General Perón, ha venido sosteniendo, precisamente, en referencia a la problemática ecológica y del Medio Humano.

Cuando aún no se habían presentado, en su real crudeza, las graves carencias que hoy afectan al género humano, nuestro país asumió entonces el liderazgo de los movimientos proteccionistas sobre la tierra, la flora y la fauna del planeta, que desembocaron en la recién formada institución de las Naciones Unidas. Sucedió eso en 1950; es decir, hace casi 25 años.

En base a una filosofía política revolucionaria y propia, el Gobierno del Gral. Perón, ya advertía, en el seno de dicha organización, sobre el uso abusivo y descontrolado de los recursos, alentando, con su aporte humano, científico y material, las tareas de investigación que hoy, a un cuarto de siglo, nos vemos obligados a reemprender aceleradamente al haber hecho caso omiso de esas prevenciones las grandes potencias industriales, empeñadas por aquella época, en una carrera armamentista sin precedentes en la historia humana, y cuyo andar nefasto exigió la extracción desmesurada de recursos naturales de lenta o imposible reposición.

En estos últimos 25 años, la Tierra ha llegado a poblarse hasta alcanzar 3.500 millones de habitantes, de los cuales un 50 % carece de alimentos en cantidad y calidad suficientes para proveerlos de un mínimo de 3.000 calorías diarias. La degradación del suelo, la contaminación de las aguas fluviales, lacustres y marítimas, alcanza hoy niveles peligrosos en todo el

Hemisferio Norte, y muchas de las grandes ciudades industriales sufren las consecuencias funestas de la polución atmosférica.

El exceso en el uso de fuentes de emisión de ondas de todo tipo —radiales, sonoras, calóricas, e incluso atómicas —, afecta paulatinamente a todas las formas de vida, modificando seriamente el comportamiento biológico.

Dijo el Tte. Gral. Perón, en una conferencia pronunciada el 6 de noviembre pasado: *“Nosotros pensamos que este es un problema que no puede escapar a ningún hombre en la tierra. Entendemos, además, que el problema de la superpoblación y superindustrialización ha de gravitar sobre la comida y la materia prima, hecho que se verá agravado por el despilfarro que el mundo tecnológico moderno está haciendo, con respecto a los medios naturales de subsistencia. Asimismo, estimamos que el mundo ha de ponerse de acuerdo rápidamente para encontrar una solución geopolítica, en lo que se refiere a ese gravísimo problema de la superpoblación y superindustrialización del año 2.000”*.

Lo expuesto nos está indicando un pensamiento afín, en este momento, a una realidad universal. Y, por otra parte, nos demuestra una concepción prognóstica ya comprobada por esa realidad.

La biósfera y el crecimiento

Sabemos que la evolución del hombre, como especie dominante en la economía terrestre, fue determinada, precisamente, por las condiciones que esa economía biológica engendra en el transcurso de millones de años. Y, al mismo tiempo, conocemos las modificaciones que el accionar humano ha introducido en el Medio, desde el momento en que, de fenómeno zoológico, éste se transforma en fenómeno cultural.

Actualmente estamos frente a una profundización global de la acción directa del hombre sobre la naturaleza, y ello impone un cuidadoso análisis de los innumerables factores que, encadenados entre sí, e interactuantes con el universo de la materia, pueden decidir la supresión de la especie humana, como tal, y, por supuesto, acompañada por otras especies altamente evolucionadas como ella; o, peor aún, a la eliminación del factor vital del planeta que hoy sustenta un número aún indeterminado de formas de vida en el seno de la biósfera.

Para proceder a ese análisis, de importancia fundamental, para nuestro presente y nuestro futuro, hemos de tomar conciencia, también, de los factores sociales y políticos que actúan junto a los de orden económico y biológico en el entorno de la realidad mundial.

Porque parcializar, bajo premisas —aparentemente respetables— un enfoque en el que están en juego los principios liberadores de los pueblos en vías de crecimiento, sería tan suicida para estos pueblos como es, para los ya totalmente desarrollados, continuar mal aprovechando recursos que no son, a estas alturas, pertenencia de unos pocos, sino patrimonio de la humanidad en su conjunto...

En los últimos años, y cada vez con mayor persistencia, ha cobrado cuerpo una concepción neo-malthusiana, indicativa de un profundo cambio estructural en el mundo super-industrializado. Es perceptible cómo, a partir de

la disminución de las tierras de cultivo y de los niveles de extracción de materias primas esenciales para el funcionamiento de los grandes imperios industriales, los estados que los sustentan proceden a persuadir a la humanidad en su conjunto, de que estamos al borde de la extinción, y que debemos reducir, tanto como los índices de crecimiento demográfico, los valores de producción de nuestras propias industrias.

En 1968, para ser más explícito el club de Roma, verdadero “colegio invisible”, al decir de su director, el industrial y economista italiano Aurelio Peccei, produce con la colaboración del famoso Instituto Tecnológico de Massachusetts, un modelo de estudio sobre la realidad ecológica a nivel planetario, conocido luego como “*Los límites del crecimiento*”.

Este estudio, dirigido por el profesor Dennis Meadows, intentaba desentrañar la dinámica probable de la situación mundial, prestando especial atención a los problemas que plantea una estrategia de transición entre el actual crecimiento en escala global y un equilibrio dinámico del planeta.

Para su ejecución, fueron adoptadas las técnicas de la “dinámica de sistemas”, del profesor Jay Forrester, y se utilizó una computadora para elaborar un modelo de las fuerzas complejas y de acción recíproca que afectan a la Humanidad y al Medio, introduciendo al mismo tiempo unas cuantas variables que influyen en el crecimiento. Seguidamente procedieron a efectuar una serie de proyecciones respecto a las probabilidades de supervivencia de la Humanidad en el futuro. Y su conclusión fue que todas las proyecciones basadas en el desarrollo, conducen a una catástrofe.

Evidentemente, en la óptica, aparentemente objetiva, del enfoque, la única posibilidad que resta a la especie es la de interrumpir el crecimiento económico basado en la extracción y transformación de recursos naturales, y en el cese, liso y llano, de la aplicación de nuestras tecnologías de sustitución. Ello significaría, además, controlar rígidamente el crecimiento de la población a través de medidas compulsivas; y, por otra parte, distribuir arbitrariamente los productos alimenticios y manufacturados, atendiéndonos a ciertos principios económicos que, afortunadamente para el mundo, hoy están en vías de extinción.

¿Es posible que la desaprensión del Hombre lo haya llevado a negar a sus propios hijos el derecho a la vida, al sustento, al albergue, a la educación?

¿Será verdad que, para asegurar su propia existencia, el Hombre deba renegar de su descendencia, aniquilándola en germen?

Nos resistimos a creerlo. Y encontramos en Estocolmo, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, en el verano europeo de 1972, una esperanza, y, a la vez, una afirmación de fé en esta Tierra que tanto nos ha dado.

Y que mucho más podrá brindarnos si, como estamos comprendiendo todos los días, somos sabios y prudentes, y aprendemos a cuidarla, para que no se consuma tempranamente en una suicida política de negación de la vida...

No podemos dejar de plantearnos, tampoco, si el debate actual sobre el Medio Humano, con la pasión, las proporciones y la originalidad que revisite, no se asemeja a un cuestionamiento en profundo sobre antiguas segu-

ridades y convicciones, y que irrumpe en nuestra historia proveyéndonos de un nuevo factor desencadenante de cambios viscerales.

Al revisar nuestras nociones sobre las tremendas paradojas que este tiempo entraña, encontramos obvio el concluir en que conformaríamos una monstruosidad social y psicológica si no logramos hacer de esta época una era de discusión e investigación profunda, apasionada y comprometida.

Porque antes de llegar a ella, y la historia de la humanidad lo evidencia, hubimos de recorrer, un período de preparación larvada, sacudido a intervalos por el estallido de la pasión multitudinaria y subconciente de las civilizaciones.

Y despertamos en un presente que, en los últimos años, expone el brutal aceleramiento del conocimiento y de la técnica, y se ahoga aparentemente, al intentar sus primeros pasos hacia un destino superior, ya en la esfera de lo gnoseológico, como expresara Teilhard de Chardin.

Esta paradoja, trágica y desafiante a la vez, reside, sin duda alguna, en los límites de la propia conciencia humana, obnubilada por el egoísmo de quienes resisten aún al despertar colectivo de la especie. Y aquí están los verdaderos límites que la humanidad tiene para desarrollarse en plenitud y trascender en su destino.

Decía Josué de Castro, que “el desarrollo es la primera causa de la contaminación”. Y coincidimos plenamente con su posición, ya que consideramos al medio en que el hombre vive y trabaja, como algo más que el conjunto de elementos materiales que, al interferirse continuamente los unos con los otros, configuran los mosaicos formativos de los paisajes geográficos. Son también parte integrante del Medio Humano, las formas de las estructuras económicas y de las estructuras mentales de los grupos humanos que habitan los diferentes espacios terrestres.

El análisis que hagamos del Medio será correcto, en la medida en que abarque tanto el impacto del hombre y su cultura sobre los restantes elementos del entorno, como el impacto de los factores ambientales sobre la vida del grupo humano considerado como totalidad.

El uso práctico de una conceptualización de esta índole, a la vez que más vasta y, por sobre todo, más objetiva, proviene, pues, de una cosmovisión revolucionaria y enriquecedora, que concibe al Medio como sistema de relaciones mutuas entre los seres vivos y su contorno natural, social y cultural. Y resulta, por ende, más provechosa a los fines de una mayor justicia, que aquella otra concepción que lo fija en una mecánica meramente biológica como fin en sí mismo.

Tan falsa como esta limitada visión de la vida, es el concepto de desarrollo, evaluado únicamente en función de la expansión de la riqueza material y, por ende, del crecimiento económico.

Todo desarrollo de esta índole implica, también, cambios sucesivos y profundos, que acompañan inevitablemente a las transformaciones tecnológicas del entorno natural. El concepto de desarrollo no es meramente cuantitativo, sino que comprende aspectos cualitativos de los grupos humanos a los que concierne.

Crecer es una cosa; y desarrollarse, otra.

Crece, en líneas generales, resulta fácil. En cambio, desarrollarse equilibradamente, resulta mucho más difícil y complejo. Y tanto, que ningún país del mundo lo ha logrado aún.

Desde esta perspectiva, es que podríamos decir que el mundo entero continúa estando subdesarrollado.

Crecimiento y ecología

Volvemos a coincidir con Josué de Castro al señalar que “está de moda en la actualidad, hablar de los efectos nocivos que el crecimiento económico produce sobre el medio, sobre los componentes del Medio natural”.

Sin embargo, lo habitual es referirse únicamente a aquellos efectos que no son, ni con mucho, los más amenazadores para el futuro de la humanidad. Oímos voces que alertan contra el crecimiento de la población, y no vacilan en condenarlo; que claman por la contaminación del aire, de los ríos y de los mares; que exponen la degradación del patrimonio animal y vegetal de las regiones más desarrolladas del mundo; pero todo esto no hace sino revelar una visión limitativa del problema, ya que el clamor se refiere únicamente a los efectos directos de la expansión económica, mientras deja en un cono de sombra y reduce al silencio, la insidiosa acción indirecta del desarrollo sobre la totalidad de los grupos humanos, cuando es evidente que esta acción indirecta es más determinante que la acción directa.

Un primer y grave error podemos cometerlo al extraer la falsa conclusión, derivada de una visión parcial del problema, de que los primeros efectos de la contaminación aparecen sobre los países ricos como consecuencia del crecimiento económico y la industrialización.

La realidad es diferente: los primeros y más graves efectos del desarrollo, se han manifestado, precisamente, en aquellas regiones que todavía están económicamente postergadas, y económicamente subdesarrolladas o dependientes, y que, básicamente, ayer nomás fueron colonias.

El subdesarrollo y la dependencia que aún reina en estas regiones, es el primer producto del desarrollo desequilibrado del mundo, y ello representa un tipo de contaminación humana localizado en algunos sectores abusivamente explotados por las grandes potencias industriales de la Tierra.

En la mencionada reunión de Estocolmo, los científicos jóvenes de nuestros países del Tercer Mundo, han puesto en evidencia la realidad de un desequilibrio que se ha manifestado en detrimento de los países en vías de crecimiento, casi todos ellos del Hemisferio Sur, y afirmaron, unánimemente, que el crecimiento de la población no es la causa única —ni siquiera la principal— de la crisis del Medio, sino que ella debe atribuirse a factores económicos y políticos, en especial y particularmente, a la importancia del creciente y desmesurado consumo en el mundo desarrollado, y de los sistemas imperialistas que lo sustentan.

Es evidente que el tratamiento de la cuestión ecológica, abordado con una concepción universal, desborda los límites puramente técnicos, para entrar a considerar la totalidad de la problemática de supervivencia y equilibrio

que hoy, indudablemente, y reafirmando lo dicho por el Sr. Tte. Gral. Pe-rón, no puede dejar a ningún hombre indiferente sobre la Tierra.

Ecología y liberación

Es innegable que, en el proceso de Liberación en que nuestro Pueblo está empeñado, los estudios sobre el Medio y las conclusiones que, tras de ellos, se logren, han de acelerar la marcha de dicho proceso.

Pero no es menos cierto que también hemos de efectuarlos sobre las bases de una ética y una moral revolucionarias, que sustenten la labor científica, comprometiéndola a producir los grandes cambios que la realidad nacional y el Tercer Mundo aguardan de ella. Junto a la pura y cristalina especulación cerebral, debemos poner el impulso generoso de un corazón abierto.

El hombre de ciencia, como el dirigente político, como el trabajador, como el campesino, deben conducirse por esta difícil senda que la historia nos ha determinado, con los ojos puestos en la redención de la especie, que hemos de alcanzar a través de la Justicia, en el pleno ejercicio de la libertad.

Somos concientes que hoy, como nunca, nuestro compromiso para con la especie, y los pueblos del mundo que la conforman, se amalgama con el conocimiento profundo y acabado de la realidad cósmica que nos trasciende.

Y que ese conocimiento pasa por la conciencia del científico, imprimiéndole un carácter, a la par que señalándole un destino. Y ese destino, que también es el del hombre público, del trabajador, del campesino, será realidad en la medida en que su mensaje y su pensamiento estén encarnados en las soluciones que el Pueblo le demande.

Pienso que, fundamentalmente, el hombre avanza rezagado detrás de su propia obra. Y en gran medida, ello se debe a que hemos trastocado los valores relativos al fin y a los medios...

La ciencia y la técnica han dejado de ser medios o simples herramientas en manos de la humanidad, para transformarse en el fin de un perfeccionismo enloquecido y carente de sentido. La claridad del lenguaje con que el sabio de otras épocas explicaba una concepción del Universo, ha sido reemplazada por un idioma críptico, solamente al alcance de especialistas, que parcializan cotidianamente, aún más las porciones de Verdad que tienen en la mente o al alcance de las manos.

Pensamos con toda humildad, que es importante revertir este otro proceso contaminatorio. Y hacer que el Pueblo recobre, como pedían los jóvenes científicos tercermundistas en Estocolmo, su confianza en la ciencia, para que pueda ser capaz de compartir estrechamente las ideas científicas.

Así reintegraremos una comunidad de metas y esfuerzos. Así podremos compartir nuestra labor, hoy disociada, y a veces, infecunda.

Y el contacto estrecho, no solamente de intereses comunes, sino de perspectivas comunes, logrará hacer de nuestra Tierra un lugar habitable, no sólo en lo ecológico, sino también en lo social y cultural.

En reiteradas oportunidades el Gobierno ha expuesto su criterio con res-

pecto al uso del Medio ambiente que el Hombre debe, necesariamente, realizar para alcanzar su plenitud, como ser social.

Y este criterio se basa, por encima de toda otra circunstancia, en los principios que hacen a la Justicia Social, que no habremos de lograr sin Independencia Económica y Soberanía Política.

Para alcanzar estos tres objetivos fundamentales en el Gobierno del Pueblo, es menester proceder al desarrollo equilibrado de los diversos factores que intervienen en la producción y el consumo, que, desde siempre, hemos estado dispuestos a ponerlos al servicio del Hombre.

Ello significará, necesariamente, actuar sobre la Naturaleza y sus recursos. Actuar en profundo y extensamente. Como nos lo está exigiendo la realidad social y económica de nuestro país y de nuestra provincia.

Y como nos lo está determinando, además, nuestra condición soberana de hombres libres.

Lo haremos con decisión, pero al mismo tiempo, hemos de tomar los recaudos que, para preservación de este suelo generoso, nos indiquen, quienes como ustedes, tienen esa misión.

Nuestra obligación, como administradores del patrimonio común, consiste en atender, especialmente, a las razones que harán que ese patrimonio satisfaga, con equidad y suficiencia, las racionales demandas de las generaciones presentes y por venir. Y que permitan no solamente la preservación de la tierra y de sus bienes, sino que, además, sirvan para sustentar al mayor número posible de seres humanos, ya que está en nuestra obligación y en nuestra conciencia, revertir la tremenda e insoslayable injusticia que el hambre representa.

Aceptamos con responsabilidad y sensatez, todo aquello que la ciencia nos facilite para preservar el Medio Humano de la voracidad y egoísmo de algunos sectores enceguecidos por su afán mercantilista.

Pero no podemos aceptar, precisamente por nuestra filosofía humanista y nuestro credo político, el paternalismo tecnológico o la seudoeficiencia científica, que intentan detener, por todos los medios, el justo camino de nuestros pueblos hacia la concreción de su propio lugar en el concierto de los países autosuficientes.

No expresamos esto impulsados por un chauvinismo trasnochado ni estamos imbuídos de un nihilismo suicida. Por el contrario, estamos absolutamente persuadidos de estar luchando, despiertos y vigilantes, contra algunas de las trampas que hoy los imperialismos de todo signo orquestan de consuno, tratando de sostener posiciones que los hombres verdaderamente libres ya consideramos derrotadas.

Si bien estamos convencidos que los actuales sistemas motrices del crecimiento no son los óptimos, también estamos convencidos —y por eso trabajamos—, que es menester modificar sus causas primigenias, es decir, el ciego afán de lucro, la prevalencia de minorías sectorizadas sobre la sociedad, el consumismo a ultranza, el despilfarro de materias primas.

Para modificar esta realidad, que hemos recibido como herencia, tenemos una doctrina clara y una perspectiva inmensa... Y sabemos también

que, a pesar de lo enorme de la tarea de Liberación que nos hemos propuesto, la hemos de lograr, porque —y es esta una constante histórica—, los triunfos de esta naturaleza solamente son capaces de producirlos los pueblos que pueden engendrar un ideal redentor que abrace a la humanidad en su conjunto.

Ya, afortunadamente, los hombres estamos dejando de hablar de países. Estamos aprendiendo a hablar de la Tierra.

Poco a poco vamos borrando tanto las fronteras políticas como las del pensamiento. Y ello es bueno, y es así, porque nos estamos integrando. Nos estamos conociendo.

Porque junto con los productos que de un continente viajan a otro, viajan también las ideas, los conceptos, las grandes líneas del pensamiento filosófico... Y estamos adquiriendo, insensiblemente, una cultura que nos abraza a todos. Y comprendemos que, básicamente, las necesidades y los pesares del hombre, son iguales, en todo el ámbito de la Tierra.

En este planeta que se empequeñece, no creemos ser los hombres una enfermedad incurable para la Naturaleza. Pensamos, antes bien, que hay hombres enfermos y una naturaleza que merece ser renovada...

Por ello, las grandes soluciones que la especie espera en su conjunto, provendrán de hombres moralmente sanos, comprometidos totalmente con los Pueblos a los que pertenezcan, como parte medular de la raíz de una causa universal y redentora. Esos hombres están aquí. Son los obreros, los campesinos, los mineros, los pescadores... Sois vosotros, los hombres de ciencia surgidos de nuestro Pueblo, y Pueblo mismo, los llamados a redimir, con vuestro trabajo silencioso y justiciero, una realidad que nosotros encontraríamos injusta, y que por todos los medios trataremos de modificar...

Tenemos una responsabilidad compartida. Todos debemos estar comprometidos a ejecutar, con absoluta honestidad, la parte que nos corresponda en este esfuerzo multitudinario. Solamente así, podemos estar orgullosos de cumplir nuestro destino.

Para nosotros, los que orgullosamente provenimos del Justicialismo, este destino tiene un guía esclarecido, que a través de un cuarto de siglo, viene bregando sin descanso, por una tarea de integración que se basa en el respeto mutuo, en la solidaridad humana, en la aplicación de la igualdad y la fraternidad entre los pueblos. Su ideal está absolutamente enraizado a este ideal de un mundo limpio y una naturaleza sana, que hoy nos mueve a la acción sobre el Medio Humano.

Es el Presidente de los Argentinos, en cuyo corazón, y en el de su Pueblo, hemos de encontrar la inspiración y la fortaleza que nos ayuden a concretar el viejo sueño humano de “un lugar en paz, bajo el cielo de todos los hombres”.

Teología de la liberación: su profundización a partir de la experiencia peronista

Ernesto López Rosas

Hacer una profundización desde la experiencia peronista, de la “teología de la liberación” es una tarea difícil y que escapa a los límites de un artículo. Por una parte no se han sacado todavía todas las consecuencias posibles de la inmensa labor doctrinaria llevada a cabo por el General Perón y el Movimiento Justicialista. Por otro lado, la teología hecha desde Latinoamérica ha dado aportes innegables al progreso teológico y tiene ya su carta de ciudadanía en el pensamiento cristiano. Son muchos los autores que han escrito sobre el tema y por esto se impone empezar por los más significativos y de un modo bien concreto. Por esta razón hemos elegido una obra, tan solo un libro, que por la repercusión que ha tenido en algunos ambientes cristianos, merece ser tratado con detenimiento. Nos referimos a la *Teología de la liberación*¹ de Gustavo Gutiérrez, que aunque publicado ya hace años goza de mucha actualidad. No es nuestro deseo que estas páginas sean utilizadas para desvalorizar un trabajo meritorio, pero también queremos abrir un espacio nuevo en una problemática polémica. Si bien reconocemos en Gutiérrez como en otros autores² el intento de hacer no tanto “un nuevo tema para la reflexión”, cuanto una “*nueva manera de hacer teología*” (p. 33), creemos sin embargo que no se llega a la cosa iberoamericana. En otras palabras, no se llega a aclarar suficientemente el lugar hermenéutico desde dónde se trabaja y por lo tanto todo el edificio cruje por los cimientos.³

En el libro de Gutiérrez hay un buen intento de síntesis teológica, amplísima bibliografía y una cualidad importantísima en esta clase de escritos que es la piedad. Por todas estas razones y por la amplia repercusión a la que aludimos arriba lo hemos elegido como tema de reflexión.

Nuestro punto de vista

El punto desde el cual criticamos es la *Doctrina Peronista*, que para nosotros es la síntesis verbalizada de la praxis de nuestro pueblo. Una praxis varias veces centenaria, que al cristalizar en el diálogo de un Líder con su pueblo patentiza una *razón superior* en el deseo popular: “Hemos dado una doctrina, que no hemos extraído de nosotros sino del pueblo. La doctrina peronista tiene esa virtud, que no es obra de nuestra inteligencia ni de nuestros sentimientos; es más bien una extracción popular; es decir que hemos realizado todo lo que el pueblo quería que se realizase y que hacía tiempo que no se ejecutaba. Nosotros no hemos sido nada más que los intérpretes de eso; lo hemos tomado y lo hemos ejecutado. Ahora, como los auditores de Alejandro, tienen que venir los que expliquen por qué hemos hecho eso: lo hemos hecho porque el pueblo lo quería, porque hay una razón superior en el deseo popular”.⁴

El peronismo no es solamente un cúmulo heroico de gestas por las que un pueblo cobra conciencia de su dignidad y que marca medio siglo de nuestra historia. Allí mismo hay un renacimiento filosófico con inmensas posibilidades teóricas. Porque “*el justicialismo es una nueva filosofía de la vida, simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humanista*” (verdad peronista 14). Es “nueva filosofía” porque arranca de lo hondo de nuestra historia de nación iberoamericana. Sus raíces están lejos, en la síntesis del español y del indio, del criollo y del inmigrante: es nueva porque ha sabido asumir la vejez de su propia historia. Es “filosofía de la vida” porque privilegia el corazón sobre el cerebro y pretende reflejar la síntesis cotidiana que hace el hombre común entre pensamiento y acción, entre idea y realidad, materia y espíritu, tiempo y eternidad; síntesis que supone una entrega cariñosa a la misma vida y a una causa. Por eso es una filosofía “simple”, no para círculos esotéricos, y puede ser entendida por todos porque antes ha sido sentida por muchos. “Práctica”, porque privilegia la ética a la noética: “No diremos que somos realistas; diremos más bien, justicialistas, es decir, nos basamos en la justicia aunque esta no sea la realidad. Por eso negamos llamarnos realistas, ni positivistas, ni con esas otras denominaciones que a veces se usan. Lo justo es justo; es lo único que sabemos y tratamos de hacerlo”.⁵ “Popular”, porque tiene como principal norma de conocimiento el sentir del pueblo. Es una filosofía que ha brotado del pueblo y va para su propio beneficio.⁶ “Profundamente cristiana” porque humildemente se considera una realización de las consecuencias humanas y sociales del Evangelio de Cristo. “Profundamente humanista” porque “nosotros pensamos que no hay nada superior al hombre, y en consecuencia nuestra doctrina se dedica al hombre individualmente considerado para hacer su felicidad y al hombre colectivamente tomado para hacer la grandeza y felicidad del país”.⁷

Por todo esto la *doctrina* no se impone a nadie, ni siquiera se la enseña; se la inculca y se la ama.⁸

Con lo dicho queda muy compendiosamente explicitado nuestro punto de vista. No es nuestra intención hacer una exposición de la *doctrina* sino aclarar brevemente el desde dónde de nuestra crítica al autor elegido. A lo largo de la exposición aparecerá más clara toda esta temática.

Presentación

Después de una breve introducción sumamente importante para entender el resto del libro, Gutiérrez ofrece trece capítulos divididos en cuatro partes. La primera parte, titulada *Teología y Liberación*, comprende los dos primeros capítulos. En ellos trata de clarificar la noción de teología que utilizará en adelante y de dar una aproximación a la inteligencia del término liberación. Después de hacer una crítica a las diferentes concepciones que generaron un modo distinto de hacer teología —teología como sabiduría, teología como saber racional— hace una descripción de la teología como reflexión crítica sobre la praxis. Este modo de hacer teología “supone y necesita los modos anteriores” (p. 31) (los niega y los supera) y sobre todo “nos dará”, tal vez, por una vía modesta, pero sólida y permanente, *la teología en perspectiva latinoamericana* que se desea y necesita. Y esto último no por un frívolo prurito de originalidad, sino por un elemental sentido de eficacia histórica, y también —¿por qué no decirlo?— por la voluntad de contribuir a la vida y reflexión de la comunidad cristiana universal” (p. 32).

Inmediatamente Gutiérrez describe la liberación por contraposición al desarrollo. La liberación es visualizada a tres niveles: la lucha de los pueblos contra la dependencia económica, social, política y cultural, el hombre que se va haciendo agente de su propio destino y la salvación que viene de Cristo. Los tres niveles forman un proceso único y se implican mutuamente. La segunda parte del libro se titula *Planteamiento del problema* y es donde pone Gutiérrez los fundamentos de su teología porque trata de actualizar la vieja pregunta sobre “qué relación hay entre la salvación y el proceso histórico de liberación del hombre” (p. 63), la relación entre lo divino y lo humano. Analiza en el capítulo cuarto las diferentes respuestas dadas históricamente: mentalidad de cristiandad, la nueva cristiandad y la distinción de planos, para concluir en el quinto con una crítica a la última postura.

La tercera parte —*La opción de la Iglesia Latinoamericana*— se divide a su vez en tres capítulos (sexto a noveno). El capítulo sexto está dedicado a un análisis del proceso de liberación en América Latina. En él se describe la nueva conciencia que el autor advierte de la realidad latinoamericana (el paso de la década del desarrollismo a la conciencia que genera el binomio dependencia-liberación) y también lo que caracteriza como movimiento de liberación latinoamericano. El capítulo séptimo —*La Iglesia en el proceso de liberación*— muestra tanto lo que el autor llama compromiso de los cristianos (laicos, sacerdotes, religiosos y obispos) como las declaraciones e intentos de reflexión que indicarían una nueva presencia de la Iglesia en América Latina. En el capítulo octavo, Gutiérrez presenta los problemas principales que a su entender va teniendo la Iglesia en esta nueva perspectiva: dicotomía entre fe y compromiso revolucionario, elaboración de una espiritualidad de la liberación, “diálogo con quienes desde otros horizontes, luchan por la liberación de estos pueblos oprimidos” (p. 70), división de la Iglesia, reforma o revolución, peso político de la Iglesia en el continente, necesidad de un cambio de imagen para conformar una “Iglesia pobre”.

La cuarta parte se titula *Perspectivas*, tiene dos secciones —*Fe y hombre nuevo y Comunidad cristiana y nueva sociedad*— y comprende el resto de los capítulos (del nueve al trece).

El capítulo noveno —*Liberación y salvación*— examina la centralidad de la salvación en el misterio cristiano, la unidad de la historia de salvación con la historia humana y la salvación que viene por Cristo.

El capítulo décimo —*Encuentro con Dios en la historia*— tiene tres subtemas: la humanidad templo de Dios, la conversión al prójimo y una espiritualidad de liberación.

El capítulo undécimo se titula *Escatología y política* y se tocan principalmente los temas de la esperanza (con una interesante crítica a los autores europeos que escribieron sobre tan importante asunto), de la dimensión política del evangelio y de lo que sería una utopía, fundada en los aportes de la fe cristiana. Con esto concluye la primera sección de esta cuarta parte.

En la segunda sección el autor trata el tema de la Iglesia como sacramento de la historia y sacramento universal de salvación y el de la pobreza como distintivo de la Iglesia de estos tiempos.

Historia y Bibliografía

No se puede negar que el intento de Gutiérrez es plantear los problemas teológicos desde Latinoamérica pero llama la atención que a lo largo de toda la obra no haya casi un solo dato de la historia de América. Hay ciertamente bastante sobre lo acaecido en los últimos años. Pero esto es historia reciente y las raíces de Iberoamérica van mucho más atrás. Pareciera —a riesgo de ser irónicos— que nuestra historia comienza con la toma del cuartel de Moncada, porque no se dice nada de Bolívar, Artigas, San Martín, Rosas, Solano López, Hidalgo, etc. Esto nos parece muy serio porque si urgimos la concepción que subyace en Gutiérrez sobre nuestro continente, resulta que su unidad es fruto de la dependencia y de la lucha contra esta dependencia. Como se ve, una definición muy negativa de América Latina que ciertamente no adquiere su unidad de la dependencia ancestral del imperio borbónico o del imperio inglés, o de los dos que sinarquizan actualmente, sino de un proyecto político común. Nuestra unidad está no sólo en la raza y en la lengua: *está en nuestro proyecto*. Nuestro proyecto nace muy atrás y hay gente que lo ha rastreado en la misma política de los Austrias que termina con el tratado de Utrecht.⁹ Pero aunque uno se resista a ir tan lejos, lo que resulta inadmisibile para visualizar cualquier situación actual es no nombrar siquiera el siglo XIX. Allí hubo conductores que al decidir sobre nuestra política expresaron toda una filosofía que constituye nuestro patrimonio cultural. Por todo esto no es posible afirmar sin más que “uno de los más grandes peligros que acechan, en efecto, en Latinoamérica, la construcción del socialismo —urgida por tareas inmediatas— es carecer de una teoría sólida y propia” (p. 120). Esto sin pasar todavía a la etapa presente, que trataremos más adelante.

Otro asunto interesante es la abundante bibliografía que contrasta netamente con el texto de José María Arguedas puesto como frontispicio. Aparte

de los autores latinoamericanos citados (indistintamente marxistas, promarxistas o cristianos) hay tantos autores europeos que uno no puede menos que preguntarse si la obra está dirigida al público de allá o al de acá. Evidentemente que no está mal hacer una crítica a la teología de la “civilización”, pero Gutiérrez no la hace desde la “barbarie” sino desde la misma “civilización”.¹⁰

Dependencia - Liberación

Estamos de acuerdo con el autor acerca de que “la noción de dependencia surge como un elemento clave para la interpretación de la realidad latinoamericana” (p. 107). Para nosotros es la contradicción principal. Pero por ser un asunto tan importante hay que matizarlo lo más correctamente que se pueda.

Historia

El primer “matiz” lo da la historia, porque de otra forma los conceptos resultan abstractos y no interesan a los pueblos. Lo podemos ver en algunos ejemplos. Aquí, en Argentina no tiene sentido decir “proletariado”, porque es un concepto correspondiente a otra praxis que la nuestra. Sí es un concepto histórico el de “descamisado” o “cabecita negra”, porque expresan la toma de conciencia de la dignidad de un pueblo. Aquí tuvo sentido gritar “Religión o muerte”, porque con esta bandera Quiroga luchó contra el imperio inglés (los “herejes”) que se quisieron robar el Famatina. En cambio decía poco en esa época la palabra “Constitución”, agitada por “los doctores del cuadernito”, porque significaba precisamente la sumisión a los ingleses. Aquí tuvo sentido decir “caudillo”, pero costó mucho decir “presidente”. Por eso cuando hablamos de “dependencia-liberación” tenemos que hacer al menos el esfuerzo de captar correctamente la fuerza del concepto.

Entre las pocas referencias que Gutiérrez hace a los orígenes de Iberoamérica, hace suya la frase de A. Quijano: “Las sociedades latinoamericanas ingresaron en la historia del desarrollo del sistema universal de interdependencia como sociedades dependientes a raíz de la colonización ibérica” (p. 106). Esto no es cierto y está ampliamente demostrado.¹¹ Si entendemos por colonia a la productora de materias primas en función de una metrópoli que proporciona a su vez manufacturas, esto no se dio en la época de los Austrias. Aunque lo hubieran querido no lo pudieron hacer porque España estaba muy débil militarmente y no tuvo más remedio que dejar crecer las industrias de estas tierras. Lo único que sí se llevó fue todo el metálico que pudo, pero estas tierras se abastecieron durante casi dos siglos de manufacturas propias. El proyecto colonizador comienza después de la guerra de sucesión, con los Borbones, y muchas veces no se puede llevar a cabo por la resistencia que opuso la gente de acá, acostumbrada a otro trato, porque habían nacido libres... De todas formas el proyecto colonizador se llevó a cabo desde ese entonces y los ingleses llevaron la ganancia. Pero no vamos a hacer una apología de España. Simplemente queremos hacer notar que hablar sin más de “colonización ibérica”

es injusto. Para las pruebas nos remitimos a la obra citada. El uso de conceptos sin su correspondiente calibre histórico puede dar lugar a abstracciones con consecuencias muy peligrosas para la especulación, como veremos después en el asunto relativo a la dependencia cultural.

Ciencias Sociales y Conductores Políticos

De todas maneras actualmente sí hay dependencia y la dominación va tomando diversas formas. Afirma Gutiérrez que “el estudio de la dinámica propia de la dependencia, de sus actuales modalidades y de sus consecuencias, es sin duda el mayor reto que afrontan las ciencias sociales en América Latina” (p. 107). Esto sería plenamente cierto si las ciencias sociales criticaran sus propios supuestos y se levantaran acogiendo la praxis de los pueblos, o sea sus luchas centenarias verbalizadas en las doctrinas nacionales. El problema ya ha sido tratado. La penetración real y superadora “en la dinámica propia de la dependencia” no es fundamentalmente competencia de los científicos sociales, sino de los políticos que actúan y piensan de acuerdo al viejo principio asumido en nuestros días por Perón: “la única verdad es la realidad.”

Basta hojear, por ejemplo, *La hora de los pueblos* para encontrar escritas muy concretamente cosas que mucha gente recién comienza a atisbar. Todo el capítulo tercero está dedicado a describir el *plan de penetración imperialista en Iberoamérica*: copamiento de los gobiernos, de las fuerzas armadas, de sectores económicos, de los sectores sindicales, de los sectores populares. *La integración latinoamericana* con su frase ya antológica: “el año 2000 nos va a sorprender unidos o dominados”, comprende todo el capítulo cuarto. Todo el libro está trasuntado de realidad, del drama que significa ser pueblos en lucha por su liberación, pero al mismo tiempo de confianza en el triunfo. Cuando Perón indica que “la historia de los pueblos, desde los fenicios hasta nuestros días, ha sido la lucha contra los imperialismos, pero el destino de esos imperialismos ha sido siempre el mismo, sucumbir”,¹² está señalando los límites reales de los imperios aparentemente fuertes. Esto no lo ve mucha gente que se autotitula “de izquierda” y viven alimentando su pesimismo porque creen que los imperios siempre tienen recursos para seguir dominando. Lo que les falta es realismo histórico para ver los grandes procesos de la historia. Para la lucha contra los imperios, Perón estableció desde el primer momento la *Tercera Posición*, con sus tres banderas de soberanía política, independencia económica y justicia social: “Hace veinte años el justicialismo había fijado ya estos objetivos y declarado ante el mundo su “Tercera Posición”, pero el mundo de entonces era aún incapaz de comprenderlo. Han sido necesarios estos veinte años de atropellos, en los que el imperialismo ha desmontado a casi todos los gobiernos legalmente constituidos para reemplazarlos por sus sirvientes, para que los patriotas de todos nuestros países comenzaran a comprender y actuar. Por eso hoy se lucha por la liberación tanto al este como al oeste de la famosa cortina y todos los que se empeñan por la liberación se sienten compañeros de lucha, poco importa a la ideología que los distingue, porque el tiempo y los sucesos van superando todas las ideologías: ¿acaso los Estados Unidos y la URSS hicieron cuestión ideológica en 1941

cuando se coaligaron para aniquilar a Alemania y a Italia, o cuando se repartieron el dominio y la explotación del mundo al terminar la Segunda Guerra Mundial?”¹³ Aquí se está señalando que la única posibilidad de vencer a los imperialismos es la unidad nacional o continental, fundada en el sentimiento de patria. Por esto afirma a continuación: “La fuerza del peronismo radica en gran parte en que constituye un gran movimiento nacional y no un partido político.”

Llama la atención que Gustavo Gutiérrez, en una obra que pretende arrancar de América Latina, no haga siquiera mención de ningún líder político, de ningún caudillo popular, presente o pasado, fuera de Fidel Castro. En el caso de Perón es explicable tal vez porque sus libros no fueron difundidos por dieciocho años de ausencia. Pero hay algo más profundo. Lo mismo le pasa a muchos intelectuales. El peligro de todo está en que si no tienen en cuenta a la gente que *hace* la historia, terminan después de largos trabajos descubriendo la pólvora. Tal el caso del binomio “dependencia-liberación” (esto ya se escuchó acá el 45 por los altavoces de la Plaza de Mayo), o del “Tercer Mundo”: “El justicialismo fijó como posición ideológica una “Tercera Posición”, convencido de que el camino del imperialismo capitalista conducía, en efecto, al imperialismo soviético. Después de veinte años parece que las dos terceras partes del mundo lo entienden así, lo que ha dado lugar a un enunciado de un ‘Tercer Mundo’ cuya posición es la misma que esbozó el justicialismo en 1945”.¹⁴ En el caso de los intelectuales cristianos, muchas veces no tienen en cuenta que la revolución no comenzó ni con Medellín ni con Fidel Castro.

Algunos sectores de Iglesia fomentaron, no hace demasiado tiempo, partidos políticos al margen de los movimientos nacionales, cuyo fracaso se ve actualmente.¹⁵ Los intelectuales cristianos muchas veces no tienen en cuenta esta historia y se creen “la voz de los sin voz”, sin admitir que los pueblos ya han gritado con voz propia en un momento en que ellos estaban sordos, porque los intelectuales recién están llegando a la revolución social.

“Populismo”

¿Por qué tantos olvidos de Gutiérrez? La razón más honda del olvido de los conductores políticos de América, fuera de Fidel Castro, es sin duda la calificación peyorativa de los por él llamados “diversas formas de populismo”, y que nosotros llamamos movimientos nacionales o populares. Afirma que perdieron su vigencia con la crisis desarrollista y opone a ellos “un intenso proceso de radicalización política”: “La crisis de la política desarrollista a que nos hemos referido, la aparición y el dominio creciente de las empresas multinacionales sobre la economía latinoamericana, y la entrada beligerante de las masas campesinas en el proceso político, hacen que las diversas formas de populismo pierdan —con fecha variable según los países— el liderazgo político que, de una manera u otra, detentaban hasta el momento. Después de una etapa de desconcierto se inicia una etapa de radicalización política” (p. 116). Lo mismo le pasa a mucha gente: confunden “radicalización” con revolución. La revolución la llevan los pueblos y no los grupitos “radicalizados”. Por esto es que Gutiérrez en ningún momento perfila un concepto adecuado de pueblo.

Pero para nosotros “*en esta tierra lo mejor que tenemos es el pueblo* (verdad peronista 20). Eva Perón dijo: “El hombre civilizado se diferencia del hombre salvaje en una cosa fundamental: el hombre salvaje no tiene conciencia de su dignidad de hombre; es como si no tuviese alma humana; no tiene personalidad. El hombre civilizado tiene conciencia de su dignidad, *sabe que tiene un alma superior* y sobre todas las cosas, *se siente hombre*. La misma relación podemos establecer entre la masa y el pueblo. Las masas no tienen conciencia colectiva, conciencia social; los pueblos son, en cambio, masas que han adquirido conciencia social. Es como si los pueblos tuviesen alma, y por eso mismo sienten y piensan, es decir tienen personalidad social y organización social”.¹⁶ Conciencia social, personalidad social y organización son las tres características que tiene un pueblo. Calificar de “populismo” y dedicarle diez líneas sin nombrarlo a un movimiento que ha generado tal expresión de su conciencia o es una injuria o es ignorancia. La organización libre del pueblo aquí no sólo ha sido predicada sino realizada y “sólo la organización vence al tiempo”.¹⁷

Marxismo

Uno se pregunta por qué la revolución cubana no es “populismo” y merece un elogio tal como el de ser *el* hito de la historia de América Latina: “En esto (en “el intenso proceso de radicalización política”) la revolución cubana ha cumplido un papel acelerador; ella —dejando de lado otros aspectos y matices— divide en un antes y un después la historia política y reciente de América Latina” (p. 116).

La explicación tal vez esté al comienzo del libro, donde si bien el autor no se declara marxista, preconiza un diálogo a lo Garaudy, muy interesante en Europa, pero que aquí no tiene vigencia más que en algunos pequeños grupos de cristianos. Al señalar la función de la teología “como reflexión crítica sobre la praxis”, destaco el siguiente párrafo: “A esto se añade la influencia del *pensamiento marxista* centrado en la praxis, dirigido a la transformación del mundo. Tiene sus inicios a mediados del siglo pasado, pero su gravitación se ha acentuado en el clima cultural de los últimos tiempos. Son muchos los que piensan, por eso, con Sartre, que “el marxismo, como marco formal de todo pensamiento filosófico hoy, no es superable”. Sea como fuere, de hecho, la teología contemporánea se halla en insoslayable y fecundo diálogo con el marxismo. Y es en gran parte estimulado por él que, apelando a sus fuentes, el pensamiento teológico se orienta hacia una reflexión sobre el sentido de la transformación de este mundo y sobre la acción del hombre en la historia” (p. 26).

No vamos a hacer una crítica al marxismo. Baste decir que para nosotros es un nuevo iluminismo. Puede ser que en Cuba ande y ayude a la liberación nacional, pero aquí no funciona. Aquí los marxistas siempre estuvieron contra el país, aliados con el anti-pueblo (la izquierda cipaya) y aún cuando se acercan con buena voluntad (izquierda nacional) uno no puede evitar la sensación de encontrarse frente a gente que todavía se empeña en adaptar la cabeza al sombrero. Por todo esto Evita afirma: “No podremos olvidar jamás que se aliaron para vender la Patria, para

entregar el patrimonio nacional. Esto es más comprensible, porque no podemos olvidar que tanto los socialistas como los comunistas son internacionales y *no les puede interesar lo que para los argentinos y sobre todo para los peronistas es tan sagrado: la Patria*".¹⁸

Todo esto está dicho muy sencillito, pero marca lo que para nosotros es la contradicción principal: la nación, la patria, contra el imperio de dos cabezas. El criterio que utiliza Evita en su crítica al marxismo es la *sensibilidad popular*. Desde allí elabora sus argumentos. Conviene destacar toda la página: "La doctrina de Marx es, por otra parte, contraria a los sentimientos del pueblo, sentimientos profundamente humanos. Niega el sentimiento religioso y la existencia de Dios. *Podrá el clericalismo ser impopular, pero nada más popular que el sentimiento religioso y la idea de Dios*. El marxismo es, además, materialista, y esto también lo hace impopular. El marxismo es extraordinariamente materialista. Por otra parte es impopular porque suprime el derecho de propiedad, tan profundamente humano... Ustedes pueden comprobar a cada momento que los comunistas no son hombres constructivos; son personas que todo lo niegan; son extraordinariamente demagógicos, porque no tienen responsabilidad y porque jamás piensan en cumplir con sus promesas: prometen y prometen sólo para destruir. "Luego vendrán quienes construyan".¹⁹

Como decíamos, no nos interesa aquí hacer una crítica al marxismo.²⁰ Son ideas que nunca tuvieron demasiado arraigo en los trabajadores, columna vertebral de la Nación. Algunos intelectuales de clase media admiran a Fidel. En buena hora. Pero no somos "populismo", somos pueblo.

Dependencia Cultural

Según Gutiérrez, la dependencia económico-política tiene como secuela una dependencia cultural. La diferencia entre los países desarrollados y nosotros se va acentuando tanto —dice siguiendo a Salazar Bondy— que "de seguir las cosas así, pronto podrá hablarse de dos grupos humanos, de dos tipos de hombre" (p. 111).

No negamos una *presión* cultural sobre lo nuestro. Basta ver el desprecio olímpico de lo nacional por parte de ciertos intelectuales. Perón denunció hace poco que "se ha intentado destruir al hombre argentino". Lo que no podemos admitir es ser tan pobres que el imperio haya descubierto siempre la forma de engañarnos y que se nos califique de neoantropoides cuando aquí hay una mística y una doctrina superior a la que pueden tener los imperios decadentes: "El justicialismo es una nueva filosofía de la vida, simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humana". Todo esto es para nosotros un modo de ser, un modo de vivir y de morir, que si bien puede sufrir presiones cada vez se manifiesta y se afirma mejor. Rescatamos lo mejor de nuestra tradición española y americana, cosa que difícilmente haga un no cristiano por simple ley de condicionamientos históricos. Por esto Evita ha dicho: "Nosotros no solamente hemos visto en Cristo a Dios, sino que también hemos admirado en él a un hombre. Amamos a Cristo no sólo porque es Dios; lo amamos porque dejó en el mundo algo que será eterno, el amor entre los hombres".²¹ "Nosotros los peronistas concebimos el cristianismo prác-

tico y no teórico. Por eso nosotros hemos creado una doctrina que es práctica y no solamente teórica. Yo muchas veces me he dicho, viendo la grandeza extraordinaria de la doctrina de Perón: *Cómo no ha de ser maravillosa si es nada menos que una idea de Dios realizada por un hombre. ¿Y en qué reside? En realizarla como Dios la quiso. Y en esto reside su grandeza: realizarla con los humildes y entre los humildes*".²²

Defendemos nuestra originalidad cultural y rechazamos que se nos califique de tener "conciencia ingenua", como aparece en el libro que discutimos cuando el autor asume, si bien 'con ciertos límites' la terminología de Paulo Freire al que elogia sin retaceos (pp. 122-123). Aquí hay otra conciencia que no necesita de una vanguardia esclarecida que venga a "concientizar", para poder así "extroyectar" la conciencia opresora que supuestamente tenemos adentro, porque nosotros funcionamos como pueblo organizado, con una especie de alma común, con una conciencia social y tenemos nuestra personalidad.

El gran descubrimiento que han hecho muchos grupos cristianos de nuestro medio en los últimos años es la obra de Paulo Freire. No negamos la probidad de dicho autor, pero nos parece que tales grupos están encandilados con algo que aquí no funciona, porque ya hay una "conciencia crítica" tan urticante que por no ser manejable fácilmente es tildada por las pseudovanguardias "radicalizadas" de reformismo o burocracia, mientras que hace algunos años era calificada por los gorilas de "aluvión zoológico".

Oprimidos, Ética y Política

Ya son conocidas las denuncias denominadas "proféticas" que los grupos cristianos hacen en América Latina contra "la violencia institucionalizada". Gutiérrez da un buen panorama de este verdadero movimiento eclesial en el capítulo dedicado a *La Iglesia en el proceso de liberación*. Hay allí una amplia documentación de las producciones de este tipo. Al final del capítulo propone un interesante análisis de las constantes de estos documentos: a) denuncia de las injusticias sociales, b) exigencia de una evangelización concientizadora, c) la pobreza como signo en el que busca expresarse la Iglesia Latinoamericana. El autor interpreta finalmente que "en la forma de tratar los temas evocados, hay una evolución que evidencia una *radicalización creciente*, una toma de posición, que aunque tiene todavía un gran trecho por recorrer, se va desprendiendo de ciertas ambigüedades e ingenuidades" (p. 164).

Sería injusto negar tanto la buena voluntad de los que produjeron tales documentos como la eficacia que a veces han tenido tales denuncias, pero por lo que conocemos aquí y por lo que trasunta la conclusión de Gutiérrez, no podemos dejar de hacer ciertas apreciaciones.

"La denuncia de las injusticias sociales es ciertamente la línea de fuerza más constante en los textos de la Iglesia Latinoamericana. Es que ella es una forma de expresar el propósito de desolidarizarse del orden injusto que vivimos hoy. "En el momento en que un sistema deja de asegurar el bien común en beneficio del interés de unos cuantos, la Iglesia debe no

solamente denunciar la injusticia, sino además separarse del sistema iniquo” (citado del *Mensaje de Obispos del Tercer Mundo*). La denuncia de la injusticia, implica que se rechace la utilización del cristianismo para legitimar el orden establecido; implica también de hecho que la Iglesia entra en conflicto con quienes detentan el poder. Lleva finalmente a plantearse la separación de la Iglesia y el Estado...” (pp. 156-157).

Todo esto está muy bien porque indica una preocupación de la Iglesia que tiende a configurarla más con las consecuencias de la fe. Todas estas denuncias tienen como constante un gran *interés ético*, profundamente evangélico. Lo que no siempre tienen o han tenido es viabilidad política y “la política es el arte de lo posible”. Esto es muy serio porque lo que logran a veces los grupos cristianos es una acentuación rígida de los conflictos y la guerra no es siempre la mejor solución, es simplemente “la continuación de la política por otros medios”,²³ es un medio, no un fin.

Con la ética solamente no se va a ninguna parte. Si aquí en Argentina hiciéramos caso a los guerrilleros (que curiosamente muchos de ellos vienen de grupos cristianos de sectores medios) y empezáramos a atacar a todo lo que da a las empresas multinacionales o a los “burócratas”, el mejor resultado que nos podemos prometer es una guerra civil... para que después venga el imperio con un plan Marshall y no nos levantamos más, porque “después que uno está perdido no lo salvan ni los santos”.²⁴ A Chile le pasó algo de esto. Pero resulta que en política a veces hay que ceder y a veces perder. En política hay que “tratar de lograr al menos el cincuenta por ciento, cuidando que el mío sea el principal”.²⁵

No siempre el que calla otorga y si bien la denuncia profética es un buen medio para lograr cambios sociales, no es el único ni el principal, porque lo principal se juega siempre en el terreno de la negociación política del juego de fuerzas. No siempre hay que pegar, sino que “hay que pegar cuando duele y en el lugar que duele”.²⁶

No se puede negar en los grupos de Iglesia una buena dosis de mentalidad social. Pero no siempre tienen *sensibilidad popular*. No por casualidad los intelectuales cristianos suelen poner a los oprimidos como sujetos de la historia en nuestro continente. Unos oprimidos en tal estado de sometimiento que necesitan ser concientizados porque no tienen voz. No negamos farisaicamente que la cuña del imperio ha dejado así a muchos sectores, pero los sujetos de la historia son los pueblos sanos y fuertes que “raramente se equivocan”. El pueblo como tal no tiene conciencia de marginación. Los marginados son los grupos que lo pretenden concientizar. La pasión por los oprimidos es de una gran altura ética, pero si no se dialectiza con “las diferentes formas de populismo” nunca va a aprender política que es donde la ética se hace posible.

Una de las consecuencias de la mentalidad eticista que describimos es no aceptar términos medios. No se pueden hacer alianzas tácticas. O todo o nada. Si Perón hace un pacto con Frondizi, es desarrollista. Si lo consulta a Balbín, está siendo envuelto por los radicales. Tampoco. Si Isabelita va a Pekín, es comunista. No. Uno puede hacer alianzas y mantener la propia individualidad.

ver el comienzo, el medio y el final de la inspiración, para ver si es buena o maligna “*sub angelo lucis*”. En general los comienzos de las denuncias proféticas son buenos (ética cristiana), pero al faltar la mediación de la viabilidad política muchas veces confunden todo y logran un resultado contrario al querido.

La ética concebida tan rígidamente lleva a acentuar siempre y en todo lugar las contradicciones y a confundirlas entre sí. Si se ve una injusticia se la denuncia sin calibrar si hay medios para lograr los fines pretendidos, la pérdida de fuerzas en contradicciones secundarias hace perder de vista el principal conflicto. El peronismo no obra así. No acentúa rígidamente las contradicciones sino que las *encuadra*. Encuadrar una contradicción significa sentirla, jerarquizarla, distinguirla, y de allí en adelante utilizar gran variedad de caminos para resolverla. Así por ejemplo la guerra contra el imperio no la hacemos con sangre sino con tiempo. A mayor cantidad de sangre, menos tiempo, y al revés. Es que el enemigo es muy fuerte para caerle con todo. Hay que esperar negociando lo posible. Llevamos las de ganar hasta ahora por la superioridad de nuestra conciencia y de nuestras gestas. Los eticistas exagerados, aquí secuestran a los agentes de las empresas multinacionales que siempre tienen repuesto. No ganan nada. Lo grande es la guerra que conduce lentamente Perón.

El desde dónde de la crítica

Gutiérrez pretende hacer teología como reflexión crítica sobre la praxis, pero para hacer una buena crítica hay que tener un buen punto de partida y no lo tiene. Por la bibliografía latinoamericana que cita podemos afirmar que confunde la praxis de nuestros pueblos con la de los grupos así llamados “radicalizados”. Todo esto lo lleva a criticar muchas cosas, a olvidar otras y a plantear problemas que aquí no tienen sentido.

Pero para entender esto vamos a poner un ejemplo. Después de hacer una minuciosa exposición de la “*teología política*” de Metz hace una crítica a dicho autor que se puede resumir en los siguientes puntos (pp. 276-284): a) No cala hondo en la situación de dependencia e injusticia en que se encuentra la mayor parte de la humanidad. b) Por lo cual no ha revisado bien ciertos supuestos de su pensamiento: “los análisis de la teología política ganarían mucho... con el aporte de las ciencias sociales. Y también con la contribución de ciertos aspectos del marxismo que a pesar de (o a causa de ?) la mediación del pensamiento de Bloch, no parecen ser suficientemente conocidos y asimilados” (p. 283). c) No se ha desprendido totalmente de la teología de la secularización. d) Da por supuesta la realidad de la secularización y de la privatización de la fe, siendo que “la fe, el evangelio, la Iglesia, tienen, en América Latina, una compleja dimensión pública, que ha jugado (y juega todavía) en favor del orden establecido, aunque hoy en día parece empezar —con consecuencias imprevisibles— a retirarle su apoyo”.

A nosotros nos parece que se le escapa un punto fundamental y es la fascinación de Metz (junto con otros teólogos europeos) por la Ilustración, o sea, el punto de partida mismo de las reflexiones del autor que critica: “Metz parte de lo que considera una nueva manera de concebir *lo político*.”

Se trata del proceso de emancipación y autonomía del terreno político que llega a la madurez con la Ilustración (Aufklärung). A partir de la Ilustración el orden político aparece como un orden de libertad. Las estructuras políticas ya no son dadas previamente a la libertad del hombre, sino que son realidades basadas en la libertad, asumidas y modificadas por el hombre. La historia política es, en adelante, la historia de la libertad” (p. 276). Para nosotros, en cambio, la libertad que “el hombre” adquiere en la Ilustración es la libertad del burgués europeo para dominar a estas tierras mediante la consolidación de un fuerte estado en el Centro. La historia de la libertad es la nuestra, con Hernandarias, Bolívar, Rosas, Perón y mucha gente más: los pueblos. Gutiérrez no puede hacer esta crítica a Metz porque no le interesa la mediación de la historia ni de los “populismos” para hacer su teología, sino que va a las ciencias sociales y al marxismo, ambos instrumentos del sistema. Curiosamente, y esto en varios lugares del libro, hay páginas y páginas sobre problemas que nuestro pueblo cristiano no tiene y que es ocioso volver sobre ellos. Por ejemplo, la polémica de Bloch y Moltmann o el asunto de la secularización.

La Iglesia en el proceso de Liberación

En el capítulo octavo, Gutiérrez plantea los diferentes problemas teológico-pastorales suscitados a raíz del cambio de postura de la Iglesia en el continente. Son problemas reales y el autor los enuncia con toda honestidad. Vamos a proponer un tratamiento distinto de los mismos desde nuestra propia óptica.

Como presupuesto fundamental dejemos sentado que ningún sector de Iglesia puede tener proyecto propio. Aquí el proyecto político lo llevan los pueblos. Muchos cristianos, anota el autor, “comienzan a ser considerados como subversivos y a sufrir incluso dura represión” (p. 166). Esto es buen signo o puede serlo, pero hay que matizar las cosas. Muchos cristianos sufren persecución por la justicia y por su compromiso con el pueblo. Es cierto. Pero hay otros, cristianos también, que sufren persecución por sus propias imprudencias, por no saber mediatizar la ética en política, por creerse vanguardias con derecho a comandar un movimiento al que recién llegaron, en el fondo, por tener un proyecto propio, alternativo, distinto al del pueblo organizado. Aquí se da el caso de algunos sectores guerrilleros o políticos que cuando sufran la represión del pueblo no podrán invocar el nombre de cristianos, porque sufren por otra cosa. Y los pueblos cuando se enojan “hacen tronar el escarmiento”.²⁷

De todas formas las contradicciones son reales en algunos grupos y conviene examinarlas una por una.

a) *Dicotomía entre la fe y el compromiso revolucionario.* Es comprensible que quienes no tienen fe en el pueblo ni en sus líderes tengan problemas con Dios. Es el problema de las vanguardias esclarecidas. Si a todo esto se le unen teorías sobre la alienación, la introyección del opresor, “la voz de los sin voz”, tenemos la quiebra del militante. Lo único que cohesiona es el pueblo. Y nuestro pueblo no es alienado. Es sano. Ama a Dios y ama a Perón. No los confunde. Los quiere. Rechaza al marxismo no sólo porque los marxistas estuvieron siempre en la vereda de enfrente, sino

porque es abstracto y no le interesa. Nos interesa el cariño del gobernante bueno. El pueblo no se apura, tiene sus tiempos, como Dios, también es lento y acompasado. La impaciencia es típica de los “revolucionarios” de sectores medios. Pero el pueblo tiene sus organizaciones libres y fuertes. Confía en su conductor. El militante de los sectores medios tiene que hacerse pueblo y querer lo que el pueblo quiere. Tiene que quererlo a Perón y no decir cosas como que “la revolución pasa por el peronismo”, porque eso es oportunismo. *“El justicialismo es esencialmente popular. Todo círculo político es antipopular, y por tanto, no es justicialista”*. (verdad peronista 2).

b) *“Urge la elaboración de una espiritualidad de liberación. Pero en América Latina aquellos que han optado por participar, en la forma que hemos tratado de reseñar en las páginas anteriores, en el proceso de liberación, constituyen, en cierto modo, una primera generación cristiana. En muchos aspectos de la vida actual, no tienen detrás de ellos una tradición teológica y espiritual. Ellos mismos la están forjando”* (p. 169). Y así les está yendo. No son una primera generación cristiana ni “en cierto modo”. Son a lo más una vanguardia que se desayuna a los postres que aquí había ya una revolución. Porque llegaron tarde quieren ser mártires, pero *“el justicialismo anhela la unidad nacional y no la lucha. Desea héroes pero no mártires”* (verdad peronista 11). Es muy presuntuoso creerse la “primera generación cristiana” cuando aquí hubo un Quiroga, cuando aquí Evita realizó la ayuda social, cuando aquí hay un pueblo cristiano que hace una revolución inédita en forma pacífica: *“los dos brazos del justicialismo son la Justicia Social y la Ayuda Social. Con ellos damos al pueblo un abrazo de justicia y de amor”*.

c) “Debemos aprender a vivir la paz en el conflicto, lo definitivo en lo histórico” dado que “el momento histórico que atraviesa América Latina es profundamente conflictual”. Esto el pueblo ya lo sabe. Los que lo tienen que aprender son los sectores medios “de vanguardia”. ¿Qué significan dieciocho años de silencio y de lucha esperando a su líder ¿No es esto sabiduría política? ¿Qué significa no querer lograrlo todo de golpe sino saber encontrar la paz en el conflicto? ¿Qué significa olvidar agravios antiguos sino privilegiar la unidad nacional al sector? Esta sabiduría viene de la dignidad que da el trabajo. Los sectores medios se van acercando. Los grupos cristianos no tienen que confundir sus propias contradicciones, por haber llegado tarde a la revolución, con el proceso real de resistencia al imperio que no empezó en Cuba, sino cuando nacieron estos pueblos como pueblos.

d) “Ante el proceso de liberación, la Iglesia Latinoamericana se halla fuertemente *dividida*. Presente en una sociedad capitalista, en la que una clase se enfrenta a otra, la Iglesia... no puede escapar ni pretende escapar... a la división profunda que separa a los hombres que acoge dentro de ella” (p. 170). Pero el problema de la Iglesia no es tanto su división interna, como no haberse encontrado desde adentro con su pueblo. Algunos dirigentes de Iglesia participan de las contradicciones de los sectores medios. O están con el orden establecido o son “revolucionarios” a ultranza. Pero hay también otros que tratan de querer a su pueblo y querer lo que el pueblo quiere. Es tal vez la única forma de ir superando esta con-

tradición. Así no quedará el pueblo abandonado de pastores religiosos, ni de conducción política porque ya la tiene. En la entrevista que mantuvo el general Perón con los integrantes del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, uno de los presentes le preguntó sobre el papel del cura en el proceso político y le respondió entre otras cosas: "El sacerdote ha de acomodarse en su prédica a los esquemas y sistemas que funcionan, de otro modo estará siempre "fuera de onda". Un sacerdote reaccionario como ha habido muchos en la historia de la Iglesia, colocado ahora, bueno... no funciona, porque el pueblo lo abandona. Y su misión está precisamente en el pueblo. Si nos inspiramos en el Creador, que es Cristo, Cristo no fue nunca a los palacios, sino cuando lo llevaron preso. ¿Y dónde nos vamos a inspirar? Eso es lo que debemos hacer, y en esta nueva oportunidad en que el pueblo es proclive a eso, hay que llevarlo a la Iglesia. Pero no podemos llevarlo a empujones. Tiene que ir persuadido o no va. Esa es la misión del sacerdote como la veo yo".²⁸ La *comunidad organizada* implica que cada uno se encuadre en su puesto en la Nación. El sacerdote, sacerdote. No político ni tampoco capellán de palacio de los ricos. Cura. Así colaborará, en su puesto natural, a la unidad espiritual de la nación, condición importantísima para consolidar nuestra revolución. No hace falta que los curas prediquen a Perón en las iglesias. Hace falta que sientan a la Argentina como su propia carne.

e) "En América Latina, la Iglesia debe situarse en un continente en proceso revolucionario, en donde la violencia está presente de diferentes maneras... por o contra el sistema, o, más sutilmente, reforma o revolución... estar en el sistema sin ser del sistema" (p. 172).

Nosotros pensamos que la opción es falsa porque la revolución de América ha de ir por la *Tercera Posición*. Esto supone una revolución que la lleva la Nación entera y cada uno en su puesto. Los sectores eclesiásticos no pueden estar fuera de la Nación alimentando cuadros propios de derecha o izquierda porque se sectarizan. No pueden conducir el proceso político nacional porque no es su misión. Puede en cambio la Iglesia ayudar al pueblo para lograr la unidad espiritual de la Nación y esto sin dejar de ser fiel a sí misma, a su misión universal de llevar a los hombres a Cristo.

f) "¿Debe la Iglesia jugar su peso social en favor de la transformación social en América Latina?... No jugarla a favor de los oprimidos de América es hacerlo en contra, y es difícil juzgar de antemano los límites de esa acción" (pp. 172-173).

Sí debe jugar su peso político, pero por los pueblos. Y aquí no importa tanto la finalidad sino los medios que se utilicen, porque no cualquier medio respeta los ideales de un pueblo. Si ciertos sectores de Iglesia protestan cuando les amenazan sus colegios o universidades, hay que sospechar si está defendiendo un feudo o los intereses grandes de la Nación. Si otros sectores se la pasan protestando por cualquier cosa, inflexiblemente, alentando grupos guerrilleros fuera de foco, también es malo porque subyace un proyecto propio. La Iglesia tiene de hecho un gran poder y ha de integrarlo a la comunidad (el poder de servir) para llegar así a "*la verdadera democracia que es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés: el del pueblo*" (verdad peronista 1).

Muchas veces para los autotitulados “grupos comprometidos” el pueblo es un convidado de piedra, sujeto a “ser concientizado”. Pero al pueblo se va a aprender, no a enseñar y mucho menos a proyectar los propios problemas de marginación. A esta gente el pueblo no les dice nada, pero les distingue muy bien.

g) La imagen que la Iglesia ofrece “no es la de una *Iglesia pobre...* No obstante las esperanzas despertadas por las opciones que recordamos, son muchos los cristianos en América Latina que las ven con gran escepticismo. Consideran que ellas llegan muy tarde, y que los verdaderos cambios en la Iglesia serán el resultado de las transformaciones sociales que experimenta el continente. Temen incluso —como muchos no cristianos— que los esfuerzos de la Iglesia Latinoamericana no hagan de ella sino el “Gatopardo” de la revolución latinoamericana” (p. 174).

Y no era de esperar otra cosa. Que los cambios de la Iglesia sean sólo el resultado de nuestras revoluciones *populares*, es lógico, porque no corresponde a la Iglesia ser sujeto de los cambios, ni siquiera manejarlos de lejos. La revolución la llevan los pueblos, con sus conductores, su doctrina, su organización y en la oportunidad necesaria.²⁹ El gatopardismo está en renunciar al poder de derecha y no renunciar al liderazgo de los grupúsculos “radicalizados”. El gatopardismo está en “ir a buscar los instrumentos a Europa” para “aplicarlos” aquí, ignorando olímpicamente que aquí hay algo más que Marx y que nuestra praxis es tremendamente superior porque es popular. Por esto junto con la pobreza está también la humildad, que San Ignacio pone como su consecuencia lógica. La humildad es que “ningún justicialista debe sentirse más de lo que es ni menos de lo que debe ser. Cuando un justicialista comienza a sentirse más de lo que es, comienza a convertirse en oligarca” (verdad peronista 7).

Fe, Utopía y Acción Política

Como conclusión del capítulo dedicado a *Escatología y Política*, Gutiérrez propone algunos aportes teológicos a la Utopía latinoamericana. Caracteriza a la utopía en general con tres notas: “su relación con la realidad histórica, su verificación en la praxis y su índole racional” (p. 297). La *relación a la realidad* histórica presente se desdobra —cita aquí a Freire— en denuncia y anuncio: denuncia del orden existente y anuncio de una nueva sociedad. “Entre la denuncia y el anuncio está, al decir de Freire, el tiempo de la construcción, de la *praxis* histórica. Es más, denuncia y anuncio sólo se pueden realizar *en la praxis*” (p. 299). La praxis verifica a la utopía. La tercera característica es ir fundando una nueva razón de las cosas. Dice, citando a P. Blanquart: “no es irracional sino respecto de un estado superado de la razón (la de los conservadores) ya que en realidad ella toma el relevo de la verdadera razón” (p. 299). “La fe y la acción política no entran en relación correcta y fecunda sino a través del proyecto de creación de un nuevo tipo de hombre en una sociedad distinta, a través de la utopía...” (p. 303).

Nosotros entendemos la cosa de otra manera y seguramente se nos dirá que lo nuestro es “ideología”, que “cumple espontáneamente una función de conservación del orden establecido”, “porque no supera el nivel de lo

empírico, de lo irracional” (p. 300). Para nosotros nuestra utopía es lograr “la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación”. Antes la felicidad del pueblo y después la grandeza de la Nación. Creemos tener alguna relación con la realidad histórica presente, porque enraizamos en lo nuestro, alguna verificación en la praxis porque nos movemos con el aval del alma colectiva de sentirnos pueblo, y alguna racionalidad porque hemos hecho estallar el proyecto de la razón liberal y de su excrecencia la razón marxista: “hay una razón superior en el deseo popular”. Pero además nuestra utopía es cariñosa y pretende unir pensamiento y corazón. Por eso anteponemos ante todo la felicidad del pueblo. Vencemos al capital no aniquilándolo sino humanizándolo, porque “*como doctrina económica, el justicialismo realiza la economía social, poniendo al capital al servicio de la economía y ésta al servicio del bienestar social*” (verdad peronista 16). Y porque nuestra utopía es cariñosa no espera el final de los tiempos para realizarse sino que se constituye *ya* en ayuda social, anticipando así la escatología. Esto lo comenzó a hacer Eva Perón con la ayuda social estableciendo un verdadero poder popular —el estado peronista en el llano— destinado a establecer *ya* el ideal justicialista de la felicidad del pueblo, porque “*como doctrina social el justicialismo realiza la justicia social, que da a cada persona su derecho en función social*” (verdad peronista 17). Nuestra utopía se constituye así en poder, pero no poder de los poderosos sino poder de servicio, un poder popular, porque “*constituimos un gobierno centralizado, un estado organizado y un pueblo libre*” (verdad peronista 19). Que aquí también hay pecado, es cierto. Pero al pecado hay que asumirlo y no ponerlo fuera. El pueblo cristiano es santo y pecador. Sus hombres también.

Teología de la Liberación

Consideramos que en el libro de Gutiérrez hay muchísimo material teológico muy valioso, como por ejemplo sus conclusiones sobre la Iglesia: “En América Latina el mundo en el que la comunidad cristiana debe vivir y celebrar su esperanza escatológica es el de la revolución social; su tarea se definirá frente a ella. Su fidelidad al evangelio no le deja otra alternativa: la Iglesia debe ser el signo visible del Señor en la aspiración por la liberación y en la lucha por una sociedad más humana y más justa. Sólo así la Iglesia hará creíble y eficaz el mensaje de amor de que es portadora” (p. 324). Pero la obra cruje por los cimientos de análisis de la realidad que no pueden ser las ciencias sociales mediatizadas en un marxismo de importación, sino la praxis de los pueblos cristalizada en las *doctrinas nacionales*. Ciertamente que aquí hay un nuevo modo de hacer teología. Gutiérrez, por su parte, se aparta de otros autores americanos que, por su marxismo vanguardista, en lugar de hacer teología de la liberación hacen un delirio teológico destinado a ser barrido en poco tiempo. Pero el trasfondo práctico de esta obra es la praxis de grupos cristianos llegados a América por Europa. Por eso sus reflexiones teológicas, muy valiosas y agudas, se desvirtúan por falta de base de sustentación. Así por ejemplo, todo el capítulo destinado a la salvación, donde se afirma la unidad de la historia y la tensión escatológica, estaría mejor aprovechado en un encuadre teórico real.

La teología de la liberación no la vamos a hacer sin aceptar de adentro los movimientos populares, su doctrina y sus líderes. Allí tenemos que perdernos para encontrarnos como Iglesia-pueblo de Dios. Nos ha dolido un poco tener que hacer estas reflexiones sobre el libro de un autor que no es de aquí. Pero como esta teología tiene vigencia en algunos grupos, lo hemos creído oportuno. Los cristianos de sectores medios tenemos que ubicarnos de una vez en el pueblo organizado, bajo una doctrina y un conductor: *“La historia ha mostrado muchas veces que los pueblos dan su vida más fácilmente por un hombre que por una doctrina. Cuando los cristianos morían cantando en las arenas del circo romano, brindaban su vida por una nueva doctrina, pero solamente se acordaban de Cristo”*. *“Porque los pueblos necesitan darse a un hombre más que a una idea... les resulta más fácil querer a un hombre que amar a una doctrina, porque los pueblos son puro corazón”*.³⁰

Notas

¹ Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación, Perspectiva*, CEP, Lima, 1971.

² Las así llamadas “teología del desarrollo”, “teología política”, “teología de la revolución”, que el autor discute en varias partes del libro.

³ Por esta razón no sólo hacemos una crítica desde un punto de vista bien determinado, sino que también la crítica nos inspira reflexiones por cuenta propia “a propósito de”. La obra de Gutiérrez es actual y tiene acogida en ciertos grupos cristianos de Argentina. Puede aparecer a simple vista injusto criticar a un autor peruano desde nuestra propia realidad, citando acontecimientos que él no vivió, incluso acontecimientos posteriores a la primera edición. Pero esta es la limitación de hacer teología desde tiempos y lugares bien determinados. Nuestra intención, aparte de discutir al autor, es apuntar a la mentalidad de muchos de sus lectores. No hemos podido abandonar cierto estilo polémico, pero esto es fruto de que están en juego cosas que sentimos y queremos mucho y a nuestro modo: la Iglesia y la Patria. Somos conscientes por último que algunos de nuestros argumentos no están elaborados, simplemente enunciados, pero también somos conscientes que hay detrás de nosotros un fuerte respaldo intelectual, de una obra hecha por otros y por Otro.

⁴ Juan D. Perón, *Discurso ante la Confederación Argentina de Intelectuales*, 1950.

⁵ *Ibidem*.

⁶ La *Doctrina* nació del diálogo entre Perón y su pueblo: “Durante casi dos años estuve persuadiendo, y como iba resolviendo parte de los problemas que me planteaba la gente que yo iba recibiendo, la gente fue creyendo no solamente por lo que yo decía, sino también por lo que hacía. Esa persuasión paulatina me dio a mí un predicamento político del que yo carecía anteriormente. Yo no tenía antes nada de eso dentro de la masa, pero lo fui obteniendo con mi trabajo de todos los días y *con una interpretación ajustada de lo que era el panorama de lo que esa gente quería y de lo que era*” (J. D. Perón, *Conducción política*, Ed. Freeland, Bs. Aires, 1972, p. 291). “La nueva doctrina peronista es una escuela, es un nuevo sistema, es un nuevo método que supera total y absolutamente todos los sistemas conocidos, desde el crudo capitalismo de derecha hasta el más crudo izquierdismo comunista. De toda esta gama de cuestiones yo no he encontrado a nadie que, por lo menos cuando actúa, pueda rebatirme las bases de la doctrina peronista; y yo, en cambio, he rebatido sistemáticamente las del capitalismo y las del comunismo, a los capitalistas y comunistas mismos. *Para mí esto es lo que debe llamarse el fondo del sentido popular de la conducción*” (Idem, p. 299).

⁷ Juan D. Perón, *Ante estudiantes brasileños, julio 1950*, citado en *Filosofía Peronista*, Freeland, Buenos Aires, 1973, p. 25.

⁸ “¿En qué consiste la organización espiritual? En la doctrina. Ahí radica todo, porque mediante la doctrina, todos pensamos de una manera similar, y de lo que se

trata, al inculcar la doctrina, es precisamente de llevar a los hombres a una concepción similar de la vida y de la acción en beneficio de la vida del movimiento. Por esta razón diferenciamos lo que es necesario *inculcar* para la conducción: *una doctrina*; lo que es necesario *enseñar*, una *teoría*; y lo que es necesario *dominar*, *las formas de ejecución*, es decir, la forma de ejecutar esa teoría que a su vez nace de la doctrina. La doctrina no solamente se enseña. La doctrina se inculca. No va dirigida al conocimiento sino que *va dirigida al alma de los hombres*. La doctrina no es suficiente conocerla; es necesario comprenderla y sentirla. Por esto se inculca. La teoría, que nace en sí de la doctrina, es suficiente aprenderla y conocerla; comprenderla porque va exclusivamente al conocimiento" (*Conducción política*, p. 66).

⁹ Cf., por ejemplo, la obra de José María Rosa: *Historia Argentina*, ed. Granda, Río de Janeiro, 1970. En el tomo I está ampliamente documentado el origen hispánico de nuestro proyecto nacional (americano), que tiene sus orígenes en la política seguida por los Austrias con estas tierras, interrumpida, por poner una fecha, en 1700 con la muerte de Carlos II y el crecimiento de Francia e Inglaterra.

¹⁰ La antinomia "civilización o barbarie", verbalizada magistralmente por Sarmiento es el resumen de todo nuestro conflicto cultural frente al proyecto colonizador de Europa que hace crisis en los dos últimos siglos por la resistencia de los movimientos populares. La antinomia no la inventó Sarmiento. Fue vivida por él y otros muchos "civilizados" o "gente decente" y también por los "bárbaros" o "gente baja". Ha dado pie en este siglo a una maravillosa labor de rescate de la mejor de nuestra cultura por una reivindicación de nuestra "barbarie". Mientras Europa, a partir del siglo XVI, privilegiaba los valores del cerebro, nosotros privilegiamos el corazón que sintetiza el pensamiento. Si integramos lo europeo es por la criba de lo nuestro. A Descartes y a Hegel los miramos desde nuestros filósofos-conductores: Artigas, Rosas, Perón... En su libro *Manual de Zonceras Argentinas* (Ed. Peña Lillo, Bs. As., 1972), Arturo Jauretche califica, "civilización o barbarie" como "madre de las zonceras argentinas", porque de ella nacieron los principios de la mentalidad colonial: "el mal que aqueja a la Argentina es la extensión", "libre navegación de los ríos", "la victoria no da derechos", "granero del mundo", "inferioridad del nativo", "gobernar es poblar", "política criolla-política científica", etc.

¹¹ Cf. José María Rosa, *op. cit.*

¹² J. D. Perón, *La hora de los pueblos*, Ed. Norte, Bs. Aires, 1968, p. 21.

¹³ Idem, pp. 22-23.

¹⁴ Idem, p. 128.

¹⁵ Cf. J. D. Perón, *La fuerza es el derecho de las bestias*, 1958, pp. 52-55.

¹⁶ Eva Perón, *Historia del peronismo*, Ed. Freeland, Bs. Aires, 1973, pp. 53-54.

¹⁷ Mensaje a los Gobernadores del 2/VIII/73.

¹⁸ *Historia del peronismo*, pp. 133-134.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 130-131.

²⁰ No es el objeto de este artículo. Nos interesa solamente señalar nuestras diferencias y la originalidad del pensamiento justicialista. La discusión en profundidad es objeto de otro estudio. Pero hemos destacado muy a propósito el *criterio* que utiliza Evita en su crítica; *la sensibilidad popular*, porque creemos que es la mejor base para cualquier elaboración ulterior. El peronismo ha encontrado prácticamente el modo de utilizar el capital en provecho del pueblo realizando principios como éste: "El capital tiene como principal objeto el bienestar social. En consecuencia debe estar al servicio de la economía y sus diversas formas de explotación no pueden afectar los fines de la utilidad pública o el interés general del pueblo argentino" (J. D. Perón, *Doctrina peronista*, Ed. Pueblo, Bs. Aires, 1971, p. 245). La lucha de clases no la resolvemos por un enfrentamiento destructivo de la Nación sino por el afianzamiento de las instituciones libres del pueblo, que son el *estado peronista* contradistinguido del estado liberal. De esta forma tiende a suprimirse la lucha de clases porque "no existe para el justicialista más que una sola clase de hombres: los que trabajan" (Verdad peronista 4). El trabajo es la única fuente de dignidad y por eso es un derecho. Es un deber porque cada uno tiene que producir por lo menos lo que consume (verdad peronista 5). Al sentar por un lado una fuerte organización popular y por otro ir realizando una igualación en base a estos principios de dignidad, el

peronismo va resolviendo este tipo de contradicciones secundarias.

²¹ *Historia del peronismo*, p. 45.

²² *Ibidem*, pp. 46-47.

²³ J. D. Perón, *Apuntes de Historia Militar*, Ed. Reconstrucción, Bs. Aires, 1973, p. 104. Intencionalmente citamos *Apuntes de Historia Militar* porque aquí Perón desarrolla toda su concepción de la guerra. A simple vista pareciera no haber relación entre estos apuntes destinados a los alumnos de la Escuela Superior de Guerra (primera edición en 1931) y la crítica que vamos haciendo a cierto tipo de denuncias del ámbito eclesial. Pero los *Apuntes* son obra de un político que privilegia siempre la multiplicidad de métodos de la *Conducción Política* en la cual termina encuadrando a la guerra. Cierta tipo de denuncias no dejan otra alternativa que la acentuación rígida de los conflictos que a veces son abordables por otra metodología. Haciendo los trasposos analógicos suficientes el "cristiano comprometido" de sectores medios puede encontrar en la concepción peronista una salida muy eficaz a sus más que justificados intereses éticos por el problema social.

²⁴ Eva Perón, *Por qué soy peronista*, p. 53. Con esta frase Eva Perón anatematizó a los políticos desplazados por la revolución peronista y a la oligarquía. No hacía sino afirmar la *inexorabilidad* de nuestro proceso. "El progreso social no debe mendigar ni asesinar, sino realizarse por la conciencia plena de su inexorabilidad" (J. D. Perón, *La comunidad organizada*, Ed. Pueblo, Bs. Aires, 1970, p. 12).

²⁵ "Algunos creen que gobernar o conducir es hacer siempre lo que uno quiere. Grave error. En el gobierno, para que uno pueda hacer el cincuenta por ciento de lo que quiere, ha de permitir que los demás hagan el otro cincuenta por ciento de lo que ellos quieren. Hay que tener habilidad para que el cincuenta por ciento que le toque a uno sea lo fundamental" (J. D. Perón, *Conducción política*, p. 36).

²⁶ *Idem*, p. 307.

²⁷ Cf., por ejemplo, el discurso del 21 de junio de 1973, al día siguiente del regreso definitivo. En una clara alusión a la guerrilla dice el general Perón: "A los enemigos, embozados, encubiertos o disimulados, les aconsejo que cesen en sus intentos, porque cuando los pueblos agotan su paciencia hacen tronar el escarmiento". Nótese que cuando Perón habla de pueblo siempre alude a la organización libre del mismo. Cuando amenaza a estos grupos aislados que pretenden llevar adelante su propio proyecto, la amenaza está avalada con el peso de la organización de los trabajadores —columna vertebral del movimiento— y de la Nación entera. "Quiero hacerles comprender que no se conduce ni lo inorgánico ni lo anárquico. Se conduce sólo lo orgánico y lo adoctrinado, lo que tiene una obediencia y una disciplina inteligente y una iniciativa que permite actuar a cada hombre en su propia conducción... Sin esa unidad de concepción y sin esa unidad de acción "ni el diablo puede conducir". Es decir, que en la conducción no es suficiente tener —como algunos creen— un conductor. No. (*Conducción política*, p. 32).

²⁸ 9 de diciembre de 1972, publicado por *Centro de Documentación CIAS*, N° 7.

²⁹ "Una revolución requiere *un partido revolucionario, jefes revolucionarios y mito revolucionario*, por un lado, y la *ocasión*, por el otro. Cuando falla alguno de estos elementos, el triunfo es poco menos que imposible. Marx y Engels tenían un pensamiento revolucionario, pero después de 1848 nunca tuvieron la posibilidad de estar en una barricada defendiendo sus ideas. Blanqui jamás pudo pasar de intentonas destinadas al fracaso. Bakunin y Mazzini tampoco lograron cristalizar en realizaciones su capacidad revolucionaria. A todos les faltó contar con alguno de los requisitos que producen el hecho de la insurrección triunfal. Nosotros tenemos el Jefe revolucionario y el mito revolucionario: Perón. A través de la unificación y de la labor organizativa estamos creando la fuerza revolucionaria. Después aprovecharemos la ocasión". Carta de Cooke a Perón del 14 de noviembre de 1957 en *Correspondencia Perón Cooke*, t. II, Edigraf, Buenos Aires, 1973, pp. 9-10. En la etapa actual nos atrevemos a reinterpretar que tenemos un jefe revolucionario. Perón. Un mito revolucionario: la Doctrina (porque Perón no es un mito sino realidad). Una organización no de partido sino que tiende a englobar la Nación entera, y que vamos aprovechando la ocasión.

³⁰ Eva Perón, *Historia del peronismo*, p. 11.

Este trabajo fue publicado también en la revista del Centro de Investigación y Acción Social (CIAS), Año 23, N° 231, abril de 1974. Su autor es miembro de la Compañía de Jesús y profesor en el Colegio del Salvador.

DOCUMENTOS

Que los niños argentinos aprendan a sonreír desde la infancia . . .

Eva Perón

Discurso pronunciado por la Señora Eva Perón, el 7 de junio de 1950, ante una concentración popular en la ciudad de Catamarca.

Mis queridos descamisados catamarqueños:

Con argentina emoción de peronista vengo a Cotamarca a traer un abrazo afectuoso del general Perón, que simbólicamente os estrecha contra su corazón. Vengo a Catamarca a traer dos obras para la niñez catamarqueña: el Hogar Presidente Perón y el hospital de Niños. Vengo a Catamarca a traer dos obras que no son de la señora de Perón, que son del general Perón, realizadas por orden del mismo y dirigidas especialmente por el Líder de la nacionalidad para el pueblo catamarqueño.

Porque esto es lo que el general Perón quiere para el país, para este país que él soñó y sueña y que es el país que está construyendo a pasos agigantados. El país que quiere el general Perón es el que está consolidando, venciendo día a día el agravio, venciendo día a día la obstrucción de los malvados, los ociosos y los rezagados del poder que no supieron retener ni enaltecer. Lucharemos para que en el norte argentino al que tanto debemos por sus luchas por la independencia política flo-

rezca la esperanza y florezca la sonrisa en los rostros de los descamisados, en quienes se apoya el general Perón. Porque a ellos es a quienes el general Perón les dedica sus fatigas y sus sueños de visionario; porque el presidente de los argentinos comprende que los trabajadores están forjando la grandeza de la patria y sabe que gracias al sacrificio y al valor de los descamisados, se está consolidando en nuestra patria una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.

Descamisados catamarqueños: yo sé que todavía hay muchos pobres, yo sé que todavía hay muchos tristes y muchos desamparados, pero pongo junto al alma de mi pueblo mi propio alma y os ofrezco mis sacrificios infatigables, que nada importan cuando se trata de mitigar el sufrimiento de los descamisados de la patria. Os ofrezco todos mis anhelos de argentina y de peronista.

Yo, que he vivido la revolución, que he vivido su ardua gestación y que he compartido el triunfo final del 17 de octubre de 1945, en mi condición de humilde mujer del pueblo, al lado del Líder de la nacionalidad y de los trabajadores de la patria, comprendo perfectamente el cariño entrañable que siente el general Perón por sus vanguardias descamisadas. Y tengo una fe tan inquebrantable en su obra de patriota, que nada me importaría morir en la lucha si fuera necesario por salvar la causa de Perón, que es la causa de la patria.

En la historia del país, por suerte, los luchadores siempre fueron los más y los rezagados los menos. Y el pueblo marchó a la zaga de las minorías acomodadas, desco-

razonado y sin fe, hasta que encontró un conductor capaz de canalizar sus energías y conducirlo por el camino de la felicidad común.

Por eso, porque nuestro pueblo es grande, porque nuestro pueblo en las horas inciertas comprendió la verdad argentina y puso su corazón, sus esfuerzos y sus esperanzas al lado del corazón del Líder de la nacionalidad, el general Perón, es que hoy vengo a ofrecer estos dos institutos que se sumarán al policlínico de bacilosos, que levantaremos aquí, en Catamarca, como un homenaje a este pueblo sacrificado y heroico, antes olvidado injustamente. Hoy gracias al general Perón, que lucha denodadamente por la felicidad de los 17 millones de argentinos, lograremos que la niñez argentina también se sienta orgullosa de haber nacido bajo el pabellón azul y blanco, porque el general Perón quiere que los niños de hoy, en el porvenir, puedan contar a sus hijos que el general Perón, el más grande de todos los argentinos, trabajó mucho para que la niñez argentina aprendiera a sonreír desde la infancia.

Yo, que he recorrido los caminos polvorientos de este noble y sufrido norte argentino, he visto a los niños, a los ancianos y a los trabajadores, levantar sus manos hacia este tren de esperanzas que traía el corazón de Perón, para decir al Norte Argentino que allí, en la Casa de Gobierno hay un hombre que lucha, que trabaja, que sueña y que está quemando su vida en aras de la felicidad de este pueblo argentino. Porque sabemos que luchamos por el ser o no ser de la Patria, todos los trabajadores hemos tomado nuestro puesto de combate al lado del

general Perón; porque sabemos que luchamos por la dignificación de nuestros hijos, por el honor de una bandera, por la felicidad de nuestro país, es que luchamos al lado del general Perón porque estábamos cansados de ver al pueblo sumergido y sufriendo en luchas estériles y fratricidas, durante los gobiernos sin patria y sin bandera.

Los descamisados argentinos, llenos de esperanza, levantamos los ojos hacia el general Perón.

Catamarqueños: Será porque quiero tanto al general Perón, porque siempre trato de comprenderlo, por lo que amo tanto al Norte Argentino. Quiero a los descamisados de este rincón de la Patria, porque son los más humildes y porque son los que más merecen el amor y el calor del general Perón.

He venido acortando kilómetros para traerlos la palabra de una mujer que os comprende, que os ama entrañablemente, que os lleva en lo más recóndito de su corazón; de una mujer que siente deseos de quemar su vida, si quemando su vida pudiera alumbrar el camino de la felicidad común. Vengo hasta Catamarca para traerlos no sólo la palabra de una amiga de luchas comunes, sino también el mensaje de amor del general Perón, que os comprende, que os ama y que trabaja incansablemente para salvarlos.

Agradezco emocionada al pueblo catamarqueño este apoteótico recibimiento que brinda a la más humilde colaboradora del general Perón. Lo acepto en nombre de la mujer argentina, de la mujer humilde de la Patria. Agradezco el cariño de las fuerzas trabajadoras, concentradas en la Confederación General del Trabajo, y

las palabras afectuosas, inmerecidas cuando se refieren a mi persona, del señor interventor, doctor Nazar, cuyos conceptos me conmovieron profundamente. Y agradezco muy especialmente a esos descamisados del norte catamarqueño, quienes anoche, alumbrándose con hogueras, me saludaban afectuosos con el pabellón de la Patria y el retrato del Líder de la nacionalidad.

Descamisados catamarqueños: me retiro de Catamarca, pero os dejo mi corazón, en esas dos obras que hoy se han inaugurado. Ved siempre en ellas al general Perón, quien os ha querido brindar todo su cariño en esos dos monumentos, levantados como testimonio de cómo manifiesta el general Perón el amor hacia sus descamisados: con obras dignas de los argentinos y dignas del pueblo trabajador.

Para nosotros no hay más que un líder: el general Perón. A mí, la más humilde colaboradora de este movimiento, déjenme la esperanza; la esperanza de verlos felices a todos ustedes, la esperanza de ver una niñez argentina feliz; la esperanza de ver dignificada la ancianidad; la esperanza de ver dignificados a los trabajadores

argentinos y la esperanza de que la doctrina peronista se consolide definitivamente para bien de su glorioso pueblo y de la Patria.

Por eso, al abandonar esta simpática y querido provincia, me voy con una profunda emoción de argentina y de peronista. Me retiro con la emoción que me ha causado un pueblo honrado y grande, que sin tener en cuenta distancias, llegó a saludarme, sin ver en mí a la esposa del presidente de los argentinos, sino a la compañera Evita, que así quiere que la llamen siempre, si ese Evita es pronunciado para calmar algún dolor en algún hogar humilde de la Patria.

He de volver a Buenos Aires con el corazón de Catamarca en mi corazón. Siempre he de trabajar y luchar por vosotros. Mis manos no se cansarán jamás de recoger vuestras esperanzas y ponerlas en las manos maravillosas del general Perón, para convertir los ensueños en realidades.

Catamarqueños: al dejaros con un abrazo afectuoso contra mi corazón, repito ante vosotros que mis tres amores más grandes son: los trabajadores, que son los descamisados argentinos, la Patria y Perón.

LATINOAMERICA

Texto de los mensajes intercambiados por el Presidente de la República Argentina, Tte. Gral. **Juan Domingo Perón** y el Primer Ministro de la República de Cuba, Comandante **Fidel Castro**, en oportunidad de la visita a Cuba de una misión argentina encabezada por el Ministro de Economía, José B. Gelbard, en febrero de 1974.

Estimado amigo:

Justamente hoy se cumplen 28 años del día en que asumí la Primera Magistratura del país, dando un paso en la evolución, con un Movimiento Revolucionario basado en la Justicia Social. Movimiento que perdura, puesto que nuevamente, pese a mis años, estamos firmes resolviendo el futuro de nuestra patria, buscando salvarla del desastre en que un desgobierno de dieciocho años la ha sumido.

Al frente de esta misión de amistad, les envío al amigo señor Gelbard, nuestro ministro de Economía, que tiene el encargo de darle un fuerte abrazo de mi parte, junto con mis saludos, y también testimonio del profundo agrado que sentimos por la apertura práctica entre nuestros Pueblos. En todas las clases de relaciones humanas, la verdadera fraternidad se demuestra no con palabras sino con hechos fehacientes. Nosotros los Justicialistas tenemos un aforismo que dice: 'Mejor que decir, es hacer; y mejor que prometer, es realizar.'

¡Cuba y Argentina lo están demostrando en la práctica!

Las Revoluciones no pueden ser idénticas en todos los países porque tampoco todos los países son iguales, ni todos los pueblos tienen la misma idiosincracia. Es preciso que cada uno actúe dentro de su soberanía con sus propios métodos.

Pero es indudable que la necesidad de una Unidad Latinoamericana será la única posibilidad de libertad real para nuestro Continente. A esa meta debemos concurrir todos de inmediato, para poder elevar nuestra voz con seguridad y respaldo en el seno de ese Tercer Mundo que garantizará nuestro desarrollo futuro y la libertad en lo económico, político y social.

Tanto usted amigo Fidel, como yo, llevamos muchos años de permanente lucha revolucionaria. Ello otorga una experiencia invaluable que es preciso transmitir a la juventud, para evitarle atrasos que se pagan siempre con dolor y sangre, inútilmente. La pujanza viril de la vida joven, para rendir verdaderos frutos a la Patria, debe ir acompañada de la cuota de sabiduría que otorga la experiencia.

La responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros no es ya la de realizar la Revolución que cada uno de nuestros ideales concibe como lo mejor para su Pueblo, sino enseñar a nuestros descendientes a consolidarla. Para ello tenemos dos caminos: Tiempo o Sangre.

Tiempo, sobra. La Historia nos enseña cómo los excesos vuelven finalmente a su cauce habitual.

Sangre, falta. Puesto que somos un Continente descapitalizado, que precisa su puesta en marcha

por medio de la Unidad Fraternal, donde los intereses individuales sean considerados y respetados, cuando los mismos no afecten o la Comunidad Latinoamericana; y en ese desarrollo necesitaremos aumentar el máximo los habitantes en el Continente.

¡En fin! Todo esto quiere decir que la tarea no se termina mientras una viva. Pero bien vale la pena vivir y morir por un ideal que trasciende a los Pueblos.

El señor Gelbard le contará como marchan nuestras cosas y confío en que todo marchará bien. Reciba un cordial saludo y mi afecto sincero.

¡Un gran abrazo!

Juan Domingo Perón

Excelentísimo Señor Presidente de la Nación Argentina, teniente general Juan Domingo Perón.

Estimado amigo:

Ha sido para mí extraordinariamente agradable recibir de manos del ministro doctor Gelbard su amistosa carta, redactada —como usted lo recuerda— en fecha grata y memorable para usted y su país, que coincide casualmente con una fecha muy venerada por los cubanos, el día del inicio de la última contienda por la independencia frente al poder español, el 24 de febrero de 1895.

Quisiera expresarle en cuanto apreciamos esta misión de amistad que ahora trabaja entre nosotros y el hecho de que a su frente venga el ministro doctor Gelbard, que tan importante papel ha jugado en el desarrollo de nuestras relaciones en cumplimiento de los principios por usted enunciados. Consideramos la visita importan-

te en sí misma, pero además no dejamos de ser sensibles al momento preciso en que se ha realizado y su coincidencia con la Reunión de Cancilleres de México, donde una vez más ha estado presente, como tema que entro en el debate aunque se le deje fuera del Orden del Día, el bloqueo económico a Cuba. No hay mejor respuesta latinoamericana para ese bloqueo que los acuerdos de la República Argentina con Cuba y la presencia en nuestro país de un grupo tan numeroso de argentinos, entre ellos hombres de negocios y empresarios, encabezados por su ministro de Economía.

Me complace manifestarle nuestra plena coincidencia con su criterio sobre la necesidad de una real unidad latinoamericana como la sola vía posible para la libertad completa de nuestros pueblos y para que América Latina juegue el papel que le corresponde en el mundo.

Siempre Cuba luchará por el logro de esa unidad, que concebimos, igual que usted, como una confluencia en que, por diversos caminos, países distintos, con diversa idiosincracia y actuando en el ejercicio de su soberanía y con sus propias concepciones, lleven a la práctica la Revolución. Cualquiera que fueren los métodos empleados y los puntos de partida diferentes, toda Revolución, al ser verdadera, estará encaminada a la liberación del hombre de todas las formas de explotación.

Deseo reiterarle una vez más lo mucho que valoramos los cubanos el gesto argentino de reanudar las relaciones diplomáticas y económicas con nuestro país. Lo primero significó una prueba verdadera de independencia y sobero-

nía política y un acto elementalmente justo. Lo segundo, unido a los créditos para la adquisición de equipos de producción argentina, un paso inteligente en lo político frente al imperialismo, que con brutal saña se empeña inútilmente en estrangular el desarrollo de Cuba. Sabemos muy bien, y agradecemos, que usted y el pueblo argentino condenaron siempre semejante crimen.

El amplio intercambio comercial iniciado será mutuamente beneficioso a nuestros pueblos. Las industrias y los trabajadores argentinos contarán con un nuevo y sólido mercado para sus magníficos productos. Durante 15 años hemos estado adquiriendo en mercados capitalistas, con los cuales no nos unen especiales vínculos económicos ni comunes intereses, cientos de millones de dólares en mercancías que habríamos podido obtener en la Argentina, lo que hubiera sido nuestra preferencia, pues la integración económica de los pueblos de América Latina es elemento imprescindible para la futura integración política por la cual es deber esencial y necesidad impostergable luchar.

Por nuestra parte, en la política comercial daremos toda la prefe-

rencia posible a los productos de la industria y la agricultura argentinas.

Es nuestra impresión que los miembros de la delegación argentina que nos visitan se han sentido satisfechos de sus contactos con nuestra patria. Nuestro pueblo y todos los compañeros del Gobierno han realizado el esfuerzo más fraternal y amistoso en atenderlos, y creemos que el encuentro tendrá resultados verdaderamente útiles.

Quienes nos bloquearon y agredieron encontraron siempre la resistencia y hostilidad más firme y resuelta de nuestro pueblo. A los gestos de amistad, en cambio, responderemos invariablemente con noble y sincera amistad.

Agradezco profundamente su magnífico obsequio.

Le deseo mucha salud y grandes éxitos en las enormes responsabilidades que pesan sobre sus hombros de conducir la nación argentina por los caminos difíciles, pero honrosos y heroicos, de la liberación.

Reciba, igualmente, un fuerte y amistoso abrazo.

Fidel Castro

HOMENAJE

Hechos e Ideas rinde homenaje, con la publicación de esta conferencia, a **Enrique Gastón Valente**, quien fuera el inspirador y ejecutor de los primeros tramos de la política de carnes del Gobierno del Pueblo.

La muerte que lo sorprendió en su despacho toma forma simbólica al mostrar cuál es el compromiso y el costo duro de esta misión en la Argentina.

Política de carnes

Conferencia pronunciada en el acto de inauguración del "Seminario Regional de la FAO para el fomento de la producción, higiene, tecnología y mercado de las carnes, con referencia particular a los requerimientos educacionales para los países de Latinoamérica", el 2 de julio de 1973, por el Señor Interventor de la Junta Nacional de Carnes, Ing. Agr. **Enrique Gastón Valente**.

Ingeniero Agrónomo egresado en 1945, UNBA, secretario de la Comisión Coordinadora de Combustibles, 1957; representante del Ministerio de Hacienda en las negociaciones del Club de París; consejero agrícola en la Embajada argentina en Washington, 1961-1967; interventor de la Junta Nacional de Carnes desde el 30 de marzo de 1973 hasta el 7 de setiembre de 1973, día de su muerte.

La producción ganadera ha sido siempre uno de los pilares de la actividad económica argentina. Desde la Colonia hasta nuestros días su desarrollo se entronca de

manera decisiva con la evolución de nuestra economía. Fue base de la gran expansión de fines del siglo pasado y primeros décadas de este siglo, en el período que ha dado en llamarse del modelo primario de la expansión agroexportadora.

A partir de la crisis del 30, sin embargo, como el resto de nuestra economía y en particular de las actividades agropecuarias, sufrió los avatares del descalabro del comercio internacional. La relación de dependencia de los países exportadores de productos básicos respecto de las naciones más industrializadas hizo que esa crisis tuviera en ellos efectos más profundos y prolongados que en los países donde se originó.

Argentina y su producción agropecuaria no escaparon a ese destino implacable y así se cayó en el estancamiento de la producción de carnes que registramos en largos períodos de las últimas cuatro décadas.

Si bien esta posición de dependencia externa, agravada con la presencia dominante de monopolios internacionales en el sector, fue factor importante del estancamiento y de las características estructurales de la ganadería argentina, también hay causas internas que explican este fenómeno: el régimen de tenencia de la tierra y la falta de políticas coherentes y suficientemente estables como para estimular inversiones y transformación a largo plazo, únicas bases sólidas para el aumento de las existencias y mejoramiento de la productividad pecuaria.

Este diagnóstico sumario fundamenta la política que en materia de carnes ha definido el Gobierno del Pueblo para la etapa que se inicia, la etapa de la Reconstruc-

ción y Liberación Nacional. Los lineamientos de esta política están claramente expuestos en el Mensaje que el Presidente Cámpora transmitió a la Nación el 25 de mayo último, al asumir su cargo. Desde el punto de vista de la oferta, después de señalar lo poco satisfactorios que son, en general, los niveles de producción del agro argentino, se refiere específicamente a algunos índices claves en materia de carnes: "Un índice de procreo en vacunos cercano al 60 % es decididamente malo, cuando en las mismas condiciones se logra hasta un 90 %; 50 quilos de carne por hectárea también es un rendimiento magro frente a la posibilidad de obtener 200 quilos por hectárea". Hay buenas razones para confiar en que esta elevación de los índices de productividad se alcance en un período razonablemente breve. En primer lugar, las excepcionales condiciones naturales del país, sobre todo de la Pampa Húmeda que, a más de ser una de las regiones privilegiadas para este tipo de producción en el mundo, concentra el 70 % de la producción bovina del país. En segundo lugar, que índices semejantes ya han sido obtenidos aquí en explotaciones de campo, y no sólo en condiciones experimentales. Más aún, asociaciones de productores argentinos progresistas han obtenido índices similares o aún mayores de procreo y producción de carne. En tercer lugar, que no son superiores a los obtenidos en otros países, inclusive en zonas que no presentan las ventajas naturales de nuestros campos.

Desde el punto de vista de la demanda, el mismo mensaje señala dos razones fundamentales que avalan la necesidad de este esfuerzo: "En nuestro país debe buscarse

la producción de carne en escala industrial, que permita satisfacer las necesidades populares de consumo a precios razonables y posibilite una expansión adecuada de la exportación en calidad y cantidad".

Una de las primeras medidas que adoptó el Gobierno del Pueblo ha sido la fijación de precios máximos que, al mismo tiempo que aseguran una adecuada rentabilidad al productor, garantizan el suministro de este alimento básico de nuestra población a precios que estén a su alcance. Se dió en este frente la primera batalla de la lucha contra una inflación desatada que había deteriorado gravemente el nivel del salario real. El aumento exagerado de los valores de la carne distorsionaba las relaciones de precios agropecuarios y las relaciones entre éstos y los no agropecuarios, con grave perjuicio para la economía.

El programa del Gobierno incluye la inmediata adopción y manejo de todos los instrumentos que se requieran para producir los cambios de las estructuras de la producción, industrialización y comercialización de la carne. En el terreno tributario, a través de una política que premie al productor, industrial y comerciante eficientes y que contribuya a la solución de los problemas estructurales de la tenencia y uso de la tierra, de las fábricas y de los mecanismos comerciales.

El crédito agropecuario dejará de ser herramienta del privilegio o del negocio puramente bancario, para pasar a ser un verdadero instrumento de desarrollo del sector. Aplicaremos en esto no sólo la experiencia argentina, sino también la experiencia mundial para orientarlo hacia el productor pe-

queño y mediano.

El financiamiento del circuito que va desde el productor de carne hasta su destino final al consumidor argentino o del exterior, será objeto de un cambio profundo, para limpiar esta actividad de toda intermediación innecesaria. Los fondos serán provistos entonces por el sistema bancario argentino a interés razonable. Esta será la herramienta más poderosa para sustraer este sector estratégico a esa intermediación y al control de los monopolios y oligopolios internacionales que actúan por la vía de la demanda.

Evidentemente, la tecnología que se aplica a la producción de carnes en la República Argentina no puede calificarse de primitiva, sobre todo en la Pampa Húmeda. Pero los aumentos de los índices de productividad indispensables para nuestro desarrollo exigen un esfuerzo masivo de difusión y aplicación de nuevas técnicas...

En ésto, nuestra propia realidad ofrece ricas experiencias a través del mejoramiento genético, la aplicación de pasturas, un mejor manejo de los potreros, el uso adecuado de la mecanización, fertilizantes y abonos, para citar sólo algunos ejemplos.

Aquí cabe destacar la vinculación entre nuestro desarrollo industrial y la producción de carnes. En efecto, si ya la industria argentina está en condiciones de proporcionar maquinaria apta para el mejor aprovechamiento de nuestros campos, también el desarrollo reciente de la industria química está haciendo notar sus efectos en el mismo sentido. El programa de industrialización del Gobierno acentuará aún más esas vinculaciones entre la producción de insumos industriales para el campo y el de-

sarrollo de la producción de bienes primarios de origen agropecuario. La integración entre ambos desarrollos —el industrial y el agropecuario— es condición necesaria para el progreso del país y para su liberación...

En suma, el Gobierno Argentino, tiene bien claras sus metas para la producción ganadera y para ello arbitrará las políticas que concurren a finalizar definitivamente con el estancamiento de la producción pecuaria que ha frenado el desarrollo del país.

Entre esos objetivos debemos destacar la necesidad de acabar de una vez por todas con los exagerados ciclos pecuarios que se han constituido en algo típico de nuestro medio. A pesar de que las causas de estos ciclos podrán buscarse en situaciones de poder, en presiones para transferencia masiva de ingresos y en la asociación de intereses externos con intereses internos vinculados a nuestra situación de dependencia, los mismos responden también a una realidad técnica que no podemos ignorar. La falta de políticas adecuadas y de un manejo prudente de las mismas puede dar lugar a que se repitan los períodos de escasez y abundancia de ganados. La escasez estimulaba los aumentos de precios —o les servía de justificación—, y ello acrecentaba aparentemente la retención de vientres. Como es natural cuando esto se produce pasan algunos años antes de que fructifiquen los resultados de este movimiento en razón del tiempo que tomo el desarrollo del ciclo biológico de los bovinos, a partir del momento en que se inicia la retención y el incremento de vientres hasta la producción del novillo terminado, listo para su comercialización. En efecto, desde el

momento en que se modifican las expectativas de los productores y se inicia un proceso de recuperación, manifestado a través de una retención de vaquillonas, el período de recuperación debe estimarse en algo más de 3 años, para recién contar con la nueva mayor disponibilidad resultante de los vientres incorporados a las existencias.

Teóricamente, durante estos lapsos decaía la oferta en el mercado y, por ende, los precios se mantenían altos. Así, en apariencia, llegaría el momento en que la mayor oferta superaría las necesidades de la demanda y los precios volverían a un nivel más bajo. Esto provocaría un cambio en las expectativas y un vuelco a otras explotaciones, lo cual resultaría en una disminución de las existencias y, por lo tanto, de la producción.

Tales eran los argumentos que se esgrimían y se siguen esgrimiendo para presionar permanentemente por mayores precios a la carne en el mercado interno, y por devaluaciones que permitieran obtenerlos de su venta al exterior. Esos argumentos descansaban básicamente en una concepción ortodoxa del funcionamiento de los mercados, es decir, en la plena vigencia de las leyes de la oferta y la demanda. Si ésta es una concepción abandonada en los países desarrollados de economía de mercado, si la teoría económica trata hoy de encontrar vías para corregir imperfecciones naturales de los mercados, ¿podemos seguir aceptando la misma explicación para la ganadería argentina? ¿Escapa ésta a las imperfecciones del mercado? Nosotros no partimos de esta base para tratar de corregir el perjudicial ciclo ganadero.

El Gobierno combatirá el ciclo ga-

nadero —en la medida en que el mismo sea una realidad adversa— y propenderá al aumento acelerado de las existencias de vientres aplicando los instrumentos de política antes enunciados; precios, tributos, créditos, tecnologías y estructura de tenencia y uso de la tierra.

Pero nuestra política de carnes no empieza y termina en la ganadería vacuna, por más que ésta sea, sin lugar a dudas, la más significativa en la realidad pecuaria del país. Y tampoco ha de concentrarse exclusivamente en la producción de la Pampa Húmeda, en desmedro de las demás regiones.

Nuestra atención se concentrará también en las posibilidades de las otras regiones del país, tanto en cuanto a las distintas clases y etapas de la producción bovina como en la de otros tipos de proteínas animales.

Hasta ahora bien puede decirse que cuando en la Argentina se ha hablado y puesto en práctica una política de carnes, ésta se ha referido casi exclusivamente a la producción bovina de la Pampa Húmeda. Si bien las condiciones naturales son distintas en las diversas zonas del país, en casi todas ellas la producción animal constituye una de las bases más importantes de sus respectivas economías. Debemos, evidentemente, maximizar las condiciones de excepción que presenta la Pampa Húmeda. Pero también debemos aprovechar las condiciones que presentan las otras regiones.

Así, la zona de la Mesopotamia Argentina, caracterizada en parte, desde el punto de vista agrario, por una alta concentración de la propiedad, junto al fenómeno concomitante del minifundio, se dedicó, en buena parte de su historia,

a una ganadería sumamente extensiva y primitiva, con bajísimos rendimientos. En los últimos años, sin embargo, esta situación ha ido evolucionando rápidamente con la introducción de variedades genéticas más adecuadas a su clima subtropical y a sus suelos y un manejo técnico más racional de los potreros. Un factor importante en este cambio ha sido la integración física con el resto del país, que ha facilitado la complementación con zonas de invernada y el transporte del ganado a plantas elaboradoras.

El Noroeste (que comprende el norte de la Provincia de Santa Fe, Chaco y Formosa), y que también se caracteriza por una explotación muy extensiva, posee promisorias perspectivas de mejorar sensiblemente su productividad. También aquí, un correcto manejo adoptado al ganado subtropical y una solución a sus problemas de pastoreo —mediante la introducción masiva de leguminosas tropicales— y la lucha implacable contra los enemigos naturales de la ganadería permitirá aumentar notablemente la producción, ampliando el área de cría que le da a la Argentina la condición de privilegio mundial para la producción de carnes rojas. En el extenso Noroeste, que se extiende desde el norte de Córdoba hasta el límite con Bolivia y con Chile, existen amplias posibilidades para el desarrollo de la ganadería ovina y caprina, y microclimas aptos para la producción vacuna. También en esta zona, las importantes obras de riego realizadas y por realizar habrán de aprovecharse en parte para la producción masiva de forrajes que complementen la escasez de pasturas naturales, ampliando la receptividad de la tierra, con uno polí-

tica de crédito orientado y la introducción de reproductores de razas adecuadas a esas zonas.

En la región del Oeste, que contiene tierras marginales se advierte una incorporación racional a la producción bovino de cría, que permitirá ir liberando amplias extensiones de la Pampa Húmeda para producciones agropecuarias más intensivas y de más alta rentabilidad.

En la vasta Patagonia la ganadería ovina es la explotación predominante. El vacuno sólo se explota en campos de la pre-cordillera, algunas regiones de Río Negro y Tierra del Fuego. Las condiciones naturales de esta región semiárida hacen que la explotación ovina se realice en general en forma muy extensiva. El ganado lanar es, por supuesto, la base económica de esa región, desde el punto de vista agropecuario y será objeto de una política integral para su mayor explotación. Tal política abarcará la adecuada distribución de la tierra fiscal, por una parte, y por otra, la celosa aplicación de los mecanismos más eficientes de los productores y del Estado para la comercialización de sus productos. Una activa ordenación del comercio de lanas, de los transportes y una adecuada distribución de las plantas frigoríficas bien dimensionadas son objetivos de la política patagónica que pondremos en marcha.

En suma: todas las regiones de la Argentina tienen una vasta potencialidad para mejorar sustancialmente sus niveles de productividad pecuaria . . .

La política de carnes ha de abarcar la producción, comercialización e industrialización de todas las proteínas animales en general.

La falta de esta unidad de concep-

ción determinó el carácter errático de producciones tan importantes como las porcinas, avícolas y pesqueras, con su secuela de grandes daños económicos y sociales. En efecto, dado su carácter de convidados de piedra de la política de carnes, estas producciones florecían en las fases depresivas de los ciclos de la ganadería vacuna y se destruían cuando, recuperados los stocks vacunos, había que dejarle el paso a la oferta de esta carne. Estas condiciones tan adversas demostraron claramente la extraordinaria capacidad del país y de sus productores para la avicultura y la producción de cerdos y ovinos. Hoy no hay un minuto que perder para reivindicarlas plenamente y nuestra política de carnes se funda en ello. La permanencia y progresos de esas producciones se basa en que el consumo de proteínas animales por nuestro pueblo no volverá a bajar de los 95 a 100 kilos por habitante y por año, y que en su composición no podrá disminuir de 30 kilos, la participación de aves, cerdos, ovinos y pescados. Cumplidas estas metas que garantizan estabilidad a estas producciones, la creciente demanda mundial de proteínas y una firme y decidida política exportadora serán el complemento que permitirá el crecimiento adicional acelerado de las mismas. El caso del pescado merece comentarios particulares. En efecto, aquí se unen las riquezas ictiológicas de nuestros mares con una demanda interna en expansión y un mercado mundial que ofrece perspectivas favorables. Ya en 1972 la captura alcanzó a 230.000 toneladas, con exportaciones de un valor de 12.000.000 de dólares. Compárense estas cifras con una estimación técnicamente fundada

de que una política agresiva en materia pesquera podría llegar en el próximo quinquenio a 1,2 millones de toneladas de capturas, con 150 millones de dólares de exportación, más otros 40 millones por producción de harina y aceite que ahora debemos importar en su mayor parte. Se ha previsto una acción decidida y eficiente de apoyo del Estado, que conducirá a la expansión y reequipamiento de las flotas, el establecimiento de redes de frío y un sistema idóneo de comercialización interna y externa, así como un esfuerzo amplio en materia de investigación y difusión de técnicas apropiadas.

Consideremos ahora sucintamente los aspectos referidos a la comercialización, industrialización y exportaciones.

Las pautas generales de política en materia de comercialización persiguen los objetivos siguientes: En primer término, asegurar el abastecimiento adecuado de la población, así como de las plantas procesadoras, tanto para el mercado interno como para el mercado externo. En segundo lugar, reducir al mínimo los costos de intermediación, con el objetivo de mejorar los ingresos de los productores, incrementar el salario real vía reducción de los precios de artículos de primera necesidad y asegurar al país los máximos beneficios posibles de sus exportaciones. En este mismo sentido, lucharemos contra cualquier tendencia a la monopolización u oligopolización de los mercados. Como es sabido, hasta hace relativamente poco, la Argentina estaba dominada, en esta materia, por frigoríficos extranjeros, anticuados, de tamaño exagerado y equipados casi exclusivamente para la exportación de cuartos.

De ahí que se había dicho, hace ya tiempo, que el mercado europeo tenía en la Argentina una pulpería que, a partir de los mercados de consumo ingleses, se extendía por barcos extranjeros hasta los frigoríficos instalados en el Litoral Argentino y de allí continuaba, con ferrocarriles extranjeros, hasta nuestras estancias. Hoy el país dispone de plantas industrializadoras, pequeñas y medianas, de propiedad nacional en su mayoría, que realizan una transformación más adecuada de los animales y logran acercarse más a los consumidores finales. Nuestra política es clara en este sentido: apoyar a esa industria nacional y facilitarle todos los medios, no sólo para el pleno aprovechamiento de la materia prima, sino también para que su vínculo con los consumidores del exterior sea más estrecho y controlado por la Argentina. Naturalmente, cuidaremos en este sentido que las ventajas que se otorguen a la industria se vuelquen a su progreso tecnológico y a mejorar el nivel de vida de sus obreros. Para que sea la industria que la capacidad de la producción argentina merece. Así agregaremos seguridad y confianza en los productores. La dimensión de esta industria deberá adecuarse para que no perdure la capacidad ociosa atentatoria contra su rentabilidad social.

Si la presencia activa y moderna de la Argentina en los mercados mundiales exige una industria frigorífica altamente tecnificada, el abastecimiento de nuestra población plantea también problemas que no pueden descuidarse. Tanto en los grandes centros urbanos como en las ciudades medianas y pequeñas debemos modernizar nuestras instalaciones de mataderos

que aseguren, no sólo un abastecimiento adecuado desde el punto de vista de los precios y la sanidad, sino también el mayor aprovechamiento de todos los subproductos de la carne. Respetaremos sí, dentro de este marco general, aquellos casos de municipios que organicen su propio abastecimiento a través de cooperativas. La acción de este Gobierno ha de llegar a todos los argentinos, a todos los rincones del país. Y su carácter popular es el impulso que nos permite asegurar que las ventajas de la industrialización de la carne deberán llegar a todo el pueblo, empezando por los grupos de menores ingresos. De este modo se protegen también los intereses de aquellos grupos de productores que no tienen acceso fácil a los canales normales de comercialización e industrialización de la carne. La política adoptada por el Gobierno Argentino en materia de producción, industrialización y comercialización de carnes va a eliminar las contradicciones e incongruencias que han caracterizado en buena parte del pasado el manejo del sector. Es así como hemos visto que las épocas de mejor rentabilidad para el sector industrial han coincidido con las de liquidación de existencias ganaderas, lo que, y esto es lo más absurdo, implicaba hipotecar el futuro de la propia industria, al afectar el abastecimiento regular de materia prima. A la inversa, los altos precios para el sector productor hacían vivir a la industria situaciones de quebranto absorbiendo pesados costos fijos y endeudándose gravosamente, y a los obreros, la angustia de la desocupación. La nueva política de precios tiende a establecer un equilibrio positivo entre las distintas ramas del sector, las

necesidades del consumo interno y la disponibilidad de saldos exportables.

Hay un hecho inescapable. Desde el punto de vista de la demanda, el factor primordial de expansión de la ganadería vacuna es la exportación. Por lo tanto, el esfuerzo de incremento de la producción que debemos realizar deberá estar destinado fundamentalmente a aliviar el estrangulamiento externo que periódicamente —y con demasiada frecuencia— frenó nuestra expansión económica. Para ello contamos con una ventaja interna: la producción en condiciones altamente competitivas. Y con la ventaja externa de importantes y crecientes mercados que conocen la calidad de nuestra producción y la demandan.

El valor de nuestras exportaciones de carne vacuna ha pasado en la última década de alrededor de 200 millones de dólares a cerca de 590 millones. En ese período ha ocurrido una transformación de importancia en la forma de comercialización de las carnes argentinas en el exterior, con un grado creciente de elaboración y valor agregado. Por una parte, los ingresos por exportación de cuartos, forma tradicional de exportación, han bajado de 104 millones de dólares en 1962 a 102 millones en el último año. La exportación de cortes especiales, forma más elaborada de procesamiento, mostró una evolución totalmente opuesta, con valores de 3,7 millones de dólares en 1962 y 288 millones en 1972.

La diversificación en la producción exportable también se manifiesta en los ingresos por exportaciones de carnes cocidas congeladas, que pasaron de 5,6 millones de dólares en 1962 a 37,6 millones de dólares en 1972.

Además de la diversificación de los productos, el último decenio también ha sido testigo de una diversificación igualmente considerable de los mercados.

Pero para que el esfuerzo productivo interno tenga los resultados que esperamos, desde el punto de vista de nuestras exportaciones, debemos asegurar el acceso fluído y continuado de nuestras carnes a sus diversos mercados, a los precios más remunerativos y equitativos posibles. Para ello debemos contar, de parte de los países que consumen nuestras carnes, con que el acceso y los precios no se vean distorsionados por arbitrios de carácter político o exageradamente proteccionistas. Sobre esto es necesario aclarar que la Argentina no está dispuesta a aceptar ese tipo de medidas, y recurrirá a todos los instrumentos que sean necesarios —técnicos y políticos— para evitar cualquier perjuicio a su comercio internacional de carnes. Los nubarrones que se ciernen en estos momentos por presión de ciertos intereses en el Mercado Común Europeo no deben hacer peligrar la complementación natural de nuestras carnes con otras que proveen esos mercados.

Por el contrario, aspiramos, con buenas razones, a que la Comunidad Económica Europea reduzca o elimine los recargos que gravan el acceso de nuestros productos a ese mercado.

El interés nacional exige que no dejemos de explotar todas las otras posibilidades que puedan ir abriéndose con la reestructuración del comercio mundial, tanto en las negociaciones multilaterales del GATT como en otros ámbitos. Para ello y en el mejor sentido de la política de integración latinoamericana propiciaremos un frente só-

lidamente unido para defender el acceso y los precios de nuestros productos, tanto en esas negociaciones como en todas las que se realicen de aquí en adelante. Exploraremos con el mayor vigor la ampliación del mercado de productos cárneos elaborados en todos los otros países del mundo, sin discriminación alguna de carácter político. Buena base para ello nos proporciona la apertura que el Gobierno del Pueblo ha instrumentado ya en sus relaciones político-internacionales.

Por otra parte, la intervención del Estado evitará que el aumento de nuestras exportaciones afecte los precios de las mismas, cuidando especialmente de controlar las maniobras de las grandes compañías internacionales, para impedir que éstas puedan volver a alterar el funcionamiento de los mercados.

Aspiramos a aumentar gradualmente nuestros volúmenes de exportación de carnes. Aspiramos también a profundizar la transformación en la composición de los mismos, fomentando los productos con mayor valor agregado y de mayor precio en los mercados externos, para ensanchar la base y acelerar la transformación de la economía argentina en su conjunto. Y para todo esto el Estado Argentino asumirá un papel muy activo y todo lo directo que fuere necesario, tanto en cuanto hace a la producción interna cuanto a la defensa externa de todos aquellos rubros en que sea menester una acción vigorosa de respaldo de la colocación de nuestros productos en los mercados mundiales. Las perspectivas de la producción interna y del mercado internacional, a corto como a largo plazo, son favorables. Es nuestra responsabilidad aprovecharlas para cimentar

nuestro desarrollo y nuestra liberación. El Gobierno tiene plena conciencia de esa responsabilidad, y está dispuesto a ejercerla con toda la energía del caso.

Reconocemos la importancia de la técnica y la trascendencia de la capacitación y esos son objetivos del Gobierno del Pueblo. Centramos esa responsabilidad en el ámbito de las esferas del Gobierno responsables de la educación, ya que su dispersión sectorial no contribuye a la formación del ser nacional y menos aún, como lo muestra la experiencia del mundo en desarrollo, cuando estos programas de capacitación sectoriales vienen estructurados sobre modelos extraños.

Los problemas más profundos de nuestros países no se resuelven por las vías que se han utilizado en la transferencia de técnicas de mercadeo, sino que la posibilidad de desarrollo de nuestras propias técnicas depende mucho más del acceso de nuestros productos a los mercados de los países industrializados. No es serio hablar de técnicas de mercadeo cuando la estructura tarifaria de dichos países discrimina en contra de nuestras exportaciones de productos mejor presentados y más elaborados a favor de la materia prima sin elaborar. El ejemplo vivo de la carne lo tenemos en las frecuentes demandas de ganado en pie por parte de los países europeos y en el tratamiento tarifario mucho más favorable que se le asigna a la carne tipo manufactura, materia prima de sus industriales, que a la misma carne elaborada por nuestras propias fábricas.

A título de ejemplo y manteniéndonos en el área de los términos de referencia de este seminario, que son los de la tecnología, mer-

cadeo, higiene y sanidad de la carne, señalamos que mucho más beneficioso sería para la paz y el equilibrio mundiales, que desaparezca el dominio de los monopolios y oligopolios organizados en los países desarrollados para controlar la demanda de los productos cárneos más industrializados y se concentrara el esfuerzo en estimular y no desalentar a los mecanismos de penetración que en esos mercados quieran establecer nuestros países.

El tema de la higiene y de la sanidad merece la consideración de este seminario y no podemos dejar de señalar que en su nombre hemos visto erigirse barreras infranqueables para la carne argentina, cada vez que las tarifas de los países industriales no alcanzaban para detener su afluencia a sus mercados. Tenemos autoridad para hablar de este tema porque tenemos clara conciencia de que las condiciones sanitarias e higiénicas de nuestra industria exportadora no tienen mejor nivel en ninguno de los países que aplican estas restricciones y hemos visto también que al cambiar de dueño, empresas extranjeras pasando a manos nacionales, en nombre de serias inspecciones sanitarias, junto con la firma del contrato de compraventa se las declaró inaptas, cuando hasta ese día estaban habilitadas. Nuestros pueblos miran con escepticismo y desconfianza a este tipo de encuentros internacionales. Para cambiar esa actitud se requieren fórmulas audaces y no comprometidas con el statu-quo y debemos confesar que éstas han estado ausentes y en muchos casos han dejado el lugar a aquellas que consolidaban o agravaban la situación de dependencia de los países en desarrollo.

En la comercialización de carnes, vimos con perplejidad hace algunos años, informes de FAO que deformaban la realidad argentina y servían, con llamativa oportunidad, para justificar la adopción de políticas proteccionistas por países desarrollados, en el momento justo en que esas políticas estaban siendo adoptadas y debían negociarse en foros internacionales. También vimos cómo, ante reclamos concretos de los países latinoamericanos para lograr mejores condiciones de acceso, en foros regionales, se adoptaron aspirinas en forma de oficinas de promoción de exportaciones como sustituto de la real medicina consistente en rebajas arancelarias y eliminación de prácticas discriminatorias.

Pero no tenemos necesidad de alejarnos de este seminario para encontrar ejemplos de cómo se genera el escepticismo de nuestros pueblos. He leído en uno de los trabajos técnicos presentados aquí por dos expertos, que entre las "Dificultades que encuentra el mercadeo del ganado y de la carne", se señala a las políticas estatales orientadas a proteger a los consumidores.

Yo pregunto si estos expertos han visto de cerca alguna vez el drama del hambre y si no lo vieron si por lo menos leyeron la profusa literatura internacional relativa a ese tema en Latinoamérica.

Estos serían los temas o problemas que deben merecer la atención de estos seminarios. Nosotros abogaremos para que así sea, porque en nuestras negociaciones internacionales, el Gobierno del Pueblo no admitirá otro lenguaje que el de llamar a las cosas por su nombre y ésa será una importante contribución nuestra a la armonía y a la paz mundial.

FRANQUEO PAGADO
CUENTA Nº 4727

REPO
NTINO
RAL B



Para el
Gobierno Popular
y Reconstrucción
Nacional Comité
de los Barrios

Municipalidad
de Bogotá

Hechos e Ideas

En este número

Juan Domingo Perón
Mensaje ante la Asamblea Legislativa

Hugo Eduardo Arce - Matilde Elvira Svatetz
Política alimentaria: fundamentos justicialistas

Juan Domingo Perón
Política Alimentaria Argentina

Ramón Carrillo
El criterio biológico en el reordenamiento económico de la
alimentación en la Argentina

Benito Fernández
Los estudios ecológicos en el proceso de Reconstrucción y
Liberación Nacional

Ernesto López Rosas
Teología de la liberación: su profundización a partir de la
experiencia peronista

Eva Perón
Que los niños argentinos aprendan a sonreír desde la infancia

Latinoamérica
Mensajes intercambiados por Juan Domingo Perón y Fidel Castro

Enrique Gastón Valente
Política de carnes

\$ 18.00
